



DENIS JOHNSON

El nombre del mundo



Lectulandia

Denis Johnson configura en *El nombre del mundo* un retrato febril de la rutina, la tristeza y la devastación.

El nombre del mundo narra la aventura personal de Michael Reed, un profesor universitario que intenta reponerse de la muerte de su mujer y su hija en un accidente de coche, emprendiendo una existencia errática que lo llevará a un destino muy especial.

La novela arranca con un tono apacible que se va enturbiando a medida que el protagonista desciende a su infierno personal; Michael Reed, viudo sin rumbo, deambula por la facultad cuando conoce a una joven estudiante y artista de performances que se convierte en la combinación perfecta de conquista sexual y recuperación de su hija fallecida.

Como muchos de los héroes de Johnson, Reed se mueve en el territorio de la paranoia y la pérdida del sentido de la vida, que Johnson retrata con agudeza, sin dejar de lado el aspecto humorístico presente hasta en los temas más macabros.

Lectulandia

Denis Johnson

El nombre del mundo

ePub r1.0

Castroponce 16.10.2017

Título original: *The Name of the World*

Denis Johnson, 2000

Traducción: Rodrigo Fresán

Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL TRADUCTOR

El nombre del mundo —al igual que *Hijo de Jesús*, el otro libro del escritor Denis Johnson publicado en esta editorial— es, si nos atenemos a las leyes del tiempo y del espacio tal como las conocemos y utilizamos, uno de esos objetos extraños e inexplicables.

Seré más claro: *El nombre del mundo* es mucho *más grande y largo* por dentro de lo que parece por fuera.

Y *El nombre del mundo* es, también, una obra difícil de clasificar: ¿novela? ¿Reflexión filosófica? ¿Parábola religiosa? ¿Performance vanguardista? ¿Cripto-autobiografía? ¿Ensayo sobre el todo y la nada de la condición humana? ¿Sátira sobre la vida académica? ¿Historia de amor con final triste? ¿Historia de muerte con final feliz? ¿Manual de autoayuda? ¿Mensaje hallado en una botella? ¿Manuscrito perdido en una carretera?... Las posibilidades son infinitas y, seguro, el lector encontrará la suya, la que más le guste y le sirva.

Una cosa es segura, en *El nombre del mundo* Denis Johnson vuelve a explorar lo que es su Gran Tema: la expulsión desde las alturas de un infierno íntimo y único para descender al purgatorio común donde todos somos iguales. Y vuelve a hacerlo con ese particular lenguaje que distingue a toda su literatura y donde la oración y el verso son las dos cabezas en permanente diálogo de un mismo animal, un mismo estilo y un mismo inglés. Un discurso sin matices regionales donde todo rasgo de personalidad y origen —apuntalado sobre los cimientos de un idioma tan neutro como poéticamente preciso— está dado, siempre, por la potencia de una epifanía que recorre la historia desde la primera hasta la última palabra.

El lenguaje de la animación suspendida que sigue al alarido de un dolor insoportable —todos lo aprendimos, o lo estamos aprendiendo, o lo aprenderemos tarde o temprano— se habla y se entiende igual en todas partes, parece decirnos Johnson.

Tal es el criterio que se utilizó para esta traducción.

R.F.

Barcelona, julio del 2002.

Para Cha y Ellie

Desde los primeros días de mi adolescencia, he asociado todo lo que tiene que ver con el *college*, la vida académica, con ciertas imágenes que flotaban hacia mí, supongo, desde la pantalla de un televisor. En particular esas imágenes de las películas de los años treinta que solían emitir sin descanso cuando yo era un niño y, en especial, una determinada escena: jóvenes de rostros frescos que dejaban fuera una noche de otoño para sentarse alrededor del fuego de una chimenea en la casa de su querido maestro. Huelo el olor de la leña humeando en sus ropas y el aromático tabaco en la pipa del profesor, y siento la expansiva e incuestionable dulzura de la juventud, del otoño, del *college*: la dulzura de esta vida. No es que yo hubiera estado alguna vez enamorado de ese tipo de sueño, o siquiera atraído por él. Sucede que entonces llegué a la conclusión de que tenía que existir algo así en alguna parte. Mi propia carrera de estudiante se prolongó a lo largo de seis o siete años, interrumpida por arrebatos laborales y traslados a una segunda y después a una tercera institución educativa, y yo recuerdo todo eso como una sucesión de requisitos y ayudas económicas. No asistí a ningún partido de fútbol. No recuerdo haberme encontrado frente a ninguna chimenea encendida. Varios de mis profesores me habían impresionado, incluso provocado mi asombro, y su influencia me formó tanto como cualquier otra de las muchas cosas que había encontrado a lo largo del camino; pero jamás había podido echar una mirada dentro de sus hogares. Todo esto para decir que me sorprendió a mí mismo la gratitud con que acepté la invitación para enseñar en una universidad.

Yo tenía casi cincuenta años cuando se presentó la oportunidad. Al terminar mis estudios, enseñé en un colegio secundario más de una década, sumando puntos de posgraduado para mi currículum durante los veranos. Un día le escribí una carta a un candidato presidencial, aconsejándole sobre políticas y estrategias (se trataba del senador Thomas Thom, de Oklahoma; sus posibilidades se esfumaron a poco de empezar las elecciones primarias), y aunque yo no tenía idea de que a las personas que escribían semejantes cartas se les prestaba atención e incluso se les ofrecía un trabajo, en un abrir y cerrar de ojos pasé de ser míster Reed, el encargado de estudios sociales, a convertirme en Mike Reed, el escritor de discursos, el hombre todoterreno, el tipo al que podías confesarle lo que fuera en el guardarropas mientras buscabas tu abrigo. Así fue como acabé pasando casi doce años en Washington. Renuncié justo antes de que el senador Thom empezara su quinta legislatura. Acepté el trabajo en la universidad cuando rechazaron la idea para mi libro: había ofrecido un testimonio acerca de la influencia corruptora del poder, pero todo parecía indicar que a nadie le interesaba lo que pudiera contar semejante testigo.

Entonces me descubrí a mí mismo en el ala de estudios comparados del edificio de humanidades, aunque en realidad yo era un adjunto del profesor de historia. (El departamento de humanidades había sido disuelto tiempo atrás para formar más departamentos, departamentos más grandes; viejos edificios alguna vez ocupados por esos programas nutridos a base de las donaciones de unos patrocinadores que tarde o

temprano desaparecerían para siempre una vez que hubieran agotado sus presupuestos. Así que de algún modo allí, en ese edificio, se había establecido la morada de la historia.) Yo impartía pequeños seminarios, pidiéndoles a estudiantes brillantes y desorientados que leyeran libros que yo ya había leído y después los escuchaba mientras leían sus ensayos para ser cruelmente criticados por el resto del grupo. En otras palabras, yo no hacía nada. Lo que de ningún modo interferiría con un glorioso futuro en aquel sitio, pero lo cierto es que descuidé la otra parte del negocio: las reuniones, los memorandos y todo eso.

Cuatro renovaciones en el puesto era el máximo establecido para mi tipo de cargo, y estaba cerca del final de la tercera renovación. Después del año siguiente, me obligarían a buscarme otro trabajo en otra parte. Mientras tanto, yo estaba de vacaciones.

Pero la gente en trabajos como el mío tiene que mantenerse alerta en busca de nuevas oportunidades, y así fue como un día yo estaba incluido en un grupo de once personas que cenaban en la casa de Ted MacKey, catedrático director de la escuela de música. La escena se aproximaba bastante a la de una película de los años treinta que representaba este tipo de vida: los copos de nieve cayendo afuera, en la noche de un pueblo universitario que amenazaba con quedarse él solo con todo el cascabeleo de las campanitas de trineos y las voces de los jóvenes cantores de villancicos, mientras en el interior de la casa, del tamaño de una posada, bebíamos ron caliente con crema alrededor de una llama amistosa que despedía una luz cambiante desde debajo de la lustrosa repisa de la chimenea, sobre las ventanas con cristales emplomados y sobre un antiguo telescopio negro y un monstruoso globo terráqueo de color beige que, hubiera apostado, presentaba a nuestro mundo como alguna vez había sido y como ya nunca volvería a ser. Bebíamos ron caliente con crema en una atmósfera que, en otras palabras, recordaba a la de una juguetería muy cara. Me ahogaba. Me ahogaba, aunque en otras universidades y en Washington había cenado en muchas casas exactamente iguales a esa, incluso había cenado aquí mismo, en la de Ted MacKey, dos inviernos atrás. Tal vez me ahogaba tanto por esa idea como por cualquier otra: la imagen mental de miles de moradas semejantes, juntas, ventana contra ventana, a lo largo del amplio e indiferenciable aire de un hechizo resistente, y en cuyo centro estaba yo: con una cuchara y un tazón y una sonrisa en todas y cada una de esas ventanas.

La cena de esa noche era para homenajear a un distinguido visitante a nuestro campus, el compositor israelí Izaak Andropov. Lo que ocurrió es que el homenajeado estaba con fiebre, y al final no pudo asistir.

Yo había venido para conocer a alguien, al amo de un feudo universitario llamado Foro para la Interpretación Erudita. El Foro tenía dinero. Tenían trabajos del tipo y nivel destinados a profesores adjuntos. Tenían oficinas, salario, todo lo que había que tener. Lo mejor de todo: no tenían obligaciones, no tenían clases. O algo así me había prometido Ted MacKey, dejando caer esta información del modo más casual, como si

yo no estuviera buscando algún casillero para ocuparlo al cabo de un par de años. Esto sucedía constantemente; quiero decir, que gente que yo apenas conocía una y otra vez acababa sugiriéndome, de una manera u otra, que les gustaría ayudarme. De hecho, yo era el destinatario de mucha buena voluntad en más de una ocasión, bien porque unos odiaban al hombre para el que yo había trabajado en Washington y yo había renunciado a ese puesto o bien porque les gustaba y yo había trabajado para él. En cualquier caso, aquí estaba la oportunidad para prolongar mis vacaciones académicas por uno o dos años más. Nada sucedía en el Foro más allá de ocasionales conferencias a cargo de uno de los académicos, la mayoría de los cuales fueron en el pasado distinguidos alumnos de una de las diez grandes universidades, o algo así, y de vez en cuando arrastraban hasta el Foro las conferencias que habían estado empujando desde los días en que el enorme globo terráqueo beige de Ted MacKey sabía muy bien de lo que estaba hablando.

No creo que ninguno de los comensales se conociera entre ellos más que superficialmente, pero no teníamos que preocuparnos por conversar porque Ted MacKey había proyectado ofrecernos un pequeño concierto. Una joven tocaba la guitarra y otra el cello; después de ellas el hijo de Ted, estudiante de primaria, tocó el laúd con un asombroso dominio, vestido con su pijama y pantuflas de felpa, claramente concentrado no en sus dedos sino en la verdad de su música.

Yo estaba sentado junto al doctor J.J. Stein, el que tiraba de los hilos en el Foro para la Interpretación Erudita. Sirvieron una especie de caldo escocés. Aunque era consciente de haber disfrutado de demasiadas de estas cenas, en realidad no me importunaban mucho. En particular las de la universidad. Me gusta estar con gente a la que le gusta el lugar donde vive y trabaja. En el mundo académico, el mundo de la mente, mucho más que en el mundo de la política, es frecuente encontrarse con personas que se han ganado sinceramente su bienestar, al menos en un sentido: han avanzado y dejado atrás esas partes de la infancia tan desagradables para los académicos, los cerebros, los intelectuales. Y aquí están, al fin respetados y seguros, mientras otros andan arrastrándose como babosas por el mercado. El doctor J.J. Stein era la persona que yo hubiera visto cuando imaginaba una de estas reuniones antes de haber participado en alguna: un académico feliz y barbado que se estaba quedando calvo. Me dedicó una explicación del tipo que yo también hubiera esperado; los pensadores más increíblemente serios siempre tienen que explicar los nombres que escogen para sus proyectos, porque esos nombres suelen no significar absolutamente nada cuando los oyes: por qué «foro» era la palabra exacta, «interpretación» ofrecía el más perfecto de los sentidos, y por qué, una vez que habías considerado todas y cada una de las palabras del idioma inglés, «erudita» no podía sino ser el término ideal.

No tenía idea de acerca de lo deliberadamente ansioso por venderme que podía parecerle al doctor J.J., pero lo cierto es que yo tenía un proyecto que me interesaba desarrollar, un proyecto que requería varios ayudantes y más de una oficina, el tipo de

empresa que podría enlazar a todo tipo de académicos y acabar produciendo una antología de ensayos sobre un mismo tema; esta fue la visión que evoqué mientras él me interrumpía con preguntas entusiastas y mientras la cellista, sentada al otro lado del doctor J.J., se iba poniendo encantadoramente achispada. A medida que exponía todo el asunto, se me ocurrió decir en voz alta que el doctor J.J. podría escribir la introducción a mi antología y utilizarla para exponer allí sus puntos de vista acerca del Foro. La cellista, una de las estudiantes avanzadas de Ted, empezó a mostrarse irónicamente interesada en el plan, y también empezó a hacer preguntas; muy pronto comenzó a interrumpir las interrupciones del doctor casi exclusivamente con unos «Oh... ¿de veras?». Era una pelirroja muy atractiva con un vestido de terciopelo azul que se había sentado a la cabecera de la mesa porque, a mitad de la comida, había cambiado su puesto por el que estaba reservado y vacío, el sitio de honor sin ocupar de Izaak Andropov. Sus mejillas de marfil y sus hombros de marfil se ruborizaron, y su voz adquirió un timbre musical y peligroso. No estoy seguro de por qué resulta siempre tan placentera la experiencia de ser testigo de cómo una persona joven y con talento hace ligeramente el ridículo en una reunión un tanto envarada como aquella. En cualquier caso, mientras ella parecía atraer toda la atención a nuestro sector de la mesa, tal vez para convertir todo el episodio en algo memorable, yo sentí que mi propia elocuencia sería olvidada con rapidez, y lo cierto es que no lo lamenté del todo.

Después de los postres, Ted invitó a tres o cuatro de nosotros a que lo acompañásemos a la parte alta de la casa. Desde el tercer piso ascendía una escalera de caracol que iba a dar a una especie de cúpula en el tejado, una curiosa estructura parecida a una pajarera de cristal, digamos de unos cuatro metros de diámetro, sin ningún tipo de iluminación artificial. Así que nuestro pequeño grupo se descubrió repentinamente de pie en la noche, bajo el cielo. El mal tiempo había pasado, la nieve se había desprendido de los cristales y había estrellas y luz de luna, nubes decorando el negro firmamento.

—Esto solía ser una especie de lugar de reunión para las señoras^[1] —nos explicó Ted—, pero como pueden ver se ha convertido en un... bueno, a decir verdad no tengo la menor idea de en qué se ha convertido. Por eso traigo a la gente aquí arriba: para ver si alguien alguna vez puede explicarme si este lugar tiene algún tipo de finalidad reconocible.

Ninguno de nosotros reconoció su finalidad. Y al final yo me quedé allí para meditar sobre el asunto en compañía de Heidi Franklin, historiadora del departamento de arte. Una mujer amable pero un tanto extraña, del tipo afectado y desesperante: una mujer sin gracia. Creo que tengo derecho a hacer semejante comentario porque yo tampoco tengo gracia y soy mayor que ella, por lo que no tengo gracia desde hace todavía más tiempo. Tengo uno de esos rostros de bebé eterno, querúbico, que ha superado los cincuenta años pero que aparenta bastantes menos, con ojos azules y alegres y, a pesar de todo eso, común, sencillo: sin gracia. Nos quedamos ahí, en la

resplandeciente oscuridad, probablemente hablando en voz baja sobre las estrellas. Heidi podía llegar a estar interesada en una última copa en alguno de los bares del centro; yo también. El que ninguno de los dos pusiera su dedo en ese platillo de la balanza, por así decirlo, e inclinara la noche en esa dirección, tal vez se debiera a que era más que seguro que los dos fuésemos conscientes, yo lo era al menos, de que nos habían dejado a solas a propósito. De haber preguntado, hubiera sabido que ella era soltera, como yo, o, peor todavía, tal vez recién divorciada, del mismo modo que yo acababa de enviudar.

Cuando digo «acababa de enviudar», no lo digo en el sentido en que podría referirme a un coche que acabo de comprarme o una película que acabo de ver. Hablo de eso como hablaría sobre el reciente cambio climático del planeta, de una reciente guerra o de unos recientes... creo que esto basta para explicarme. Habían pasado casi cuatro años, el tiempo suficiente para ser considerado, una vez más, disponible. Por lo menos así me catalogaban varias personas, y yo no tenía ganas de ponerme a discutir con ellas.

Cuando de algún modo se llegó a la decisión de que la velada había llegado a su fin, todos los invitados partieron de golpe, y los conductores encendieron el motor de sus autos y se sentaron dentro con las puertas abiertas mientras todos se despedían por segunda vez. Aquí y allá, en las encinas, la nieve caía entre las hojas y alcanzaban el suelo luego de sacudir las ramas. Todos nos cubrimos con gorras y bufandas, todos a excepción de la cellista que iba con la cabeza descubierta y su abrigo sobre un hombro. Bajo la luz fluorescente de las lámparas del arco de la entrada, ella tenía una palidez de espectro, su vestido de terciopelo azul parecía ahora teñido de un negro como el que se usa durante un período de duelo. Oí que dijo tres palabras: «¿Cuerdo? o ¿lerdo?»^[2]. Su abundante cabello rojo parecía púrpura, sus inmensos ojos azules parecían falsos, inhumanos, sus labios destacaban rígidos en su rostro. Conversaba con la persona que la había acompañado, olvidando la existencia del resto de nosotros, del antiguo resto de nosotros; del cuerdo, del lerdo, del resto de nosotros. Sentí un gran afecto por ella, encantado por su presencia, tal vez porque estaba borracha y nada parecía importarle.

—Lamento el que nos hayan apartado de nuestro tema hace un rato —me dijo J.J. Stein mientras salíamos—. Venga a verme alguna vez. No hace falta que acordemos una cita. Le mostraré cómo funciona el Foro.

—Perfecto. Me encantará conocerlo.

Ted MacKey, alto y elegante y con cabello que comenzaba a ser blanco en los sitios justos, nos observaba desde la calidez ambarina de su hogar, al otro lado del cristal de la ventana, saludándonos con las manos en alto. Ted no había resultado ser como yo imaginé en un principio. Durante el resto de ese invierno volvió a incluirme en un par de reuniones, mucho menos formales, y se reveló como una especie de bohemio. Un trompetista de talento que disfrutaba de amistades con todo tipo de sofisticados músicos de jazz de voz suave y labios apretados, músicos de jazz que

llegaban desde todas partes del Mississippi para comer su comida, beber su alcohol y tocar con él improvisando en tríos o cuartetos. Lo incluían en sus grupos no por condescendencia, debo aclararlo, sino claramente honrados de poder hacer música a su lado. Esos hombres, en ocasiones mujeres, sabían cómo hacer pasar sus almas a través de sus instrumentos pero cuando no los hacían sonar, solo podían expresarse, me di cuenta entonces, apenas por unas inclinaciones de sus cabezas, cuando encogían sus hombros o dejaban caer un poco los párpados.

Ese era también el estilo de Ted MacKey. Fuera de contexto, siempre me había parecido alguien típicamente profesoral. Y así como la gente solía confundirlo con algo que él no era, también Ted MacKey y sus colegas tendían a malinterpretarme a mí. Yo había llegado a su mundo como alguien en estado de shock, asqueado de la política y flamante —entendiendo por esto lo contrario que «reciente»— en su viudez. En los cuatro años de nuestra superficial relación, Ted había reinterpretado mi constante parálisis como una forma de desinterés o ironía. Yo era *hip*, yo era *beat*. Yo podría haberme sentado junto a Chet Baker de haber sabido tocar algún instrumento. En cuanto a mis colegas profesores de historia, ellos confundían mi insensibilidad con puro terror. Me miraban y veían a alguien como J. Alfred Prufrock^[3]: me miraban y veían a alguien como ellos mismos.

Las reuniones en la residencia de Ted eran una especie de alivio. Un consuelo si se comparaba no solo con las reuniones y las grises comidas con las envaradas figuras en que nos había convertido el departamento de historia, sino también con la negrura de mi cuarto invierno en este lugar. Las vacaciones de un mes durante las Navidades eran algo terrible para los miembros del departamento. Yo me quedaba en el pueblo universitario súbitamente desierto, como había hecho todas las Navidades y, cuando las clases se reanudaban, todo hacía pensar que los otros profesores habían padecido alguna terrible forma de tortura durante las vacaciones. A Clara Frenow, la directora, le habían diagnosticado cáncer y había comenzado con la quimioterapia. Mientras tanto, nuestro único colega de raza negra y el único de nosotros con algo parecido a una personalidad, un hombre llamado Tiberius Soames, un casi patológicamente brillante antillano que daba sus clases con tanto fervor y entusiasmo que había conseguido duplicar el número de licenciados en historia desde su llegada a la universidad, súbitamente se hundió en el abismo y fue hospitalizado víctima de una fuerte depresión. Dos semanas después del asueto invernal estaba de regreso, frágil y extranjero, intentando llevar a cabo una dolorosa imitación del que alguna vez había sido. Otros cayeron víctimas de sus respectivas malas suertes: un hijo arrestado por tenencia de drogas, una casa de verano repleta de reliquias familiares que ardió hasta los cimientos, un caso de bloqueo de escritor que provocó la ruptura del contrato para escribir un libro de texto, problemas en el joven matrimonio que compartía una cátedra a tiempo completo.

Por mi parte, yo continué igual que había sido durante años. Acudía a donde me invitaban. Leía mucho en la biblioteca. Iba solo al cine. Miraba a los patinadores en

la laguna del campus. Y, más de lo que me gustaría admitir, mantenía conversaciones imaginarias con un hombre llamado Bill en las que hablaba una y otra vez de lo mismo que había venido hablando desde la muerte de mi mujer y de mi hija. Mientras andaba por ahí como paralizado o ajeno a todas las cosas, mis pensamientos giraban una y otra vez como esos perros que persiguen a una liebre mecánica.

Tal vez por esto los jóvenes patinadores parecían tan a gusto, aun en los días más fríos. Durante las horas del día, en lo que se conocía como el Middle Campus, entre la facultad de derecho y la de ciencias sociales, llegaban entre una docena y cien chicos y chicas para patinar en una laguna helada con una pequeña e inabordable isla en el centro. Una monolítica isla hecha con rocas, con una escultura en su punto más alto —formas soldadas con láminas de metal rojo— contenida por el anillo de una barandilla. Todos patinaban a su alrededor en un mismo y único sentido. «Laguna» tal vez no sea la palabra correcta. Me dijeron que no llegaba ni al medio metro de profundidad. Así que era una lagunita en la que reflejarse, del tamaño de dos campos de fútbol. Siempre había algunos trémulos principiantes aferrándose a las barandillas, pero en su mayoría estos jóvenes estudiantes se sentaban en los bordes de piedra, se calzaban sus patines, y enseguida se ponían de pie para adentrarse con una zancada experta en esa especie de carrusel invisible. No parecía que estuvieran practicando ejercicio o gimnasia alguna. Ninguna liebre los eludía. Se desplazaban en un círculo sin fin, pero no iban detrás de nada.

Yo solía comer en la cafetería que estaba en el sótano de la facultad de derecho y después caminaba por un sendero para bicicletas alrededor del Middle Campus, deteniéndome a mirar a los patinadores hasta que el frío me obligaba a seguir caminando más allá de la laguna y los edificios de ciencias hasta el museo de arte. Eso fue lo que hice aquel 20 de febrero, cuarto aniversario del accidente que acabó con mi familia. Contemplé un rato a los patinadores y luego me fui a ver a Bill, el hombre con quien yo era tan sociable, como ya dije, dentro de mi cabeza.

Nuestra amistad era solo una creación de mi mente, pero Bill no. Lo veía una o dos veces a la semana. Trabajaba en el museo de arte. Yo iba a menudo a ver un dibujo en particular. Bill era el vigilante; por lo general se paraba a mi lado, con sus pantalones azules, camisa blanca y una credencial en el pecho donde se leía su nombre: W. Connors. En una ocasión me presenté y él me dijo su nombre de pila. Era un hombre de raza negra de alrededor de cuarenta años.

Que este dibujo me afectara tanto como para venir a contemplarlo una y otra vez, casi con voracidad, ya me parecía un comportamiento comprensible para una persona que había pasado junto al cuadro el tiempo suficiente como para penetrarlo, y ser penetrado, tal vez sin la complicidad didáctica del experto en arte, pero aun así penetrado por y penetrando en su mensaje.

Yo sentía cierta camaradería con Bill. Una camaradería ilusoria, como esas extrañas y perturbadoras vinculaciones que puedes llegar a establecer con un desconocido que se vuelve a mirarte durante un segundo mientras tú pasas en un tren.

Alguien que, de golpe, se instala en el marco de tu cuadro del mismo modo que tú ocupas el marco del cuadro de él, los dos mirando desde extremos opuestos el mismo cuadro; creo que entienden lo que quiero decir: es ese segundo que se tarda en abrir y cerrar los ojos, pero que nunca llega a modificar la totalidad del cuadro. En cualquier caso, me gustaba pensar que él y yo compartíamos algo, cada uno de nosotros, Bill Connors y yo, totalmente implicados en lo que ocurría dentro de ese marco.

El cuadro era un dibujo de autor anónimo que casi cualquiera en el planeta podría haber ejecutado, pero lo cierto es que había sido un esclavo de Georgia quien lo había dibujado. Los dueños de la obra, una familia del condado de Camden, habían encontrado el dibujo en el ático de la vieja mansión familiar. Estaba realizado con tinta sobre una sábana de lino y consistía en un pequeño, solitario y perfecto cuadrado en el centro de la tela rodeado por líneas concéntricas a mano alzada. Un profesional que hubiera utilizado los instrumentos necesarios habría realizado miles de cuadros concéntricos con las líneas concéntricas a cuatro o cinco milímetros de distancia de cada uno. Pero, como ya dije, con excepción del cuadrado central, el resto del dibujo había sido hecho a mano alzada: cada imperfección involuntaria se contagiaba escrupulosamente a la siguiente línea y, como cada uno de los sucesivos cuadrados iba aumentando de tamaño, cada una de las sucesivas imperfecciones también era más grande y evidente, de modo que los trazos más largos y cercanos al marco ya no eran más cuadrados sino delirios caóticos.

A mi modo de ver, este proyecto secreto del esclavo sin nombre, nunca sabremos si fue un hombre o una mujer, nos implicaba a cada uno de nosotros. Allí estaba todo, como en un mapa: el camino hacia nuestra grandeza. Aunque simple y obvio como manifestación de arte, el dibujo retrataba la tonta y desamparada tendencia que tienen las cosas fundamentales para salirse de su ruta y convertirse en un sinsentido. El dibujo ilustraba el grotesco nácar de la iglesia cubriendo el grano de arena de su corazón y tradición; el dibujo hacía evidente la perniciosa aplicación fuera de contexto de ciertas reglas de ciertos gobiernos; el dibujo nos implicaba a todos en esa gradual apostasía con que íbamos recubriendo cualquier cosa perfecta que hubiéramos descubierto o creado.

Implicado. No me ocurría solo a mí. Había conversado con muchas personas que habían visto esta obra y su reacción había sido la misma pero, no sé si puedo explicarlo, manifestada de maneras muy diferentes. Se sentían incómodos frente a ella, confundidos, desafiados. Supongo que era eso lo que la convertía en arte y no en un dibujo sin más.

La obra no era particularmente hermosa, a menos que te guste observar los anillos en el tronco de un árbol recién talado, ni siquiera tan absorbente y misteriosa como, digamos, un pedazo de madera. Las entidades de la naturaleza, las nubes, el mar, tienen cuatro dimensiones, lo mismo que un pedazo de madera que te invita a pensar que cada uno de sus anillos llevó un año en ser trazado. El dibujo de autor anónimo no era otra cosa que un montón de sufriente concentricidad, pero decía una verdad.

Me convertía a mí en una suerte de fundamentalista. Yo no iba a «contemplantarlo». Yo iba allí a oír mi sentencia.

No puedo decir que recuerde mucho de esa visita concreta al museo. Pero debía de parecer alguien más atormentado de lo habitual en ese día, un terrible aniversario, porque decidí hacer memorable lo que quedaba de él llamando a Heidi Franklin, la historiadora de arte con quien había flotado brevemente en una cápsula transparente sobre los primeros y contados momentos de ese largo invierno, en la casa de Ted MacKey, en esa especie de jaula de cristal donde alguna vez se habían reunido las viudas.

Cualquier cosa que hiciera ese día en el museo, debía de haber tenido alguna conversación sin palabras con Bill en la que nos reconocimos el uno al otro superficialmente, aunque me pregunto si él me había reconocido a mí. Durante los últimos cuatro años se había dejado crecer un bigote y conseguido una silla en la que se sentaba mostrándose aburrido pero no distraído. Desde luego que, seguro, no le llevaría mucho tiempo contar su dinero. Tal vez tuviera una jubilación del ejército o algún otro ingreso que le permitiera vivir sumándolo al sueldo de policía de alquiler.

Lo saludé con una inclinación de cabeza, sonreí. Bill hizo lo mismo. Yo pensaba que en alguna de las encrucijadas de su vida, Bill había tomado decisiones que en su momento no fue consciente de haber tomado. Decisiones que le habían hecho ganar medallas o que habían decepcionado a sus camaradas... Tal vez fuera todo producto de mi imaginación, pero estaba seguro de ver en su mirada el reflejo de una vieja guerra que aún no se había desvanecido del todo en sus pupilas.

A esto era lo que nuestras conversaciones imaginarias —es decir, perdónenme, *mis* conversaciones imaginarias— se referían a menudo. Los puntos indiscernibles, las pequeñas monedas en las que el destino se manifiesta con una cara o con otra. No le explicaba a él más de lo que le explicaba a cualquier otra persona, pero él me hablaba sin inhibiciones de cómo había sido su vida después de que le pasara o no le hubiera pasado *aquello*. O de cómo después de *eso* ya le resultó imposible decidir o no decidir cualquier cosa. Cómo, a partir de un punto de ese viaje que lo alejaba de la tristeza, se internó a solas en un túnel donde no había nadie con quien hablar ni nadie a quien pedir socorro. Por culpa de las consecuencias, de esas consecuencias que tienen lugar en un segundo y que hacen que todo lo que hizo o dejó de hacer se convirtiera en algo imposible.

Por supuesto que yo conversaba con él en mi imaginación, que toda la conversación era un monólogo y era sobre mí. Exilio, indiferencia, parálisis, miedo —todas esas cualidades que la gente proyectaba sobre esa superficie plana y blanca que era yo— tenían que ver con cualquier cosa que hubiera acontecido después del accidente en el que perdí a mi mujer y a mi hija. Todo ocurría a pesar de su completa imposibilidad. Incluyendo mi decisión, tomada ese mismo día, de ir al departamento de arte en busca de Heidi Franklin.

Las puertas del edificio de bellas artes daban a un espacio pavimentado, casi un

patio, que también servía como entrada al museo. Al caminar sobre este sendero de cemento en el clima helado, al alejarme de las rutinas que me había impuesto para ir a ver a una mujer, yo no estaba haciendo nada especial, no sentía que estuviera sacudiendo las partes muertas de mi vida. Podría haber pensado eso tres años atrás, cuando todavía confundía mi parálisis con el simple pesar. Pero no era algo tan simple.

El día del accidente, nuestro vecino recogió en su auto a Anne y Elsie, mi mujer y mi hija, delante de nuestra casa y giró en redondo para poner rumbo hacia la autopista. Los detuve con un gesto y me incliné hacia la ventanilla del conductor. La noche anterior había nevado con fuerza. Las calles estaban peligrosas. Pensé que lo mejor era tomar el atajo por el camino de grava que llevaba al pueblo, pensé que lo mejor era mantenerse alejado de las vías rápidas. El auto había apuntado primero hacia el atajo pero ahora había girado.

—¿No vas a ir por el pueblo?

—No, porque están en obras.

—Es domingo —le dije al anciano—, no trabajan.

Todos conocían a nuestro vecino, el general Neally, retirado hace muchos años de la Fuerza Aérea (y, ya que estamos, viudo); sabían que era un caballero vigoroso a la hora de jugar al tenis y definitivamente sureño al poner por escrito sus memorias. Pero en los últimos tiempos parecía más frágil, pensé. Una vez, cuando lo contemplaba salir hacia el camino en su Cadillac y deteniéndose para mirar a derecha e izquierda, derecha e izquierda y otra vez, derecha e izquierda, me pareció más confundido que cauteloso y me pregunté si debería seguir conduciendo. Tan solo un par de semanas antes del accidente, el general y yo nos habíamos cruzado buscando el correo en nuestros buzones y me invitó a tomar un café en su cocina. Mientras abría y cerraba cajones para prepararlo cayó en un profundo silencio y, rascándose la cabeza, se volvió a mirarme y, con la más absoluta de las sorpresas, exclamó: «¿Qué es lo que quieres?».

Pensaba en todo esto mientras me inclinaba hacia la ventanilla del conductor sin siquiera dedicarle una mirada a mi familia sentada junto a él. Pensaba seguido en esto: debí haber buscado sus rostros por última vez, pero no lo hice y le dije al general: «Ve por el camino de grava, es más corto». «Me gusta más la autopista», me dijo. Y se alejó conduciendo. Yo me quedé allí con un último comentario en la punta de la lengua: «Ve por el camino de grava. Es más seguro». En la punta de mi lengua. Todavía podía sentir su sabor en mi boca. Si solo hubiera llegado a decirlo. Aunque hubiera vuelto a rechazar mi consejo, por lo menos le hubiera retrasado un par de segundos más, y tal vez todos ellos estarían hoy vivos. Durante las terribles semanas que siguieron, la imaginación me propuso otras muchas cosas que yo podría haber hecho. Hubiera podido decirles que se quedaran en casa, pedirles un taxi o no haber llevado nuestro propio coche al garaje hasta un par de días más tarde (estaba allí para una revisión de rutina, por las condiciones de la garantía). Podría haber comprado un

segundo auto... pero no lo necesitábamos: yo utilizaba la limusina del senador para ir al Congreso todos los días. Así que no dije nada, y se fueron.

A diez kilómetros de casa, el general llegó a una señal de stop, hundió el pie en el freno y patinó sobre el hielo hasta quedar frente a un camión que venía a unos ochenta kilómetros por hora. (Un camión cargado de flores. No estoy seguro —no estuve en el sitio del accidente—, pero cabe pensar que había flores tiradas por todas partes.) Anne y Elsie murieron en el acto. El general aguantó veinticuatro horas más pero nunca llegó a recuperar el conocimiento. Que todos ellos descansen en paz.

Ese día de invierno, exactamente cuatro años después, yo recorrí ese patio, pasé frente a las esculturas sin limpiar y crucé las puertas del edificio de bellas artes. Transité por los túneles, como había venido haciendo durante cuatro años. Di cada uno de esos pasos sin ningún tipo de embotada curiosidad —sin pensar en lo que me esperaba más adelante, porque nada me interesaba menos— sino preguntándome si sería capaz de dar un paso más en esa nueva dirección. No había encontrado gran cosa que me interesara a lo largo de mi camino. A riesgo de forzar demasiado la situación en la que me encontraba, diré que a menudo cambié de dirección en la oscuridad y me pregunté si no habría entrado en un laberinto.

El edificio de bellas artes era viejo, con techos altos que hacían que los vestíbulos parecieran haber sido estrechados y contruidos para adecuarse a las proporciones de alguna antigua y extinguida raza de catedráticos. El lugar olía a aceites, pegamentos y madera vieja. No esperaba encontrar a Heidi. Pensé en dejarle una nota en su oficina. Un joven con una perilla grasienta y el resto de su cabeza afeitada parecía estar a cargo del lugar. Cuando le pregunté por Heidi Franklin, se agachó detrás de su escritorio y desapareció por completo. Me asomé por encima del escritorio y lo vi casi acostado, manipulando el enchufe de su máquina de escribir eléctrica.

—Tal vez esté en la performance —dijo.

—¿Puedo dejarle una nota?

Se puso de pie y noté un astuto detalle de estilo en lo que me había parecido una forma de vestir descuidada y moderna: uno de esos Lacoste de color azul grisáceo. Donde debía estar el pequeño parche con el cocodrilo de la marca, la tela estaba rota, como si lo hubieran arrancado de un tirón, dejando ver un pequeño pedazo de pecho desnudo en el que se había tatuado un pequeño cocodrilo.

—Búsquela en la *Performance del Cañón*. Aula 8.

—¿La *Performance del Cañón*? Suena a algo peligroso.

—Estoy seguro de que esa es la idea.

Encontré el aula 8 a unos pocos metros y me asomé por la puerta entreabierta para ver a un grupo de estudiantes, digamos que un par de docenas de ellos, la mayoría despatarrados en el suelo, otros sentados en banquetas altas, todos vestidos y adornados según la moda tan expresiva como desaliñada de los integrantes de todo departamento de arte. Habían puesto los caballetes a un lado y las banquetas y sillas juntas y ordenadas. El aula, una habitación grande, se encontraba en completo

silencio. Pero yo no podía ver ninguna performance, nadie estaba actuando, a pesar de que podía ver perfectamente buena parte del aula. Entré sin hacer ruido y me senté en uno de los pupitres de madera junto a la puerta, sintiéndome más parte del batiburrillo de cajas, trapos y caballetes que del público. Ahora podía ver en una de las esquinas más cercanas del aula, en una pequeña plataforma, a una mujer sentada sobre una mesa con las piernas bien separadas, el pie izquierdo subido, y el derecho colgando. Una mujer joven, completamente desnuda de cintura para abajo a excepción del calzado —un par de zapatillas negras y altas, con los cordones desatados, uno color púrpura o algo así, oscuro, y el otro blanco o gris— y concentrada en afeitarse su monte de Venus cubierto de espuma de jabón. Utilizaba una de esas maquinillas desechables de color rosa. Me senté lo suficientemente cerca para apreciar todos estos detalles y colores. La mujer tenía problemas con esta operación, daba golpes como pinceladas con su maquinilla para acto seguido enjuagarla con vigor en un bol con el esmalte cuarteado y lleno de agua; hacía esto cada dos pasadas de la maquinilla que, luego, sustituía por otra que sacaba de una bolsa de plástico llena de maquinillas.

Tardé un poco en reconocer en ella a la chica que había conocido en casa de Ted MacKey la misma noche en que me había cruzado con Heidi Franklin. Me refiero a que se trataba de la cellista del vestido azul que había bebido de más. Intenté limitarme a apreciar los datos más convencionales y visibles: tenía pelo rojo, bonitos ojos azules, los suaves círculos violetas bajo ellos ahora más pronunciados por la palidez de su cuerpo. Tenía puesta una gorra de béisbol amarilla y una camiseta azul en la que se leía la palabra *Edgars* en cursivas blancas sobre sus pechos.

Mi intención había sido sentarme lejos de la vista de todos, pero como el estrado llegaba hasta esta esquina, mi esquina, donde jamás pensé que podía estar, lo cierto es que me encontraba casi sentado sobre el regazo de la *performer*. ¿Se movían las pecas por sus rodillas? Mientras me inclinaba para comprobarlo, me contuve a mí mismo, terriblemente avergonzado por mi actitud. Pero nadie me miraba. Los estudiantes asistían concentrados, como los invitados a un quirófano, con esa actitud colectiva que parecía un tanto clínica si no saciada, satisfecha: ella era una artista, eso era todo. Yo no podía imaginar por qué el número se llamaba la *Performance del Cañón*.

Muy cerca de mí había un profesor. Un hombre bajo y de pecho poderoso vestido con vaqueros y una sudadera roja. Parecía uno de esos tipos duros y ruidosos, pero en ese momento no pronunciaba palabra alguna. Y supongo que no se sentía muy duro. Jamás me fue presentado, ni entonces ni después, así que nunca pude preguntárselo.

Al terminar la sesión, la performance pareció concluir con una toalla de mano color blanco secando y limpiando los restos de espuma que quedaba; la chica cerró las piernas, se estiró hacia abajo el ruedo de su camiseta azul y, con la mano que le quedaba libre, buscó sus vaqueros y dejó a un lado la toalla; los otros comenzaron a moverse por la habitación; yo me fui. Salí al patio lleno de figuras metálicas y caminé

de obra en obra, frunciendo el entrecejo con tal fuerza frente a ellas que, en algún momento, fui consciente de un alfilerazo de dolor justo entre las cejas. Todas las esculturas me parecían inertes, desarticuladas, sin sentido. Y más les vale creerme si les digo que me había olvidado por completo de Heidi Franklin.

En contra de mi costumbre, salí de allí y fui caminando hasta la facultad de derecho. ¿Qué era lo que había presenciado? No comprendía el objetivo de la performance pero su efecto había sido como el de una paliza y ahí me quedé, frente a la laguna helada por donde se deslizaban los patinadores, aferrado a la fría barandilla con mis manos desnudas, desorientado, no por primera vez, en este campus, por toda esa juventud que bullía a mi alrededor. La laguna estaba cubierta por una especie de nube que se elevaba desde el hielo, la isla de su centro era casi invisible a mis ojos. Y ominosa. Algo que parecía acercarse a mí, la llegada de algo espectral, el barco fantasma de las leyendas de los marinos.

Me quedé allí media hora contemplando a los jóvenes patinadores e intentando relacionarlos con lo que acababa de ver en el aula 8. Pero el intento en sí mismo se me antojó una forma menor de la histeria. ¿La *Performance del Cañón*? Estaba claro que yo me sentía como si una bala de cañón hubiera hecho blanco en mí.

Ahora, frente a mí, aparecía otro vívido paisaje —juventud, frescura, vigor, el mismísimo aliento de la vida brotando de sus bocas—, la visión cinematográfica, viniendo hacia mí y saliendo de entre la niebla, ganando sustancia hasta convertirse en algo asombroso. Colores brillantes, el vapor de sus respiraciones, sus palabras y sus risas, el gemido de los filos de sus patines, todo eso no era nada. Desde otro punto de vista, estos mismos jóvenes parecían no ser una perfecta ilustración de la vida y de la juventud y de los juegos sino del entrenamiento. Todos en fila siguiendo un mismo curso y sentido, como en un desfile militar. Sus rostros cambiaban, pero todos eran parte de un mismo círculo, y este círculo me hizo recordar aquel dibujo del esclavo que tanto me había impresionado, aquella línea que intentaba seguir el trazo original hasta dejar de ser una fallida repetición, una parodia involuntaria, y convertirse en una abominación de la ignorancia.

Yo mismo estaba inclinado como un patinador, todavía aferrado a la barandilla e inundado por lo que me pareció una sensación de verdad y afirmación, avasallado y tranquilo en el momento exacto de una revelación: supe que cada uno de esos patinadores tenía mi rostro.

A lo largo de exactamente cuatro años yo había vagado así por mi propio pasado. Un fantasma agitándose en la niebla. Moviéndome en círculos, rindiendo culto, cuidando de ese inmenso y velado monolito. Y regresando casi día tras día a contemplar el dibujo del esclavo del mismo modo en que un actor desfigurado se ve una y otra vez atraído por el misterio de su rostro en el espejo. Ahora la lección estaba clara: yo me había alejado más y más de su centro, mi rumbo estaba menos y menos sujeto al dictamen de la forma central. Comprendí que desde hacía tiempo yo poco tenía que ver ya con las fuentes de mi dolor. De hecho, me había liberado de

ellas. Aunque mi devoción seguía siendo fuerte.

Nada me era exigido. Solo tenía que poner un pie delante del otro y así un día me alejaría lo suficiente de mi oscuro y helado sol como para poder romper con gentileza las obligaciones de mi órbita.

Ajusté el cinto de mi abrigo no sin esfuerzo; mis manos ya no sentían casi nada el frío. Me acomodé mejor la bufanda alrededor del cuello y me puse los guantes. Me alejé de esta revelación y tomé el camino de regreso al mundo, hambriento por conocer las noticias sobre mi persona. ¿Qué iba a ocurrirme ahora?

No puedo afirmar que simplemente el siguiente pensamiento se me ocurriera entonces, porque lo cierto es que era uno de esos pensamientos que me acompañaban siempre y que, de vez en cuando, ascendían a la superficie desde las profundidades, eso es todo: en unos pocos años, mi hija hubiera ido al *college*. Me hubiera encantado que pudiera girar hasta detenerse por un momento junto a esta barandilla y riera con esa dulce risa de las viejas películas que pasan por televisión. Más que nada me hubiera gustado que Elsie hubiera crecido hasta convertirse en alguien como... pero no podía recordar el nombre de la cellista.

Esta ansiedad se mantuvo fresca por un tiempo, unos pocos días, algo más de una semana. Entonces, agobiada por nubes bajas y grises y temperaturas mínimas, acabó esfumándose. Pero yo esperaba que algo ocurriera.

Un cambio de clima a finales de febrero dio lugar a una sucesión de tormentas de nieve a principios de marzo. Los meteorólogos no podían evitar repetir una y otra vez la frase «como una manta cubriendo el Medio Oeste». El pueblo adquirió esas curvaturas de ciertas villas alpinas en las fotografías. Los patinadores se marcharon. La laguna helada y hasta su barandilla desaparecieron bajo la nieve. Las esculturas rojas en la cima del monolito también quedaron cubiertas de blanco. Los tejados se vinieron abajo por el peso de la nieve, vehículos y ganado fueron sepultados, se paralizó toda forma de viaje y de transporte. Todos sufrieron hasta que bien entrado abril los cielos no se abrieron y los campos blancos comenzaron a deshelarse.

El clima nos había derrotado a todos. Las dificultades, las demoras, todos íbamos rezagados de un modo u otro. Para cuando fue posible ir a visitar a J.J. Stein al Foro para la Interpretación Erudita, yo estaba casi seguro que él ni siquiera recordaría nuestro encuentro.

Jamás había visto el sitio en el que se encontraba el Foro, un extraño pedazo de nuestra estructura universitaria a unos veinte kilómetros, en las afueras del pueblo, en un edificio que había sido un asilo para lunáticos en los días en que este tipo de institución era conocida por semejante nombre. El día en que decidí visitar el campus conocido como Swan's Grove, la Alameda del Cisne, el clima parecía recién hecho. Los filos del invierno habían sido empujados fuera del paisaje, las aceras estaban libres de nieve y las carreteras ya no estaban mojadas por el hielo. La nieve profunda de los campos se había derretido y solo llenaba hoyuelos que se habían convertido, aquí y allá, en cráteres con hierba húmeda en su interior.

«La Alameda», como le gustaba llamarla a J.J. Stein, era uno de esos remansos académicos hacia los que milagrosamente aflucía y encontraba su camino el dinero del Estado, el tipo de lugar al que tarde o temprano un entusiasta legislador, pensaba yo, acabaría denunciando y arruinando. El hospital universitario tenía aquí su pequeña unidad de rehabilitación de traumatología craneal, como si de este modo quisiera proteger al lugar de ataques a su futilidad. También en uno de los antiguos edificios alguna vez rebosantes de locura, funcionaba la imprenta de una fundación benéfica. El Foro para la Interpretación Erudita del doctor J.J. ocupaba toda una pequeña construcción en forma de L.

Me enseñó todas las instalaciones llevándome del brazo como si yo estuviera decrepito. Otras personas habían salido a tomar el aire. Algunas parecían borrachas; probablemente fueran pacientes de la unidad de rehabilitación. Caminamos por el sendero de álamos que daba su nombre al lugar por los distintos edificios, por el arroyo, por la cancha de balonmano. Nada de esto era necesario. Solo queríamos dar un paseo bajo la húmeda luz del sol.

Saliendo por fin de aquel terrible invierno, todo parecía triste. Listo para ser conquistado por fantasmas. Cuervos colosales e indomables se juntaban en las ramas desnudas de los árboles.

—Casi siete hectáreas —dijo J.J.—. El terreno fue adquirido por muy poco dinero. El colegio de medicina llevó a cabo aquí experimentos con animales durante décadas. Esa chimenea es la del crematorio.

Y señaló hacia unos cincuenta metros de ladrillos que se alzaban sobre el techo de una pequeña estructura de hormigón. Cruzábamos el campo central en diagonal haciendo uso de una acera ancha y pavimentada.

—Todavía mantienen algo funcionando junto al arroyo. Nosotros preferimos no acercarnos demasiado por allí.

Estaba claro que la historia un tanto siniestra del lugar era motivo de placer para quienes lo utilizaban ahora. J.J. parecía alegrarse a medida que la contaba, aunque ninguno de los tipos con los que nos cruzamos durante nuestra caminata parecía estar disfrutando de nada, y muchos de ellos no me parecían demasiado diferentes a como debían de haber sido los antiguos habitantes del lugar. En la extrañeza de la primavera, al fin sin sombreros, con nuestras chaquetas abiertas, inhalando el aire tibio con aspecto suspicaz, estoy seguro de que todos debíamos parecer lunáticos. No ayudaba demasiado el que algunos de nosotros nos tambaleáramos o arrastráramos los pies, con galochas desabrochadas o pijamas debajo de los abrigos, practicando secuencias de movimientos simples con cabezas recién rehabilitadas.

Una de las personas como las que acabo de describir se interpuso en nuestro camino, un hombre sonriente y con una mano levantada por encima de su cabeza que me dijo:

—Me gustaría darle la dirección de mi casa.

J.J. le dijo:

—De acuerdo. Pero ¿realmente necesitamos su dirección?

El hombre se inclinó incómodo hacia un lado como si luchara contra un fuerte viento, con la mano izquierda en alto, los dedos cerrados alrededor de un imaginario bastón de mando o una pequeña antorcha invisible.

—Me gustaría darle la dirección de mi casa.

—De acuerdo —dije—. Adelante, si eso es lo que quiere.

—Me gustaría darle la dirección de mi casa —dijo el hombre—, me gustaría darle la dirección de mi casa.

Se quedó frente a nosotros unos minutos arqueando las cejas entre expectante e intrigado, como si ahora nos correspondiera a nosotros la siguiente jugada. Después de rodearlo para seguir nuestro paseo, el hombre continuó su camino con la mano izquierda en alto.

Cuando J.J. me hubo mostrado todo lo que había para mostrar, las oficinas ocupadas por gente de mi posición, la sala de la fotocopidora, el bar y los aseos, cuando me hubo presentado a la señora Towne, la secretaria de cabellos grises y vestido con estampado de flores que trabajaba para todos los miembros del Foro (aunque no vi a ninguno de sus miembros: el lugar era como un depósito de cadáveres), después de este breve tour, J.J. me invitó a pasar a su oficina donde ocupamos nuestras posiciones en sendas sillas y J.J. puso sus pies sobre el escritorio. Dijo:

—Me temo que no tenemos nada para ofrecerte.

—Bueno —dije sintiéndome estúpido, irritado y aliviado; lo cierto era que de cualquier modo yo no quería trabajar allí a no ser que fuera para filmar una película de terror—, de todos modos ha sido un placer conocer el lugar.

Pasó por alto mi comentario y se zambulló en una larga explicación acerca de los mecanismos para conseguir fondos que comenzó a parecerme interesante, o tal vez fuera su incomodidad y su inesperada y encantadora torpeza para manejar toda la situación.

—Mira, Michael —dijo poniéndose de pie—, no te estoy diciendo la verdad. Se trata de política. La gente que financia el Foro es gente adinerada que simpatiza con la izquierda. ¡Y tú tuviste que trabajar para el senador Thom!

Reí y repuse:

—No *tuve* que trabajar.

Y él dijo:

—Michael, podría venirme bien un amigo. Déjame que te invite a cenar.

Tardé un poco en responderle. Debió de darse cuenta de que estaba buscando una excusa para negarme.

—Mi divorcio es oficial a partir de hoy —me dijo.

Había oído hablar de ello. Su esposa, una belleza del campus, había sido acosada y conquistada por un autor que estaba de visita, el famoso novelista T. K. Nickerson. Ella se había encargado de los detalles finales del divorcio desde el piso en Roma en

el que vivía con el escritor por esos días.

—De acuerdo. Vamos a comer algo —dijo.

Dejé a J.J. cerrando su oficina y yo salí fuera y caminé solo bajo un paisaje sobrenatural de nubes, el sol goteando desde los vientres de esas enormes formaciones. El mundo entero era de color rosado. Mientras esperaba ahí, un hombre se acercó hasta donde yo me encontraba; era el mismo hombre que nos había detenido hacía un rato, el hombre que todavía parecía sostener en alto algo invisible bajo la luz pastel del atardecer. Con su mano libre me ofreció un pedazo de papel.

—Aquí tiene. Esta es mi dirección. La escribí ahí.

—¿Este es usted? ¿Robert Hicks?

—Correcto. Robert Hicks —dijo—. ¿Cuál es su nombre?

—Mike.

—¿Mike qué?

—Reed.

—¿Reed qué?

—Michael Reed. Ese es mi nombre.

—Correcto. Michael Reed —dijo.

—¿Quiénes son estas otras personas?

En la hoja de papel que me había dado aparecía casi una docena de nombres debajo del suyo.

—Esos son mis amigos en la unidad. La unidad de rehabilitación de traumatología craneal —dijo—. Correcto. U-R-T-C.

—Oh.

—Todos tenemos la misma dirección. Correcto.

—Entiendo.

—La U-R-T-C. La U-R-T-C. La U-R-T-C —dijo Robert Hicks.

—Robert, ¿alguna vez te preguntan qué es lo que sostienes en alto?

—No muchas. Muy de vez en cuando.

—¿Y qué es?

—No lo sé. No puedo verlo. Es muy ligero —dijo.

Empezó a hablar en voz alta consigo mismo utilizando palabras que yo no comprendía y se alejó caminando.

Me senté en el banco de la parada de autobús, la misma parada en la que me había bajado y a la que había llegado en la línea interna de la universidad, porque yo ya no tenía automóvil, y me quedé contemplando a los caminantes sin rumbo —muchos de ellos sin rumbo para siempre como consecuencia de accidentes graves—, un par de docenas yendo y viniendo, concentrándose con fuerza en ir a ninguna parte. Yo estaba convencido de que podía distinguir a los pacientes, a los que estaban mejorando, de los artistas de la estafa académica como yo que caminaban apresurados de un edificio a otro. Pero el aire nuevo, el atardecer rosado, el amplio campo enfangado cruzado por las franjas grises de las aceras como una inmensa y

desteñida bandera de la Confederación, las personas que se desplazaban con dificultad por ellas como si la batalla acabara de terminar... no sería muy ambicioso afirmar que ahí y entonces, sosteniendo la lista de víctimas con traumatismo craneal del señor Hicks, sentí agitarse dentro de mí cosas que habían estado muertas desde mi infancia, esa sensación de ser niño como una especie de antena clavada en el centro de una infinita red de posibilidades. Y todo ese fácil pero constante asombro de la infancia, su promesa de un circo constante... conociendo al azar, niños con pequeños talentos o habilidades, con pulgares de articulación doble, con un tercero o hasta un cuarto juego de dientes. No quiero decir que hubiera disfrutado mucho de esos días del ayer, que estuvieron tan llenos de horrores ridículos, pero también estaba esa capacidad del universo para provocar nuestro deleite mostrándose, como una caracola en una playa larga y vacía. Un chico cuya hermana mayor adolescente disfrutaba mostrando sus pechos, o un chico que podía darle una calada profunda a un cigarrillo, cerrar su boca y taparse la nariz, y hacer que el humo le saliera por los oídos. ¿Qué fue de todos ellos? El chico cuyas manos eran una ilusión óptica. Sus manos eran razonablemente proporcionadas y completas, de lo más común hasta que las mirabas de cerca y descubrías que cada una de ellas tenía nada más que tres dedos y un pulgar. Pero si me preguntaras «¿Cuál era el dedo que les faltaba?», no podría responderte. Todos sus dedos parecían estar en su lugar.

—¿Me estás mirando las manos? —me preguntó J.J. de camino al pueblo.

Yo había estado contemplando el modo en que se aferraban, cerradas como puños, alrededor del volante de su Karmann Ghia.

Le hablé de aquel chico que había conocido en mi infancia.

—Interesante —dijo, pero creo que en realidad él pensaba que se trataba de algo estúpido de recordar y mencionar.

Mientras tanto, yo sospechaba que él solo podía dar vueltas a su divorcio. Parecía preocupado, y no conversamos mucho más mientras conducía su ruidoso deportivo por las calles del pueblo. Cuando nos bajamos del auto en un estacionamiento vacío, me dijo:

—Mis manos son normales...

Me pareció oír uno de esos «pero» implícitos y pensé que entonces él me haría partícipe de algún grotesco secreto de su cuerpo. En lugar de eso, cerró las puertas de su auto de colección desde fuera, utilizando una llave para ambas puertas, y me señaló el camino al restaurante.

Estaban los comedores donde los estudiantes tragaban pizza, costillas, hamburguesas o cualquier cosa frita, y estaban los otros sitios que habían erigido una barrera de precios más altos para dejar fuera a toda esa juventud y ofrecer mesas donde sentarse a conversar. J.J. me llevó a uno de los restaurantes más tranquilos, uno de esos pequeños reductos italianos aptos para las actividades románticas. Nos sentamos junto a una ventana cubierta de escarcha —al final del atardecer el aire se había vuelto helado— y a una mesa cubierta por un mantel a cuadros. Era temprano.

Un camarero caminaba entre las mesas encendiendo velas metidas dentro de botellas de chianti. Esperaba que J.J. comenzara a hablarme sobre su tristeza, pero en cambio, mientras bebíamos el vino de la casa, comenzó a hacerme preguntas sobre el senador Thom.

—Me produce curiosidad... Intento comprenderte —reconoció—. ¿El tipo te caía bien o te parecía detestable? ¿Renunciaste o te echaron?

Al fin alguien lo bastante impertinente como para preguntármelo.

—Te molesta que lo pregunte, ¿verdad?

—No. En serio. Nadie me lo había preguntado.

—Es que lo vi en las noticias. Lo vi ayer en televisión batiéndose a duelo con unos periodistas.

Últimamente habían surgido dudas sobre la ética del senador en la opinión pública. No era la primera vez.

—«Libra todas las batallas en la televisión» —citó—. Uno de sus lemas. Tiene un millón de lemas.

—Mucha gente ya predice el final de su carrera —dijo J.J.

—Yo no estoy entre ellos.

—¿Conseguiste algo trabajando para él?

—En Washington llegué a experimentar lo que una vez oí definir como «la tentación de ser bueno». Es una especie de maldición. Tan pronto como me golpeó ese sentimiento sucumbí a una profunda confusión. Todavía no estoy del todo seguro de si, al renunciar, caí preso de una mala tentación o si me las arreglé para resistirme a una buena tentación.

—Guau. Suena un poco zen —dijo—. ¿Se supone que debo entenderlo?

—Hay una quietud perfecta en el centro de Washington —dijo mientras él entrelazaba sus manos sobre la mesa con el aire plácido de alguien sentado junto a un psicópata en un autobús—. Es normal e inevitable hablar de todo esto con paradojas —continuó—. Todo lo que ocurre en el mundo ocurre en él, pero no pasa nada. Todo es esencial, pero completamente falto de razón de ser. Los motivos son nobles, pero todo lo que haces en su nombre acaba apestando. Y al final te retiras entre grandes elogios.

—Bueno, todos suponemos que la política es algo más o menos por el estilo, ¿no es cierto? Pero ¿por qué te comprometiste?

—Tengo media docena de explicaciones —dijo—, pero te daré la más breve: por dinero. Yo estaba inquieto y sentía cierta curiosidad, pero antes que nada era simplemente pobre. Quería dejar atrás la vida de un profesor de secundaria que cuenta cada centavo. La promesa de dinero cuando avanzara en el camino significó mucho para mí.

—Pero no lo conseguiste.

—Conseguí un aumento.

—Pero no te hiciste rico.

—No.

—Y no te importa.

—No. Al menos ahora. ¿Debería importarme?

—No —dijo. Y agregó—: ¿De cuánto fue ese aumento?

—Pasé de ganar menos de treinta mil al año a cerca de ochenta mil después de dos o tres años. Algo menos.

—Hey. ¡No está nada mal!

—Me nombraron jefe del equipo legal. Uno de los puestos buenos.

—¿Y en qué andas políticamente por estos días? ¿Estoy siendo demasiado curioso?

—¿Quieres decir si hoy votaría por el senador Thom?

El polémico senador Tom-Tom, como lo llamaban sus electores. También le decían el Gran Jefe. Yo me había quedado al lado del senador primero con la esperanza de tener algo de influencia, más tarde con la esperanza de estar allí el día de su derrota y, finalmente, con la esperanza de reunir las pruebas necesarias para destruirlo. Pero estaba completamente limpio y no sería honesto de mi parte no reconocer que hasta podía ser un buen hombre. El problema era que sus principios eran pequeños y su horizonte no iba más allá de noviembre. Debería haber sido un republicano pero era un demócrata. ¿Por qué? ¿Por qué no? Lo cierto es que ahora pienso bien poco sobre cualquiera de los dos partidos, y no puedo comprender cómo me las arreglé alguna vez para ver alguna diferencia entre ellos. Y lo peor de todo: en algún momento de mi visita a aquel planeta perdí todo mi sentido del humor respecto a estas cosas. ¿Votaría por el senador Thom?

—Ya no voto —le respondí a J.J.

Llegaron los espaguetis y la lasaña. J.J. cambió de tema, me preguntó cómo me sentía dando clases, qué pensaba de los estudiantes, cuál era mi opinión sobre el mundo académico. Y entonces caí en la cuenta: me estaba entrevistando.

¿Cuántas entrevistas más, cuántos J.J. más, cuánta pasta más enroscándose alrededor de cuántos tenedores más me deparaba el futuro? La pregunta fue como dejarme caer en un pozo. ¿Existía un límite para lo aburrido que podía llegar a ser este lugar? Cuando ambos decidimos saltarnos el postre y nos habíamos tomado la mitad del café en nuestras tazas, yo ya había decidido que no. No había límites.

—¿Sabes? —dije—. Me parece que dejaré que el próximo año sea el último. Creo que ya he terminado mi relación con la vida intelectual.

Decirlo me pareció un acto menor pero necesario. Como si por fin me hubiera tomado un segundo para atar el cordón de un zapato.

—Has terminado tu relación con la vida intelectual. Ahora sí que estoy seguro de que eres la persona apropiada para el Foro.

—No. Gracias, pero no.

Se hizo un silencio entre nosotros. Escuchamos a un hombre conversando con una mujer en la mesa de al lado. La mujer mencionó el funeral de alguien. J.J. parecía

interesado en lo que ella decía.

Dejó de comer. Estaba claro que hacía un esfuerzo por oír de qué hablaban.

—Creo que el clima en Alabama es bochornoso, ¿verdad? —dijo la mujer.

—¿Bochornoso? Es Alabama —dijo el hombre.

—Lo siento —dijo J.J.—. Discúlpeme...

Los dos se volvieron hacia nosotros.

—¿Trevor Watt ha muerto? —les preguntó J.J.

El hombre y la mujer se miraron durante un segundo, y luego volvieron a mirar a J.J.

—Sí, está muerto. —Las palabras salieron de las bocas de ambos al mismo tiempo.

—Tuvo un ataque cardíaco el sábado pasado —dijo el hombre.

J.J. se aclaró la garganta. Parecía aturdido.

—Lo siento —dijo—. Fue muy amigo mío. ¿Dónde estaba cuando sucedió?

—En Brown —dijo la mujer.

—Pero estaba retirado. Vivía en... —dijo el hombre.

—En alguna parte de Alabama —dijo la mujer.

Mientras pagábamos la cuenta, J.J. continuó conversando con ellos y yo le dije que no se preocupara y se tomara su tiempo. Salí a fumarme un cigarro en la acera. Se lo dije como si fuera lo más normal del mundo para mí, pero lo cierto es que yo nunca había fumado. Me habían regalado un cigarro. La gente siempre estaba regalándome cosas, le caigo bien a la gente, tal vez porque sentían que yo estaba virtualmente muerto y que no podía causarles daño alguno.

Yo había esperado a que J.J. retomara el tema de su esposa, que abriera una ventana a su amargura en el día de su divorcio. Pero nada de esto había sucedido. Él y su mujer llevaban separados un par de años. Haber cruzado la línea de llegada legal parecía haberlo puesto pensativo, pero yo ahora estaba seguro de que cualquier desgarró durante la carrera ya había sido remendado tiempo atrás.

De hecho, unas semanas antes yo había conocido a la esposa de J.J. Fue en una fiesta en la casa del decano, una de esas ocasiones a la vieja usanza en la que habían venido a cenar muchos, pero la mayoría —los estudiantes— iban a ser expulsados después de los cócteles. Ella había estado viajando con T. K. Nickerson, el escritor que nos la había arrebatado. Todos le llamaban Kit. El nombre de ella era Kelly. Kit y Kelly estaban aquí de paso, durante los días más duros del invierno, camino de Europa o viniendo de Europa. Kelly era una mujer bella, muy atractiva sin ser glamurosa. Se había limitado a meter su cabeza por un vestido de seda púrpura y ya estaba lista para pasar una velada en una habitación llena de hombres que intentaban no volverse locos ante su sola presencia. Tiberius Soames, mi colega haitiano del departamento de historia, se arrimó a ella al principio de la fiesta y ya no se separó de su lado ni por un segundo. Los ojos de Kelly parecían somnolientos, pero su mirada era vibrante. Tenía pestañas muy pálidas. El cabello color fresa le caía recto hasta los

hombros.

Había otra pelirroja en la fiesta de esa noche, la cellista pelirroja, la creadora de la *Performance del Cañón*. Trabajaba para la empresa de catering contratada para la ocasión, ayudaba en la cocina y traía la comida hasta la sala. Llevaba un uniforme gris y blanco, el cabello recogido bajo una redecilla negra y parecía de lo más dócil y natural. Pero esto no hacía más que acentuar su aire un tanto travieso. Se movía entre nosotros como la reina secreta de alguna banda criminal calibrando las posibilidades de dar un golpe. Mientras elegía uno de los canapés me sonrió y dijo:

—Hola, Michael Reed.

Había transcurrido cosa de un mes desde nuestro encuentro en casa de Ted MacKey y no podía decirse que allí hubiésemos tenido una conversación muy profunda. Esta noche yo la había descubierto enseguida, pero jamás pensé que ella me recordara. Yo estaba asombrado y probablemente pareciera asombrado. Volvió a sonreír y siguió de largo.

Antes de que todos nos sentásemos a comer, me aseguré de averiguar su nombre. Lo cierto es que me sentía muy nervioso y no me parecía del todo sorprendente sentirme así. Menos de dos semanas atrás, yo había estado contemplando de cerca su sexo desnudo. Traté de interponerme en su trayectoria como por accidente. Me fui acercando poco a poco, girando a su alrededor, cada vez más cerca de su órbita, como objetos flotando en el espacio exterior.

—Parece que estás encantado con estas cositas —dijo refiriéndose a lo que llevaba en la bandeja.

—No. En realidad estaba intentando recordar tu nombre. Lo siento, lo he olvidado.

—Flower. —Y después de un desafiante latido de silencio durante el que yo me las arreglé para no preguntarle si estaba bromeando, agregó—: Sí. Flower Cannon.

—¡Oh! Cannon^[4].

—¿Oh?

—Debo de haberlo oído cuando nos conocimos.

—De ser así lo recordarías.

—Sí.

—Pero tú viste una de mis actuaciones el mes pasado, si no me equivoco.

—Bueno... —dije.

—¿Te gustó?

—Bueno...

Pero yo estaba sin palabras. Me había vuelto completamente estúpido.

—Parece que ese es el texto completo de mis comentarios —dije.

Flower Cannon se rió de mí y continuó su paseo.

En cuanto a Kelly Stein, la mujer de J.J., no crucé otra palabra con ella más allá de una breve presentación, porque en la cena se sentó muy lejos de mí, mesa abajo, en otro distrito conversacional.

Yo me coloqué casi frente a Kit Nickerson; alguien que a pesar de su proximidad me pareció mucho menos formidable que el hombre de las fotografías en blanco y negro en las contracubiertas de sus libros: un hombre alto y delgado con la nariz aplastada de un boxeador, una prominente nuez de Adán y amables y húmedos ojos. Pero toda esta placidez desapareció en cuanto se puso a discutir con un escritor joven sentado a un par de sillas de distancia de él y al otro lado de la mesa, por lo que su intercambio de palabras atrajo inevitablemente la atención de varios de nosotros. Era difícil no sentirse un poco avergonzado del otro tipo, un profesor invitado por el departamento de inglés, como Kit había sido invitado un par de años atrás, cuando le clavó su anzuelo a Kelly Stein. El joven era una especie de prodigio, mucho más joven, todavía en alguna parte de sus veinte años, medio perdido dentro de la ropa que le quedaba grande, con el pelo hasta los hombros y un rostro dulce que lo exculpaba de toda sospecha y actitud peligrosa con la excepción, me pareció a mí, de cierta necesidad de buscar pelea.

—¿Quieres que mienta? —le preguntó Kit—. Porque lo cierto es que podría hacerlo bastante bien. Mentir es una especie de vocación mía.

Este fue el primer comentario audible para todos.

Todo parecía indicar que el joven escritor había acusado al famoso novelista de traicionar todo lo que su talento había prometido durante su juventud. Cómo se había llegado a este dramático punto entre tanta conversación banal hubiera sido muy difícil de rastrear, pero lo cierto es que encontrándose lejos de las luces festivas, por así decirlo, y en la penumbra junto al gran hombre, el joven no iba a retroceder ni un centímetro y tal vez hubiera que reconocerle ese valor. Vi cómo sus dedos temblaban buscando el vaso con agua. Vi también cómo consiguió no bajar la vista mientras acusaba al célebre escritor.

—Los personajes de sus primeros libros eran diferentes entre sí. Usted realmente conseguía mostrar todo un mundo. Quiero decir que sus personajes, como los de *Búsqueda de lágrimas*, o cualquier otra de sus primeras novelas, en serio... comparten *algunas* cosas, son gente que por lo menos ha recibido alguna educación, experimentan pasiones verdaderas, pero más allá de eso podrían pertenecer a cualquier clase social, llevar cualquier forma de vida. Me refiero a que usted salía al mundo, por así decirlo. Ahora lo único que hay en sus libros son personas cubiertas con joyas, personas que navegan en yates, personas en cenas de estado... Lo siento, pero digo esto como un admirador suyo, un seguidor, incluso un émulo... pero ¿no piensa que se está convirtiendo en una especie de perrito faldero de las clases privilegiadas?

—Pero, Seth —dijo Kit—, te estás comportando como un esnob al revés. ¿Acaso la gente rica no tiene también sentimientos? ¿No tienen vida interior? ¿No pueden ser sus pasiones igual de auténticas?

—No me refiero solo a las circunstancias materiales. En estos días, en sus libros de estos días, también son de algún modo moralmente... uh. Con ciertas reservas

morales.

—¡Oh, oh! Espera un minuto.

—Suenas estúpido. Tal vez no sé lo que quería decir. —Seth negó con la cabeza, avergonzado.

—No. No. Por favor. No te acobardes. ¿Qué es lo que quisiste decir?

—Oh, vale, diría que los personajes son moralmente poco instructivos...

—Hey, vamos, Seth. Son ficticios. ¿En serio esperas recibir lecciones morales de gente que no existe?

—No los defines con suficiente fuerza cuando escarbas en su propia suciedad para descubrir lo que está bien y lo que está mal. No del modo en que alguna vez solías... del modo en que alguna vez lo hiciste.

Kit, que por lo general parecía un hombre encantador, se convirtió en este instante, mientras su admirador intentaba explicarse, en alguien muy poco atractivo y, de algún modo, tan estirado como un pastor religioso. Una de las comisuras de su boca empezó a contraerse en ese tic de los villanos satisfechos de los dibujos animados, como si en realidad hubiera llegado antes a esta cena para esconder trampas por todas partes, y ahora Seth hubiera caído en una de ellas. El muchacho ahora tenía la apariencia de estar sufriendo las náuseas de alguien que cuelga cabeza abajo.

—Mira —dijo Kit—. Tú hablas de mis libros como si se tratara de artefactos. Tal vez los tuyos lo sean. Tal vez tus libros sean artefactos y tal vez te sirvan como moneda en distintas transacciones acerca de las cuales solo puedo hacer suposiciones porque no te conozco. Depende de ti decidir si esas transacciones son del tipo corrupto o no. Yo no puedo condenarte.

Pero dijo todo esto como si se tratara de una especie de acusación que ninguno de nosotros, con la excepción de Seth, podía comprender. Yo pensé que se trataba nada más que de una de sus maniobras a la hora de ganar una discusión, y no creo que Seth comprendiera más que nosotros de lo que en realidad se trataba. Lo que ocurría era, simplemente, que Kit ya había sido arrinconado antes contra esa esquina y sabía cómo salir de allí sin necesidad de decir algo que tuviera el más mínimo sentido.

Habiéndose inclinado por encima de la mesa hasta decirle esto en la cara, una vez que hubo conseguido darle este giro siniestro a la conversación, Kit volvió a sentarse.

—Mi *libro*... solo he escrito uno. Y no sé si vale la pena hablar de mi libro —dijo Seth.

—Nadie hablará de tu libro.

Llegado este momento, toda la mesa estaba en silencio y, sintiendo que había sido demasiado duro, Nickerson intentó aligerar un poco la cosa:

—Andrew, Andrew, mis libros no son *artefactos*. Mis libros van cayendo a mis espaldas como pieles muertas. Son algo orgánico en relación con la vida.

—Bueno... vale, supongo que sí —dijo Seth, a quien ya no le quedaba siquiera el suficiente valor como para señalarle que su nombre no era Andrew.

La mesa seguía en silencio. La mirada de Kit encontró a Kelly en el otro extremo tal vez buscando algo de apoyo. Sus ojos se detuvieron en Tiberius Soames, quien parecía hinchado por la emoción, y cuyo rostro producía la impresión de cambiar de forma y tamaño bajo la luz de las velas. Soames se las arregló para decir:

—*Pieles muertas.*

Tosió con violencia varias veces, suspiró exasperado, miró más allá de nosotros, de todo aquello.

—¡Pieles muertas!

—Son desperdicios —dijo Nickerson refiriéndose a sus libros.

Todo esto sucedió cerca del final de la comida, no estoy seguro de si justo antes o justo después de los postres. Fue, sí, cuando sirvieron los licores. En un momento, yo miré por unos segundos a través de la puerta entreabierta de la cocina donde Joan, la señora de Martin Peele, esposa del decano de artes liberales y mujer de la casa, consultaba algo a Eloise, quien se encarga del catering de la mayoría de las comidas relacionadas con el ambiente académico. Eloise era todo un personaje, una mujer muy pequeña y muy veloz, siempre sardónica y con un cigarrillo constantemente en sus labios. Tenía una de esas caras redondas a lo Peter Lorre y una boca de labios finos a lo Peter Lorre. Lo único que le pedía al mundo era una boquilla de casi medio metro donde poner su cigarrillo. La señora Peele parecía ruborizada y feliz. Había genios discutiendo en su fiesta. Justo a espaldas de nuestra anfitriona, Flower Cannon se llevaba a la boca un vasito lleno hasta los bordes con lo que parecía ser Drambuie, y lo vació de un trago, exhaló y puso la botella sobre una bandeja. Creo que mientras lo hacía me miraba fijamente; esperé que me guiñara un ojo. Pero no lo hizo.

Dieciséis de nosotros rodeaban ahora los restos de la comida sobre una larga mesa de madera sin mantel. El techo y las paredes que nos cobijaban eran también de madera, pulida y resplandeciente por el barniz, como si toda la habitación acabara de emerger de una nube cargada de lluvia. Por unos segundos dejé de preocuparme por escuchar la conversación —en ocasiones me ocurre esto— y me limité a observar al grupo sentado en ese recinto enorme y húmedo.

—Así que de acuerdo —continuó Kit Nickerson—, vale. Espero tener unos cuantos libros por delante para llevar a cabo todo ese trabajo que ustedes me exigen, pero soy yo el que tiene que vivir el camino *hacia* ellos y *a través* de ellos. A eso me refiero cuando digo que no son artefactos. No hay modo de regresar, eso es seguro. No puedo volver a ser el que alguna vez fui. Puedes entenderlo de ese modo.

Ahora se sentaba más hundido en su silla, relajado, y se dirigía a todos nosotros para que no nos sintiéramos incómodos espectadores de lo que en Washington se conocía como una competición de quién mea más lejos o la tiene más larga.

—Son libros incidentales, poco importantes... No estoy diciendo que sean basura. Oigan: ya sé que son libros, ya sé que fui yo quien los escribió. Y espero que sean hermosos. Pero no puedo hacer otra cosa que dejarlos atrás a medida que avanzo en mi vida.

—De acuerdo: no se puede volver atrás —asintió Seth—. Como escribió Emerson: «Di lo que tengas que decir hoy con las palabras más duras y, si tienes que hacerlo, contradícelo mañana con palabras tan duras como las de hoy».

Todos se sintieron aliviados al escucharlo alinearse del lado de Kit; entonces llegaron Flower y Eloise con tres licores.

—*Exactement!* —dijo Kit—. ¡Brindemos por eso!

Tal vez el celebrado autor se tomaba más seriamente las críticas de lo que yo había pensado, porque más tarde, mientras la gente seguía sentada alrededor de la mesa repartida aquí y allá en pequeñas conversaciones, él parecía no haber terminado con la discusión, aunque Seth sí: Seth ya se había ido.

—Bueno —dijo Kit a un par de nosotros—, tal vez yo no sea más que un viejo profesional... Pero por lo menos no soy uno de esos viejos escritores sin nada mejor que hacer que repetir una y otra vez sus primeros pasos. El territorio que yo descubro tal vez no sea nuevo para todos, pero es nuevo para mí, y es así como me mantengo interesado en mi trabajo...

Hizo una pausa y continuó:

—Y si no quitas tu mano de la rodilla de mi mujer —le dijo a Tiberius Soames— voy a arrancarte la cabeza de ese sitio que ocupa entre tus orejas.

Soames lo miró aburrido.

—*Pieles muertas* —dijo.

Tiberius Soames llevaba un traje blanco de solapas anchas y vívidas franjas color borgoña y parecía uno de esos predicadores del Mississippi. Toda la noche se las había arreglado para comportarse de un modo tranquilo y, al mismo tiempo, salvajemente poco correcto. Era el principio de marzo, dos meses después de su incursión en el ala de psicóticos de un hospital.

Mientras me marchaba de allí esa noche, un poco temprano para evitar la salida de todos los otros, pensé en que aunque no me había gustado mucho la actuación de Kit Nickerson no podía sino estar de acuerdo con él. En particular viéndolo desde la perspectiva de una madurez ya avanzada, todo eso acerca de los peligros de imitarse a uno mismo, repitiendo los mismos trucos, aferrándose a rutinas y a ritos mucho después de que hayan dejado de parecernos interesantes y ya no sean ellos los que nos cautivan sino nosotros los que los mantenemos cautivos. Sobre el peligro de esconderse a uno mismo lejos de la vasta náusea de la consciencia de la vida humana. Yo me sentía excitado, feliz de haber ido a la comida y, en primer lugar, feliz de haber venido a esta universidad.

Miré desde fuera a la ventana iluminada de la cocina; allí estaba Eloise, la encargada, con su rostro mirando hacia arriba, riendo y exhalando una nube de humo. De Flower Cannon lo único que llegué a ver fue su espalda y sus hombros mientras se balanceaba con su uniforme gris pasando un trapo por la mesa.

Ahora, fuera del restaurante italiano, recreando toda la escena con el ojo de mi mente, me las arreglé para evocarla casi hasta el último detalle: un momento solitario

en la oscuridad, una ventana despidiendo la calidez del interior de una cocina... y ahora, ahora mismo, mientras chupaba con cautela mi enorme Churchill, la mismísima mujer, Flower Cannon, apareció frente a mí en una nube de humo de cigarro.

Me quedé ahí, en la acera. La acera se extendía a lo largo de dos edificios, un hotel y una boutique. Enmarcada por la ventana alta de una de las oficinas bajas del hotel estaba Flower Cannon. Sentada en una silla giratoria frente a un monitor de ordenador, parecía estar poco atenta a su trabajo, con la espalda arqueada hacia atrás como si estuviera cansada o soñando y el brazo derecho flojo y distendido, sosteniendo una pluma.

Dentro de mi cabeza yo conversaba con ella tanto como con cualquier otro, tanto como con Bill el del museo, incluso más. Tú, le dije. Tú actúas como te viene en gana y no es una farsa. Tú tienes una especie de bendita ignorancia. Tú eres California. ¿Y qué quiero decir con que tú eres California?, le pregunté. Quiero decir que eres larga y que tu enorme variedad de paisajes llega y desciende hasta las orillas del océano Pacífico. No hay motivo alguno para decir estas cosas cuando no hay otro escuchándolas.

Llamar su atención golpeando en el vidrio de la ventana no me pareció correcto: solo habría conseguido inquietarla. Una figura extraña en un callejón, dando golpecitos en la ventana. Pero también era cierto que esa figura extraña representaba a la perfección a quien yo era por entonces.

Rodeé el edificio buscando la entrada para ver si podía localizarla allí dentro y decirle hola. El vestíbulo del hotel era todo madera pulida y bronce: lujoso y en silencio. Yo estaba solo allí. Ni siquiera un responsable del turno de noche o un conserje. Desde el mostrador principal podía ver la oficina al fondo y el difuso reflejo de una mujer en la ventana.

Era una mujer completamente diferente. Una mujer un poco más rubia y con un rostro muy bronceado para esta época del año, trabajando hasta tarde, tomándose un minuto para pensar. No era Flower Cannon.

Me quedé mirándola hasta que apareció un hombre que parecía no cumplir función alguna que no fuera la de decirme: «Señor, preferiríamos que no fumara en el vestíbulo».

Caía una ligera llovizna cuando salí del hotel. Busqué refugio bajo el toldo mientras esperaba a que saliera J.J. Pensé en mi mujer. Hubo una época en la que yo evitaba todo recuerdo de su persona, pero desde un tiempo atrás me descubría intentando atrapar cualquier cosa que la evocara, que eran cada vez menos y menos. Anne bebía mucho café solo. Le gustaba la goma de mascar con sabor a canela. Anne era delgada, inteligente, divertida, dulce. Era nerviosa. Se aclaraba la garganta una y otra vez. Fruncía el ceño cuando algo parecía gracioso. La estupidez humana le divertía, se tomaba el mundo con calma, y eso era algo muy importante para mí. Yo la necesitaba. En sus alturas y en sus profundidades, en sus rasgos más tontos y

triviales, ella era mi esposa. Y ahora había aparecido Flower Cannon.

No diría que yo estaba loco por ella. Sentía cosas claras pero también perfectamente dominables por su persona, desamparados sentimientos lujuriosos, y sentimientos paternos, y la tranquila y resentida envidia de quien se sabía no lo suficientemente joven para una mujer tan llena de vida. Sentimientos muy parecidos a los que dedicaba a toda mujer joven aunque diferentes en intensidad: más poderosos.

Las mujeres siempre me habían parecido algo hermoso. Sí, esas chicas de universidad y hasta esas chicas de bachillerato a las que alguna vez había dado clases. Pero mucho de todo eso se evaporó cuando me convertí en padre de una niña. De golpe todas las mujeres eran la hija de alguien. Y cuando la perdí para siempre, todas las mujeres empezaron a parecerse a mi propia hija: empezaron a parecerse a Elsie, como si habitaran sus años, esos años llenos con la vida que mi hija no había vivido, buscando algo a través de los ojos de todas esas mujeres.

Es curioso: su nombre no era Elizabeth ni nada que tuviera que ver con Elsie. Se llamaba Huntley, un nombre cuya belleza es ciertamente discutible; pero cuando era un bebé había tenido un osito de peluche —hoy en día los llaman «animales para dormir»— bautizado como Elsie por sus fabricantes y con las letras de ese nombre impresas a lo largo de su panza de oso. En aquel mundo, en aquella cuna de bebé, en aquella época, las identidades fluían hacia atrás y hacia delante. Ni siquiera podían ser consideradas fantasías: todo era fantasía por entonces. Así, a través de una especie de encantamiento, la niña Elsie se apropió del nombre de Elsie la Osa, y se lo quedó para siempre. Elsie la Osa también siguió siendo Elsie. Todos acabaron siendo Elsie, todos los animales para dormir. Anne también fue Elsie y, por un tiempo corto, yo también lo fui.

Todo se convirtió en Elsie y, de algún modo, todo sigue siendo Elsie. Al perder a Anne, perdí a la mujer de mi vida. Pero al perder a Elsie, perdí a todos nosotros.

—¿Mike?

Era J.J., en la entrada del restaurante italiano, mirando a todas partes mientras se ponía los guantes.

—¡Aquí llega el hombre! —dijo al verme. Me acerqué a él con cuidado de no resbalar en los escalones mojados.

Ahora, en la estación de los regresos, me descubrí sintiéndome cada vez menos y menos Elsie y más y más Mike Reed. Menos el hombre que había perdido a su familia y más el hombre que, simplemente, ya no tenía familia.

—Es gracioso —dijo J.J., con el aguanieve cayendo y deritiéndose en sus hombros—. Trevor Watt fue profesor mío, mi maestro más importante. Por un tiempo puede decirse que incluso fue la persona más importante de mi vida. Quiero decir, tú me entiendes, yo estaba atento a cada uno de sus gestos y a cada cosa que decía. Ya sabes cómo puede llegar a hacerte sentir un profesor: tú eres joven, no tienes nada que consideres propio, solo lo que él te ofrece y te enseña. Cada una de sus palabras era oro. Entonces, de golpe, lo odié. Traicionó la admiración que yo sentía por él. No

lo hizo a propósito. Bastó con que se volviera humano. Y yo ardí de odio hacia el tipo. Lo quería ver muerto. Y cuando las personas de la mesa de al lado mencionaron su nombre, y ahora que *está* muerto... De repente me di cuenta de que no había pensado en él desde... no podría decirte hace cuánto. Desde hace años.

Cuando J.J. me dejó frente a mi casa no lo invité a pasar. No inventé ninguna excusa, aunque él también se bajó del auto y me acompañó hasta la puerta. Nos quedamos allí oyendo el ruido de una fiesta al otro lado de la calle, estudiantes, sin duda, explotando de alivio después de sus exámenes trimestrales: una puerta que no dejaba de golpearse, y risas, y el bum, bum, bum de su música.

J.J. metió las manos enguantadas en los bolsillos de su chaqueta de cuero y dijo:

—¡Ah, la juventud!

Un auto blanco, un modelo de principios de los setenta, uno de esos inmensos Moby Dicks con cuatro ruedas, dobló a toda velocidad por la esquina hacia donde estábamos, reventó un neumático con un alegre estallido, giró en una pirueta y acabó con las ruedas traseras sobre el césped, donde estas giraron en falso con furia hasta encontrar un punto de apoyo; entonces el vehículo saltó otra vez a la calle donde finalmente se detuvo. Aparentemente satisfechos con esta última posición, como si se encontraran en un estacionamiento, casi en el centro de una calle sin salida, dos jóvenes salieron del auto con movimientos pausados y se dirigieron tropezando a la casa de la que salía el sonido de las risas.

—Hey... amigos... disculpadme, pero... —dijo J.J.

Ellos entraron sin hacerle caso y entonces J.J. alzó la voz:

—¡Hey! —Y después gritó—: ¡Hey!

Entonces dejó de gritar. Permanecimos en silencio unos minutos. El ruido de la fiesta continuaba indiferente a todo.

—No quisiera volver a mis días de juventud —dije tratando de parecer simpático.

—Ah, bueno —me dijo J.J. y sonrió bajo la luz de los faroles y vi que las lágrimas le hacían brillar los ojos—. Bueno, me voy. Gracias por la compañía.

—Cuando gustes. En serio. —Se me ocurrió que era posible que volviéramos a encontrarnos con frecuencia, siendo dos hombres solteros como éramos.

El tictac de la lluvia helada cesó más o menos una hora después de haber comenzado. La fiesta calle abajo corría a lo largo de la noche. Durante casi los dos últimos años, esta parte por lo general tranquila del pueblo había sido mi vecindario. Yo tenía una pequeña casa para mí solo. Dormía en la habitación del ático. Dejaba la ventana abierta porque ahí arriba siempre hacía calor. La calle iba a morir a unas vías de tren, pero era evidente que había rutas más importantes para los ferrocarriles que pasaban por otras partes del pueblo, ya que solo en contadas ocasiones se oía pasar un tren por aquí.

Me acosté en la cama de la buhardilla y escuché cómo iba atenuándose el volumen de la música de la fiesta, cómo iba disminuyendo el número de voces aunque, a medida que la noche se hacía más profunda, las voces que iban quedando

se escuchaban con mayor claridad. A eso de las tres de la madrugada me despertaron unos gritos en la calle.

—¡ENTREGUEN A SUS MUJERES!

—¡ENTREGUEN A SUS MUJERES!

Demandaban esto una y otra vez. Un par de jóvenes, pensé a partir del tipo de sonido que producían, tal vez los dos que horas atrás habían navegado a toda velocidad sobre tres ruedas por las calles de mi vecindario. Gritaron durante unos treinta minutos, turnándose la mayoría de las veces, en ocasiones aullando juntos pero de ninguna manera al unísono, recuperando el aliento de tanto en tanto y riendo y conversando entre ellos y, después, volviendo a empezar:

—¡ENTREGUEN-A-SUS-MUJERES!

—¡ENTREGUEN! ¡A! ¡SUS! ¡MUJERES!

—¡ENTREGUEN A! —Así hasta que se quedaron afónicos.

Este tipo de comportamiento anunciaba la llegada de la primavera. Durante las siguientes semanas los estudiantes sacaron a los porches, galerías y jardines de sus casas alquiladas unos sofás y divanes que parecían estar derritiéndose y perdiendo toda forma, dejaron de lado los libros y empuñaron sus guitarras. Podías sentarte con la ventana abierta al atardecer y escuchar sus exclamaciones y risas como si se tratara de los gemidos de especies salvajes. Pasaban eternidades corriendo sobre el césped muerto que ahora liberaba el deshielo y lanzándose entre ellos pelotas de béisbol, *frisbees*, globos llenos de agua. Yacían en parejas en las orillas del río, conducían sus convertibles muy despacio por las calles oyendo música rap como aquellos antiguos camiones con altavoces que publicitaban los secretos menos atractivos de la humanidad. Yo disfrutaba de todo esto. A mí me gustaban los estudiantes, los jóvenes. Creo que fueron ellos los que me salvaron la vida durante mi primera primavera por estos lados.

Volví a ver a Flower Cannon a finales de abril. El clima era cálido. Para la mañana de aquel día en particular yo ya iba en vaqueros y camiseta, con mi chaqueta deportiva al hombro. Las personas a lo largo de la avenida parecían relajadas y muy vivas. Un grupo de cinco estudiantes tocaban jazz en el pequeño jardín del parque. Había niños sobre el césped. Vendían globos. Una fotografía habría inmovilizado para siempre a todas esas bocas abiertas en risas y a los perros suspendidos en medio del aire.

Los dos hombres que llevaban un puesto de lustrar zapatos en la estación local de buses habían trasladado su negocio a la acera. Me senté en una de sus sillas y les ofrecí mis viejas botas. En aeropuertos y hoteles, los profesionales de este asunto a menudo se niegan siquiera a mirar fijo a estos monstruosos zapatones porque con los años he ido cubriendo el cuero con infinitas capas de pomada impermeabilizante y no es fácil limpiarlos. Pero estos dos, un negro de pelo blanco y su socio, que tal vez fuera su hijo o su nieto, siempre recibían las botas con un golpe cordial con el trapo y no tardaban en humedecerlas con unas gotas de aceite.

—Me parece que no va a ser fácil sacarles brillo —dijo, como había venido diciéndoles durante los últimos cuatro años.

—Así es —dijo el viejo—. Pero podemos limpiarlas muy bien con un poco de este jabón para monturas y otro poco de aceite de mink.

El joven se hizo cargo de mí por un rato mientras yo miraba pasar a la gente, en la alta silla, con los brazos apoyados en el metal a los costados del asiento.

El viejo, que había ido a hacer algo a la estación, regresó y empezó a barrer esa parte de la acera con una escoba corta, de rodillas con su pantalón y su suéter de marino. Parecía perdido en un mundo propio hasta que se dirigió a su socio:

—¿Ya se lo has dicho?

—No.

—Entonces voy a contárselo yo —dijo.

El otro no dijo nada.

—Esa pomada que usted usa —me dijo— no es mejor que si comprara uno de esos tarros grandes de vaselina. Es lo mismo que lo suyo: gelatina de petróleo de vaselina.

—Oh —dijo—, usted se refiere a la pomada impermeabilizante.

—Sí. No es otra cosa que gelatina de petróleo. Vaselina. No hace falta otra cosa. O cualquier otro producto por el estilo.

—Ya. De acuerdo.

—Le conviene comprarse el envase gigante —dijo el viejo—, el tamaño grande y más económico. Y listo.

—Y listo —dijo el joven.

—Lo que yo quisiera saber —dijo el primero de ellos—, es cómo se puede ir todos los fines de semana al río, perder mil trescientos o mil cuatrocientos dólares, y regresar como si no hubiera pasado nada.

—Ya. Ya. La verdad que yo tampoco lo entiendo —dijo el otro.

Los miré a los dos y comprendí que ya no estaban conversando conmigo.

—Irse de fin de semana y perder tres mil dólares como si no existieran.

—Por algo lo hará.

—Tres mil, cuatro mil —dijo el viejo—. Va allí todos los fines de semana.

—Los consigue a través del Árabe.

—Nunca gana. Se va al río y pierde un montón de dinero.

—Ajá. Ajá. Ajá. Ya lo sé —dijo el joven con una considerable seguridad en sí mismo.

—Aquí viene el bus que va al río.

—¿Está Eddie ahí?

—No. Eddie ya no conduce el bus que va al río. Eddie tiene una hermana...

—¿Tiene una hermana? ¿Eddie?

Para entonces el joven había terminado con mis botas. Dio a cada una un par de golpecitos con el mango de su cepillo y me bajó las perneras de los pantalones.

—Sí. Tiene una hermana... Ahora puede irse a chapotear en toda el agua que se le antoje —me dijo el viejo—. Vamos, terminado, sus pies van a estar siempre más secos que en el desierto. Ahí viene esa mujer conductora. Hoy le toca.

Y le dijo a su socio:

—¿La ves?

—Ella es de Chicago —dijo.

—¿En serio?

Les di diez dólares.

—Por eso ahora le toca a él el trayecto a Illinois.

—Guárdense el cambio —le dije al viejo.

—Muchas gracias —me dijo, y siguió hablando con el otro—. Me refiero a *ella*. *Ella*. La hermana de Eddie.

Los dejé allí intentando encontrar un camino a través de un bosque de pronombres y me acerqué a la mujer que conducía el bus a Riverside. Estaba inclinada sobre el volante enorme y casi horizontal leyendo una libreta mientras yo la observaba desde el otro lado de la puerta abierta.

—¿Puedo entrar, pagarle y dar un paseo? —Le mostré un billete de veinte.

—Así es exactamente como funciona la cuestión —me dijo ella.

Subí.

—¿No necesito un tíquet?

—Yo tengo tíquets aquí. Y también los venden ahí, en la estación —me dijo contando el cambio—. Y hasta puede comprar tíquets por correo si le da la gana. El mundo entero quiere venderle tíquets para viajar en mi bus.

El bus estaba casi lleno de pasajeros. La mayoría de ellos probablemente iban al casino en Riverside. Me senté junto a un pequeño y anciano caballero que llevaba unas gafas de sol que le daban el aspecto de tener ojos negros y saltones como los de un insecto. Al otro lado del pasillo había otro hombre que, en cuanto entramos a la autopista y dejamos atrás el pueblo, me informó que jugaba al blackjack varias veces al mes en Riverside; me dijo que su nombre era Vince; que hasta que el trabajo duro le jodió para siempre sus articulaciones se había ganado la vida perforando metal pero que ahora sobrevivía gracias a una pensión de invalidez, otra muestra inequívoca de su buena suerte en casi todo. Una vez que hubo captado mi atención, Vince continuó hablando, mirándome fijamente. Mientras tanto me era imposible saber hacia dónde miraba el hombrecito con sus ojos negros. Me han dicho que hay jugadores de póquer que usan gafas de sol durante las partidas para no revelar sus emociones. Yo tenía la impresión de que el hombrecito estaba manteniendo cierta actitud estoica ante el advenimiento de algo verdaderamente inconmensurable.

Subirme a ese bus había sido un impulso irracional, pero lo cierto es que quería ir a Riverside desde hacía tiempo. Un músico llamado Smokey Henderson, un trompetista que lideraba un trío y a quien había conocido en casa de Ted MacKey, me había comentado que solían tocar allí, en un club pegado al Casino Indio. Había

disfrutado de su música en casa de Ted una o dos veces, y de golpe me pareció que era el día indicado para partir en busca de un poco más de esa música.

Riverside estaba a unos ochenta kilómetros por el camino de asfalto negro y dos carriles que por aquí se conoce como la Autopista Vieja. Me habían comentado que era un pueblo tranquilo, parte de una reserva india a orillas del río Sioux.

Me esperaban a última hora de la tarde para una pequeña reunión del departamento de historia, uno de esos cónclaves de una vez al mes donde nos juntábamos a tomar café; pero al subirme al bus yo había dejado bien claro que me daba igual pasar un rato con mis colegas o recorrer docenas de kilómetros para oír un poco de jazz.

Nuestro bus dejó la interestatal y giró hacia la Autopista Vieja. Al otro lado del pasillo, mi amigo Vince, que parecía tener unos cincuenta años, me hablaba de un amigo en el que últimamente había pensado mucho:

—Murió hace dos años. Tres años, en realidad, creo. Se dedicó a destruir, a destruir a fondo, su hígado. Se hinchó más que un sapo. Es el tercer tipo al que veo ponerse así. Se hinchó por toda esta parte y...

Y así continuó todo el tiempo.

A mí no me interesaba mucho lo que decía. Vince tenía uno de esos pasados en el que habían sucedido muchas cosas: se había casado con cierta frecuencia, había trabajado en profesiones peligrosas, había combatido en Vietnam, le cayeron doscientos diez días de cárcel por agredir a un agente de Alcohólicos Anónimos en su propia oficina y, como ocurre con muchas de las personas junto a las que te sientas en un autobús, como descubrí a partir de que dejé de conducir mi propio auto, estaba claro que había repasado su propia historia una y otra vez en la privacidad de sus pensamientos y ahora se sentía orgulloso de compartirla con cualquier oyente más o menos bien dispuesto. Sobre nosotros, el cielo seguía despejado. Los campos habían sido sembrados en líneas rectas, pero no habían germinado aún, y hasta el final de todos los horizontes lo único que veíamos era la fastidiosa organización de la tierra sin vida alguna. Cuando llegara agosto, el horizonte desaparecería por completo. La Autopista Vieja sería como un taladro abriéndose paso en un túnel a través del maíz. El sonido de los insectos en los campos sería ensordecedor y superándolo se escucharía la llamada, el sonido que brota de los picos de los mirlos de alas rojas. Pero ahora nos desplazábamos por una suave y ocre neblina de polvo.

Una vez que alcanzamos las orillas del Sioux, el bus entró en Riverside con nosotros dentro, en una burbuja artificial de silencio y aire acondicionado. Sam Clemens^[5] se hubiera sentido como en casa. Era uno de esos pueblos junto a un río muy del estilo Tom Sawyer: soleados y fangosos, cubiertos por la pereza, con un silencio que no se rompió ni siquiera cuando salimos al calor y bajamos a la acera. La vida en general parecía tan callada que se podía oír a las moscas. El bus se había detenido frente a una de esas tiendas que venden tanto tabaco como bengalas. Dos mujeres con vestidos de piel de ante y el cabello atado con collares de cuentas

estaban al otro lado del mostrador. Varios indios de pelo largo conversaban por ahí, vaqueros, botas y camisas a cuadros con los faldones por encima del cinturón. Dos de ellos se abrazaban el uno al otro, con las miradas perdidas, borrachos, como si bailaran un vals con tal languidez que me llevó unos minutos comprender que estaban peleando. La Autopista Vieja continuaba su camino a lo largo del río y no tardaba en salir del pueblo después de cortar por la calle principal y cruzar unas viejas vías de ferrocarril cubiertas por la maleza. Había dos casinos, cada uno con su club nocturno y su restaurante. Uno de ellos tenía un pequeño hotel. El resto del pueblo parecía hecho de estaciones de servicio, ferreterías y depósitos de madera.

Vince me insistió para que lo acompañara a su casino favorito, el que estaba más cerca del río. Para entonces yo ya me había resignado al hecho de que estaba claro que no pensaba despegarse de mí, así que fui con él.

Junto al río el aire se notaba todavía más húmedo y pesado. Había sauces y, en alguna parte, cigarras que se oían con fuerza. La ribera olía a productos químicos para la agricultura pero, al mismo tiempo, a algo dulce y perturbadoramente familiar, como algodón de azúcar. Unido como estaba al Mississippi, el río invocaba un poco de la atmósfera del Sur mientras que los casinos, uno color manzana y el otro color celeste, estaban decorados con murales de paisajes áridos y desérticos. El de Vince, con un tótem alto coronado por un águila de plástico, se esforzaba por conseguir un cierto aire a western.

El trío de Smokey Henderson estaba actuando en el pueblo, justo en el casino de Vince. Un póster pegado en la puerta de la taberna de la entrada decía que no empezaban hasta el anochecer. Por supuesto que yo imaginaba algo así, que no estarían tocando ahora, pero no lo había considerado conscientemente. Tampoco había averiguado el horario de los buses de vuelta. Creo que en realidad mi intención era pasar allí la noche, bebiendo y apostando para detrimento de mi salud y mis finanzas. Por decirlo de otro modo: bebiendo y apostando en exceso. No había allí nada que pudiera interesarme a no ser que comenzara a hacerlo yo. ¿Por qué hacerlo? ¿Por qué iba a ocurrir otra cosa en esta tarde muerta y soleada? ¿Por qué iba a suceder algo a la hora de distraer a estos pensionistas que no fuera ir matando el tiempo introduciendo en ranuras la menor cantidad posible de monedas de veinticinco centavos? Pero, aparentemente, *algo* estaba ocurriendo ahí dentro, más allá de la barra donde Vince y yo nos habíamos sentado. Una media docena de mujeres jóvenes se habían juntado al fondo de este gran recinto, un par más iba hacia ellas surgiendo de una puerta que daba a un escenario.

—No vas a conseguir que entre allí para mirar nenitas sacudiendo sus tetas —le dijo Vince al barman agarrándome del brazo y poniéndome en una banqueta al otro lado de él—. Las chicas desnudas solían hacerme aullar, pero al final lo único que te dan es una fuerte dosis de corazón roto. Pregúntame cuál es mi pasatiempo favorito y te responderé sin dudar: mi pasatiempo favorito es el blackjack. Para todo lo demás ya estoy demasiado gordo y demasiado viejo.

Vince pidió vodka. Yo pedí una soda.

Del club nocturno llegaban los bajos poderosos y los agudos que te perforaban el tímpano de la música disco. Por lo que alcancé a escuchar que le decía el barman a Vince, eran los momentos decisivos de un concurso de striptease. Las chicas que entraban y salían podían ser *amateurs* pero daban la impresión de consumadas profesionales esperando su turno con esas batas de tela sedosa, besando apenas sus cigarrillos para no correrse la pintura de los labios, moviendo con cuidado las manos para proteger las largas uñas postizas.

El sonido artificial de las máquinas de videojuegos subrayaba todo lo que se oía. A un lado teníamos la entrada al concurso de las chicas y a nuestra derecha el bar desembocaba en casi media hectárea cubierta de máquinas tragaperras. No vi mesa para dados ni ruleta, solo estos instrumentos que sonaban como aves de corral. Vince me aseguró que en una habitación del fondo había tres mesas de blackjack.

En cuanto tuvimos nuestras bebidas en la mano, Vince, hablando sin parar por encima de su hombro, me condujo hacia la parte trasera donde estaban bailando todas aquellas chicas que, había dicho, no le interesaban en absoluto. No era muy alto, pero sí muy musculoso y sólido y se movía entre las pequeñas mesas con la seguridad de un transatlántico en el océano. Solo con seguir su silueta en la casi oscuridad tuve la impresión de que a lo largo de su vida todo lo que alguna vez estuvo en su camino se había hecho a un lado para dejarle pasar y que, si lo deseara ahora, no se detendría y acabaría atravesando, muy muy lentamente, la pared del fondo en medio de una explosión. Llegó a una mesa vacía y se sentó de espaldas al escenario, donde una mujer en tanga y nada más sacudía sus caderas, levantaba los brazos y agitaba sus pechos. «¡Muéstralo y gana!», gritó alguien, y varios otros se unieron a su grito, pero la música grabada cesó de golpe y ella abandonó el escenario sonriendo y haciendo reverencias.

Durante los siguientes diez minutos, dos mujeres salieron muy cubiertas de ropa, pero enseguida mostraron sus pechos desnudos sin llegar a quitarse los tangas. Mientras tanto, Vince continuó con una voz que no era ni fuerte ni clara, pero sí perfectamente audible. Muchos de sus conocidos, parecía querer explicarme, tenían una especial habilidad para el juego.

—O mi hermano. Por ejemplo. El hijo de puta es verdaderamente afortunado a pesar de ser un tonto de remate. ¿Qué puedo decir? Hay gente así. Si compra un billete de lotería, ese billete va a ganar. No el primer premio, pero sí una cantidad suficiente como para volver a casa con seis latas de cerveza y veinte de esos billetes en los que tienes que raspar y rasparlos y convertirlos en una cantidad suficiente de billetes de diez dólares como para seguir bebiendo toda la semana siguiente. Entonces se quedará sentado y borracho hasta la estupidez después de haber vaciado apenas tres latas y diciendo cosas tan ridículas que te dan ganas de sacarlo a patadas de la casa. Ya sabes: abofetearlo hasta que le sangren los ojos. Quiero decir, alguien tiene que responder a la siguiente pregunta: ¿por cuánto tiempo pueden vivir juntos dos

hombres, dos tipos grandes, en una sola caravana? Era de mamá. Ella se la dejó a él, o al menos así quedó escrito en su testamento, pero también es mía y me parece que hasta mi hermano puede llegar a comprenderlo. En cualquier caso, el asunto es que... la humanidad no fue creada para habitar en lugares tan pequeños. Puedes entrenarte para ello hasta que te acostumbres. Y hasta puede que acabes soportándolo. Pero un buen día acabas pegándole o disparándole tu revólver a alguien. Oh, seguro, ya, sale bien en el ejército, o en las cárceles... pero ahí te tienen encerrado, te clavan su maldito dedo en la espalda una y otra vez.

Dudo que para entonces hubiera más de una docena de personas en las otras mesas. Todos eran hombres. Mediana edad, salario mediano, Medio Oeste. Golfistas. En ese crepúsculo me parecían más imaginados que vistos, pero yo me sentía rodeado por los practicantes de una sagrada mediocridad, una elegante mediocridad que apenas ocultaba las torturas más inaccesibles. No sé muy bien cómo explicarlo. Gente, hombres, orgullosos de sus clichés y aun así llenos de una poesía desesperada. Mientras tanto la música sonaba y golpeaba. Y las mujeres se sacudían, casi tímidas, a sí mismas.

Vince tardó su buen medio minuto en encender un cigarrillo mientras que la maestra de ceremonias subió al escenario al que Vince le daba la espalda. Una pequeña mujer asiática o aborígen norteamericana con un traje pantalón negro muy ajustado que ahora presentaba otra vez a cada una de las concursantes —nueve en total— y se disponía a revelar la decisión de un jurado al que no se veía por ninguna parte. Anunciaba que la ganadora era una mujer con una peluca negra estilo Cleopatra y la parte de abajo de un biquini rojo y un chaleco rojo del que colgaban unos flecos rojos y temblorosos. Subió de puntillas al escenario y recibió el dinero del premio dentro de un sobre grande que la presentadora se vio obligada a meterle en el costado del biquini, porque la bailarina sostenía una botella de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Su rostro era como una hermosa máscara, como el rostro maquillado de un actor de kabuki. La presentaron como O. O'Malley, o algo así. Pero en realidad era Flower Cannon.

—¡Yo la conozco! —le dije a Vince.

—¿A quién? ¿A esa? —dijo sin volverse apenas—. Sí. Viene por aquí cada dos viernes. Gana la mitad de las veces.

La música volvió a sonar pero no tan fuerte. Las luces del escenario se apagaron. Flower Cannon se agachó en un rincón y se puso un par de zapatillas. Se enderezó, se llevó la botella de cerveza a la boca y tragó con ganas. Su cuerpo estaba cubierto con un viejo abrigo que parecía una de esas batas que se ponen los químicos para trabajar.

—El espectáculo ha terminado, es hora de jugar a las cartas —dijo Vince.

Pero Vince parecía mucho más interesado en continuar con su monólogo antes que dedicarse a su pasatiempo favorito. Al hablar no dejaba de mover las cejas, que subían y bajaban con la intensidad de quien hace gimnasia. Parecía estar enviando señales frenéticas desde alguna parte de su interior mientras se expresaba con tono

despreocupado.

—Se afeita el coño —dije de golpe.

El cigarrillo de Vince se detuvo justo antes de llegar a sus labios. Me miró con los ojos entrecerrados, desde el otro lado del humo.

—Ya, muchas de ellas lo hacen.

—Se afeita el coño hasta dejarlo desnudo —dije.

Vomitara estas crueles vulgaridades parecía obligar a la sangre a entrar en mi cabeza. Por favor, recuérdense: yo no estaba borracho, no había bebido nada más fuerte que un trago de gaseosa. Simplemente me sentía feliz, no tengo otra forma de explicarlo. Dije:

—La conozco. Y es probable que acabe jodiendo con ella cualquier día de estos.

Vince permaneció callado un par de segundos.

—Lo dudo —dijo.

Vince se fue volviendo más ruidoso a medida que iba pidiendo más copas. Yo no entendía nada de lo que decía. Escuchaba mirando sus cejas. De vez en cuando le respondía cualquier cosa. Era el tipo de conversación de bar en la que dos personas hablan de cosas diferentes hasta que una de ellas, a veces ocurre, le pega a la otra.

Cuando me humillan, tengo la costumbre de salir en busca de un libro y comprarlo. Cuando perdí bastante dinero en la Bolsa comprando y vendiendo títulos con la locura de un adicto a la ruleta, me compré un libro sobre finanzas. Cuando una vez jugué al golf en los suburbios de Virginia y todos se rieron de mí, encontré un libro de Gary Player y, después de algo de práctica, mejoré mucho, lo suficiente como para disfrutar de esas partidas junto a los políticos y financieros. Después de este incidente en el bar, me crucé con un libro en una pequeña y exótica tienda: *101 defensas contra cualquier ataque*. Veo que me estoy desviando del asunto. Mi amigo me lanzó uno bueno. Su puño salió disparado como la punta de un látigo y azotó mi frente y el puente de mi nariz. Una blancura polar estalló en mi rostro. Y aunque no llegué a perder el sentido, no me dormí, todos mis pensamientos se convirtieron en preguntas y caí al suelo. Ahí me quedé, sentado, intentando incorporarme. Estoy seguro de que todos pensaban que yo estaba borracho.

Bajo mis manos, notaba el suelo como arena, por lo que pensé que podía ser serrín. Me llevó un poco más recordar qué estaba haciendo aquí abajo. Intenté ponerme de pie. Miré hacia arriba y vi a Flower Cannon junto al escenario. Se había quitado la peluca negra. Sostenía su bebida bien alto, con el vaso inclinado hacia su boca y me miraba de reojo. Pero amparados en una suerte de protocolo liberal de bar, ninguno de los dos parecíamos darle demasiada importancia a mi situación. Un par de tipos de una mesa vecina me ayudaron a volver a mi silla mientras yo decía: «Estoy bien, estoy bien».

Vince había desaparecido, lo que me pareció correcto: un hombre con sus antecedentes no podía permitirse más problemas.

Yo me fui tan pronto como pude sentarme erguido. De salida, sentí vértigo y volví

a la barra y pedí un vaso de zumo de naranja. Bebí durante un par de minutos, sorbos pequeños y, una vez que llegué al luminoso estacionamiento, me di cuenta de que no había pasado por el baño para ver en el espejo qué aspecto tenía. Mis manos estaban sucias de cuando las apoyé en el suelo para intentar incorporarme. Junto con las raspaduras del serrín descubrí huellas de bebida en las rodilleras de mis pantalones. Me los había manchado mientras buscaba mis sentidos a cuatro patas. Comprendí entonces que no tenía la menor idea de hacia dónde estaba yendo el mundo.

Un hombre se me acercó; un joven con el ceño fruncido y rostro inteligente. Aparentemente, me había seguido desde el casino.

—Vi lo que pasó ahí dentro —dijo.

Me apoyé contra un auto.

—¿Se encuentra bien?

Asentí intentando sonreír:

—Perfectamente.

En perspectiva, esta era la humillación: olvidé mostrar furia, intenté hacerme el cowboy.

—Si va a presentar cargos, puede citarme como testigo.

—Fue una de esas ridículas... ah. Ya sabe cómo es eso —le expliqué, incoherente.

—Para mí fue una agresión completamente injustificada.

Entonces lo reconocí. Era un estudiante de posgrado con una oficina en nuestro edificio, el edificio de humanidades. No tenía la menor idea de cuál era la materia que enseñaba, pero cada vez que bajaba las escaleras y pasaba frente a su oficina, él siempre parecía estar ahí, hablándole a alguno de sus alumnos con una voz segura y casi sin hacer pausas mientras otros esperaban fuera o sentados en los escalones a que llegara su turno. De algún modo, era un colega joven. Mi vergüenza era ahora absoluta.

—Si hay algo que pueda hacer...

—Lo cierto es que me sentiría peor si siguieras preocupándote por mí.

—Ya. Entiendo. Vale —dijo.

—Gracias.

—Solo asegúreme que tiene fuerzas para salir de aquí y desapareceré.

—Necesitaba un poco de aire. Estoy bien.

Cuando se fue, caminé unos pocos pasos y me senté en el parachoques de un camión mientras intentaba organizar un plan para el resto de un día que, me parecía, había perdido todo su atractivo. Me dije que lo mejor era averiguar el horario de los buses. Si no había ninguno que partiera más o menos pronto, buscaría una habitación en un motel y vería la televisión o dormiría una siesta hasta que fuera la hora de volver.

Pero de golpe me encontraba haciendo señas desde uno de los extremos del estacionamiento a Flower Cannon, que entonces salía del casino. Vino directamente

hacia mí, a saludarme, o tal vez porque su auto estaba estacionado justo donde estaba yo, quién sabe.

—Hola.

—Hola —dijo.

Vestía vaqueros y una arrugada chaqueta de hombre de lino. Se había quitado el maquillaje.

—Ya nos conocemos.

—Sí. Hola —dijo ella.

—¿Me recuerdas?

—Claro. Acaban de noquearte ahí dentro. Eres de lo más recordable.

—Estaba por pedirte que me llevaras de vuelta a la universidad en caso de que me recordaras.

—Michael Reed, ¿verdad?

—Sí. Michael Reed. Necesito que me lleven.

—¿Ese tipo también te robó el auto?

—Me alegra que uno de los dos vea cierto humor en todo el episodio.

—Oh, lo siento. Me río porque estoy borracha.

—¿Borracha? ¿Y vas a conducir?

—Por toda la carretera como una maldita maníaca. Tenemos mucho espacio. Vamos, sube —me dijo.

En realidad su pequeño automóvil japonés típico de estudiante estaba lleno de cajas, libros, ropa, basura. Hice sitio en el asiento del pasajero arrojando cosas hacia la parte de atrás.

—Pido disculpas por el olor raro. Supongo que tendríamos que llevarlo a uno de esos lavaderos automáticos y meterlo allí con las ventanillas bajadas.

Encendió el motor luego de un par de intentos.

—¿No hay alguien más contigo?

—¿Quién?

—No sé. ¿Quién es «nosotros»?

—¿Nosotros?

—Dijiste «tendríamos que llevarlo». ¿Quién es «nosotros»?

—No lo sé. Tú y yo.

—Vale. Es que no quiero olvidar a nadie.

—¿A quién?

—No lo sé.

—Que se jodan, sean quienes sean —dijo, y salimos del estacionamiento a toda velocidad.

Estuve en Riverside no más de dos horas, tal vez menos. Había llegado allí sin problemas, para ser agredido y marcharme rápido. Una vez más estaba de vuelta por un paisaje plano donde los campos se repetían en perfectas y estériles hileras de polvo. De algún modo me sentía fantástico. Pero me dolía la cabeza.

—Me perdí tu actuación. ¿Cuál era el alias bajo el que actuabas?

—O. O'Malley —me dijo.

—Y ganaste.

—Claro que gané.

—Muy bien.

—Te sacas todo y te llevas el premio. El triunfo de la ginecología.

—Me perdí eso.

—«Muéstralo y gana».

—Excelente.

En realidad, yo no podía mantener una conversación. Me preocupaba el modo en que Flower conducía. No parecía dedicarle toda su atención. Dejaba de mirar la carretera cada vez que me decía algo y repetía una y otra vez una especie de truco con las marchas del auto a la hora de acelerar de golpe hasta unos ciento veinte kilómetros por hora sin que pareciera existir motivo alguno. En un auto deportivo, esta chica sería un demonio, pensé. Podía casi oír las tuercas y los tornillos del volante a punto de quebrarse. Me preocupaban los neumáticos que eran, claro, del tipo más barato. Sí, en ocasiones una parte de mí quería que mi vida terminara de este modo, en un terrible accidente, una forma de compartir el horror de los últimos instantes de las vidas de Anne y Elsie. Pero el resto de mi persona lo único que sentía era el terror de estar en un auto lanzado a toda velocidad.

Flower me dejó en la entrada del estacionamiento del edificio de humanidades.

—¿Vas a entrar? —Apagó el motor y se volvió a mirarme.

—Entrar. Sí. ¿Por qué no habría de entrar?

—No lo sé. Pensaba que tu auto tal vez esté estacionado cerca o algo así.

—No tengo auto. Voy a entrar.

¿Qué es lo que veo cuando recuerdo su rostro? Esos ojos. Ojos que te destruían la mente. Azules, dignos de compasión y dulces, en sus oscuras y profundas cuencas, aunque hubiera deseado encontrar alguna otra palabra que no fuera «cuencas». Cuando miraba en ellos, mis pensamientos se detenían por completo.

—Bueno, entonces límpiame primero la cara. Estás sucio —dijo.

Tenía una manera graciosa de terminar sus oraciones. Más que detenerse era como si se zambullera desde la última palabra.

—¿Cuánto dinero era el premio que ganaste por bailar?

—Ciento cincuenta.

—No está mal.

—El cuatro de julio lo suben hasta doscientos cincuenta.

—Tal vez debiera ir a verte ese día.

—Claro. Yo te llevo. Como no tienes auto.

Entré por la puerta del sótano y contemplé mi rostro en el espejo del baño de hombres. El puñetazo había abollado mi frente justo donde me empezaba a crecer el cabello. Sin embargo, no tenía el aspecto de un tipo que salía de una pelea de bar sino

de alguien, si acaso, que no se había fijado bien por dónde caminaba. Moje mi cabello, dejé caer un rizo sobre la parte enrojecida y subí hasta el departamento de historia para beber café y participar en el encuentro mensual con los otros profesores. Yo era el último en llegar, y cuando entraba al pequeño salón de reuniones que siempre me recordaba el área de visitas de ciertas prisiones, todos levantaron la vista de sus respectivas conversaciones para mirarme. Entonces una docena de ellos se puso en fila para darme la bienvenida, uno por uno, como si yo hubiera hecho algo muy importante de lo que no sabía nada.

Esto era algo raro, y hasta un poco desorientador. Así que sorbí mi café y mordí una galleta hasta que dejaron de prestarme atención y me dejaron limpiándome el polvo de azúcar de las puntas de los dedos.

Tiberius Soames me dio la bienvenida con una especie de feliz y sabio cansancio. Puso su mano sobre mi hombro.

—Has estado preocupándote por mí. Y lo aprecio. Pero no. Estoy bien. Sí.

—Te encuentro bien —le dije.

Fuimos juntos hasta un par de termos y nos servimos más café completamente innecesario.

Soames pareció descubrir el vaso con café en su mano y bebió agradecido por su existencia.

—Ya no tengo estómago para esta burla amarga. Cuando mi madre murió su cuerpo fue devorado por los perros.

Intenté pensar en algo que decir. Lo intenté, pero no pude.

—¿Perros? —dije; eso fue lo mejor que me salió.

—Ese es mi mensaje para el mundo. ¿Por qué debería ser de otra forma? ¿Acaso debo esconder los hechos concernientes a nuestro universo?

—Tiberius...

Mucha gente le llamaba Tibby, pero yo no lo conocía lo suficiente y, además, todo parecía indicar que el hombre se estaba volviendo loco frente a nosotros. La situación parecía reclamar nombres completos, no apodos.

Pensar esto me hizo recordar el momento que había compartido con el paciente en el campus de Swan's Grove, con su traumatismo craneal y su antorcha invisible siempre en alto. Me parecía el tipo de comentario que podría haber hecho ese paciente. Cuando mi madre murió su cuerpo fue devorado por los perros. Pero lo que me había ofrecido aquel hombre había sido su nombre y su dirección, que yo conservaba todavía entre mis apuntes. Robert Hicks.

Tiberius dijo:

—Perfecto entonces. Voy a dejar de asustarte y diré algo trivial y muy apropiado. Por ejemplo, ¿entiendes algo de alemán? No. Bueno. Te interesará saber que *klatsch* en alemán significa 'chismes'. Aquí viene nuestra maravillosa anfitriona; *sprechen sie Deutsch?* —le preguntó a Clara Frenow cuando se acercaba a nosotros mientras se sacudía las migas del frente de su vestido y, en el proceso, se manchaba el cuello.

—*En du klatsch* somos devorados por perros.

—Me pareció que decías: ¿Has dicho que...? —preguntó ella.

—Sí, en un intento de ser apropiadamente trivial y al mismo tiempo germánico y todo eso. Clara. Mi diosa. ¿Eres tú la responsable de la idea de que de tanto en tanto todos nosotros tenemos que *klatsch* juntos?

—Oh, sí —dijo—. Es decir, no, Tibby. Ha sido una tradición desde los años setenta.

Clara había concluido su tratamiento de quimioterapia. No llevaba peluca, pero solía cubrir las partes sin cabello de su cabeza con toda una variedad de gorras. Gorras de béisbol, gorras tejidas, sombreros de fieltro, de paja, gorras marineras y, hoy, una garbosa boina azul que la hacía parecer una escolar británica. Durante unas semanas, su batalla contra la enfermedad parecía haberla encendido de fuego y de pasión. Había estado corriendo de un lado para otro llena de ideas nuevas y parecía contemplar los materiales de su vida desde la cima de una montaña. Ahora, aparentemente había vencido, el cáncer había remitido y Clara volvía a ser la misma mujer triste de siempre.

¿Y no éramos todos nosotros igual de tristes? Estas pequeñas reuniones en las que podías oler el azúcar de las tortitas. Reuniones a las que llegábamos con ropa informal pero a las que nada ayudaría el hecho de que pudiésemos presentarnos en zapatillas o en shorts. Esos termos de acero inoxidable sobre el marrón institucional de escritorios apenas escondidos bajo mantelitos de encaje de papel. La profesora Frenow con sus lastimosos gorros. Tiberius Soames moviendo sus manos como si leyera un braille flotante, como si el aire lastimara la piel en la punta de sus dedos. Tiberius se quedó a mi lado pero en silencio. Sonreía con una amplia y terroríficamente ausente sonrisa. Yo no podía discernir si sentía dolor por él o por mí mismo.

El departamento de historia estaba prosperando, y todo gracias a Soames. Cuando era joven diplomático del gobierno haitiano, me parece, había sido asistente del presidente del *chargé d'affaires*; fue acusado de haberse implicado en una trama golpista. Sus acusadores tenían razón, me contó una vez, y yo le creí. Huyó a Francia y fue recibido como refugiado político, lo que automáticamente impedía su extradición. Aseguraba que fue llevado a París por miembros del MI-6 británico. Cuando se refería a su pasado, siempre tenía la costumbre de insertar el siguiente comentario en alguna parte de su conversación: «Todos los muchachos del MI-6 fueron a la misma escuela y compartieron la misma horrible adolescencia». Esta información parecía significar algo para él. Constantemente estaba dando vueltas en su cabeza, pero hasta donde yo sé nunca pudo descubrir su verdadero significado o, por lo menos, transmitirlo a alguno de nosotros. Los alumnos adoraban sus evocaciones personales, relatos que a veces ocupaban todo el tiempo dedicado a una conferencia sobre cualquier otra cosa, pero que, de algún modo, se las arreglaba para integrarlos en el estudio de la historia de un modo que acababan iluminándola,

demostrando con ello que era parte inseparable del tejido de nuestras vidas. Aquí, después de todo, había un hombre que vivía bajo una sentencia de muerte en la tierra de sus padres. La historia le había hecho eso. Nunca podría volver allí. Había escrito una media docena de libros, colaboraba con frecuencia en *Foreign Affairs*, y disfrutaba de un exilio placentero. Pero aun así, se trataba de un exilio.

Clara golpeó su cucharilla contra su taza y pidió un brindis. Un brindis por mí. El propósito de la reunión de hoy era homenajearme. Porque yo iba a irme. Todos aplaudieron con cortesía.

Aparentemente no iban a renovar mi contrato. Lo que era una novedad en lo que a mí concernía. Yo esperaba que me ofrecieran un período más, otro año lectivo, y después, adiós, ahí está la puerta. Clara y yo lo habíamos discutido a finales del año pasado, pero habíamos dejado la cuestión abierta; ahora, de algún modo, esa puerta se había cerrado sola. Yo, que hasta entonces me preguntaba qué sería de mí en dos años, ahora empezaba a preguntarme qué sería de mí a partir de entonces.

Me pregunté si, en la confusión de medicinas y pesares de sus últimos meses, Clara sencillamente había olvidado continuar discutiendo el tema conmigo. Mientras pensaba en todo eso, sonriendo y fingiendo gratitud, amargado y aliviado al mismo tiempo, comprendí que ella al principio había esperado, y finalmente asumido, que no hacía falta ningún tipo de discusión. Como consecuencia de una certera cobardía personal, ella había decidido que aquella conversación había funcionado como el necesario y definitivo reconocimiento de que, en lo que se refería al departamento de historia, yo ya era historia. Pero ese era el estilo en nuestro departamento y, al menos por lo que yo sabía, en todos los demás departamentos. Llevábamos nuestros asuntos con la vaguedad y ausencia de conflictos y enfrentamientos que, en el mundo del que yo venía, la arena política, estaba reservada para la comunicación con los votantes (el senador se refería a ellos como «los votos»). Éramos casi mudos a la hora de hablar con los electores, pero a puerta cerrada lo que sobraba eran las palabras.

Una vez oí cómo una jefa de campaña le decía a uno de sus ayudantes: «¿Sabes cómo huele un perdedor? Pon la nariz en tu axila y luego ve a vaciar los cajones de tu escritorio». Tal vez en la universidad sentíamos cierto disgusto a la hora de causar dolor y por eso no nos eliminábamos los unos a los otros con tanta ferocidad, pero no me parece que el modo que tenía Clara de despedir a alguien fuera mejor. En cualquier caso, dudo que aquel joven ayudante se hubiera sentido más sorprendido o ruborizado de lo que yo me sentí en aquel instante.

De improviso, Soames pareció recuperar su lucidez:

—¿Estás secretamente preparado para abandonar este sitio?

—Puedo sentir toda la experiencia marchitándose a mi alrededor mientras conversamos.

—¡Perfecto! Me comprendes a la perfección. ¿Recuerdas las pieles muertas del ganador del premio Pulitzer? Exacto. Sus libros... ¡pieles muertas! ¿Cómo pudo decir eso? ¿Piensas que estaba siendo estúpidamente provocador o simplemente imitaba a

un inmenso orificio anal humano?

—Él se portó bien conmigo, Tiberius. Además, no era yo el que estaba persiguiendo a su novia por todo el comedor.

—¡Oh, mis amigos y enemigos! ¡Aquella noche! ¡Más tarde! ¡No tienes idea de la violencia con que me masturbé!

Dejemos que estas sean las últimas palabras de cualquier transcripción de lo que entonces se habló entre los miembros de nuestro departamento.

Pero no, no puedo dejarlo así. Unos minutos después seguí a Clara Frenow hasta el pasillo y la llamé por su nombre mientras ella forcejeaba con la puerta de su despacho.

—Me sorprende no sentirme siquiera enojado contigo —le dije.

Ella pareció sorprendida, después nada sorprendida, y enseguida incapaz de sentir sorpresa alguna.

—¿Quieres pasar? —dijo.

Toda esa opresión que le robaba la vida a pedazos estaba clara y visible. Todo lo que le iba quedando era su boina azul. Parecía un ser prehistórico. Podía imaginarla vestida con pieles de animales, empuñando un pequeño arpón frente a la tormenta.

—No —dije—, olvídalo, no.

Tiberius tampoco había terminado conmigo. Apareció a mi lado, puso una mano sobre mi brazo y dijo:

—Michael, tenemos que abandonar toda esta mediocridad. Esta mediocridad y la vida organizada de las factorías. La vasta vida organizada en la factoría de la vida. Lo único que importa ahora es salir de aquí.

Se alejó caminando hacia el final del pasillo. Ni siquiera había mirado a Clara. Al llegar a la escalera se convirtió en una silueta ondulante y desapareció de doce en doce centímetros, hundiéndose, descendiendo escalón a escalón hasta desaparecer.

—Clara, yo creí que teníamos un acuerdo. —Pero era lo mismo que decirle que yo creía que teníamos un pensamiento.

—Bueno, yo no sé nada de eso.

—Entonces supongo que no lo teníamos. Por lo que me parece tonto seguir hablando de ello. En cualquier caso, vamos... ¿Qué pasó?

—Tu puesto pasó a formar parte de la categoría de *tenure*^[6]. Ocurrió de repente, Mike.

Ambos sabíamos que yo no había hecho absolutamente nada que justificara mi derecho a conseguir *tenure*.

—Supusimos que ocurriría tarde o temprano. Pero sucedió en el momento menos esperado —me explicó—. El hecho es que Marty nos bendijo con la promoción del puesto a *tenure* cuando Tiberius nos aportó tanta publicidad. Así que tenemos que ofrecerle a Tiberius ese puesto de *tenure*. En realidad lo mejor es que se lo demos de inmediato, porque si no acabaremos perdiéndolo.

—Eso en caso de que él ya no esté perdido.

—No está tan chiflado como parece. Le divierte inquietarnos. Se lo pasa muy bien haciéndolo, estoy segura.

Marty Peele era el decano de artes liberales (y el hombre en cuya casa Tiberius había sido tan feliz al conocer a Kelly Stein). El departamento de historia apenas aparecía en el radar de Marty, pero aparentemente había quedado muy impresionado por unas entrevistas que le habían hecho a Tiberius en la televisión pública. Soames había estado brillante. Aquello que una forma de enseñanza excelente no había podido conseguirle se lo había conseguido la impresión de que era alguien famoso. Bien por él.

—Y bien por él. Y en serio: bueno para todo el departamento. Y bueno para toda la institución. Solo que ha ocurrido de un modo, como has dicho, un tanto brusco.

—Te hubiera cambiado al puesto que ahora tiene Tibby por un año, pero lo cierto es que también tendremos que reestructurar todo el presupuesto. De hecho, su antiguo puesto ya no estará disponible, al menos por un año o dos.

—¿Quieres decir que ya no existirá?

—Bueno, no exactamente. Pero habrá muchos menos fondos.

En otras palabras, Tiberius iba a ganar ahora mucho más dinero.

—Tal vez yo pudiera arreglármelas con lo que quedara disponible. Solo por un año más.

—Bueno, por supuesto, Mike. Si quieres el puesto... oh...

Y terminó la frase diciendo, casi llorando, un: «¡Oh, Mike!».

—¡Oh, Clara!

Era imposible. No había estado bien preguntarlo.

—De acuerdo. Me siento como un tonto. Sé que has hecho todo lo que pudiste. Estuve fuera de lugar. Te doy las gracias, y no hay nada más que decir.

—Has sido maravilloso con nosotros —dijo ella.

—Fue bueno para mí —dije yo con sinceridad.

Bajé las escaleras que iban al estacionamiento. Al llegar a la calle no supe si doblar a la derecha o a la izquierda. Pronto debería comenzar a actuar como alguien a quien le importaba lo que le había sucedido.

No ocurrió demasiado. Al día siguiente llevé una caja de cartón a mi oficina y vacié mi escritorio. Durante las dos siguientes semanas fui llevando a mi casa varias cajas más. Despacio, fui empaquetando aunque no supiera cuál sería mi destino. Contemplaba un cambio de clima.

Justo antes del final de ese año académico, viajé al norte de Nueva York para asistir a una conferencia sobre democracias emergentes. Fui en avión hasta Manhattan y desde allí tomé un tren. No tenía mucho que preparar ni un papel importante en la conferencia, una reunión patrocinada por la Fundación Giddings de Estudios Políticos y una tradición anual desde los días en que «democracia» equivalía a «socialismo». Un cónclave de intelectuales que asumían un proyecto con modales tranquilos, por no decir inofensivos, a la hora de intentar modificar las nuevas

economías. Así pasé un fin de semana muy largo entre personas que, me alegró descubrirlo, no tenían la menor intención de dejar de lado sus más tempranas y jóvenes esperanzas. El muro de Berlín había caído hacía unas dieciséis semanas. Pero nadie mencionaba esto. El término «marxismo» sobrevolaba por todo el lugar, pero ninguno de los oradores se refirió a la izquierda o a la revolución o al pueblo. Sobre paneles, detrás del podio —podios tan pequeños en esos auditorios casi vacíos— se exhibían las vívidas y liberadas lealtades de esas solteronas de las novelas pasadas de moda. Todo aquello que habían confundido con una filosofía política no era más, lo comprendían de golpe, que una simple estética, y el divorcio entre todos aquellos antiguos eslóganes y una cierta relevancia solo podía servir ahora para purificarla. Esto no evitaba, sin embargo, algunos cambios en cuanto al estilo personal. Los hombres ya no fumaban en pipa y las mujeres ya no bebían sherry o llevaban la boca con labios inexpertamente pintados. No podía entender para qué había ido. Supongo que quería que me ocurriera algo, pero no me ocurrió nada.

Con excepción de un par de días que pasé en la ciudad y volví a emocionarme por lo tan sucia y tan bella que es Nueva York. Esa luz gris es una canción. Los graffiti a lo largo de los trenes Amtrack: rieles que se deslizan hacia el norte saliendo de las profundidades de la Penn Station, bajo las calles, casi como en un túnel, corriendo junto a los logos de las pandillas y los artistas solitarios que utilizan los retazos de luz de sol que se abre paso a través de las vigas de acero y los puentes para autos y peatones; nombres gordos que flotan en los primeros planos de esas pinturas extrañas, encendiéndose y apagándose como si alguien accionara una y otra vez un interruptor a medida que nos deslizamos por zonas que alternan luces y sombras. Hacían que las letras de nuestro propio alfabeto lucieran como ideogramas, ajenos, groseros e ignorantes, también felices: mágicas estrellas que estallan, espirales, relámpagos. Comprendí entonces que lo primero que le exijo a una obra de arte es que su agenda —¿es esta la palabra que quiero?— no me incluya. No quiero dudar de sus objetivos por intentar agradarme, por apelar a cualquier tipo de consciencia de mi persona.

No sé qué fue lo que hizo que en ese momento recordara a Flower Cannon, pero debo decir que ese desfile de figuras y letras que pasaban por las ventanillas de mi tren dio perspectiva a todas mis recientes experiencias junto a ella. Las experiencias estaban relacionadas básicamente con el acto de verla; no con oír sus palabras y mucho menos con tocarla. Y ahora pienso que este es el momento en que toda esta narración debe unir sus pedazos en la siguiente visión: imágenes luminosas, evocadas y dejadas de lado en una fluida vaguedad. La diferencia es que yo entonces no consideré a Flower como un mensaje sino como un fantasma, el fantasma de mi hija: sí, y por un momento ella entró y salió de ese curso de acontecimientos como mi Elsie vadeando la silenciosa catarata de la memoria.

El cuadro que he estado ofreciendo es el del período más contenido y poco ocurrente de mi vida. En las últimas semanas, sin embargo, me habían sucedido más cosas que las que había experimentado en años: descubrí que había sucumbido a una

pequeña pero imposible pasión por una estudiante, me habían dado un golpe en la cabeza, había perdido mi trabajo un año antes de lo que estaba en mis planes, y había hecho un viaje sin ningún sentido. Necesitaba tan solo una aberración más en el curso que estaba siguiendo, otra aberración liberadora, antes de desviarme de todo aquello para poder seguir por un nuevo rumbo. Diré que yo era casi consciente de sentir eso, que conscientemente buscaba problemas.

El último suceso en mi calendario sería el vencimiento de mi contrato de alquiler a finales de junio. Tendría que salir del pueblo antes de esa fecha. No tenía clases de verano, nada que hacer, nadie que me retuviera: mi hora había llegado. Pero cuando las clases terminaron en primavera, no me fui.

A mediados de junio el pueblo parecía aturdido por el verano; la mitad de sus habitantes, la mitad más divertida, se había marchado. Hacía calor. Humedad. Yo no hacía nada. Estaba aburrido. Casi todas las tardes me encontraba con Ted MacKey en un sótano con aire acondicionado y miraba cómo se emborrachaba. Luego cada uno se iba a cenar por su lado.

En ocasiones, se nos unía Eloise Sprungl. Era la encargada del catering de muchas de las cenas de la facultad de artes liberales. La he descrito alguna vez como el doble exacto de Peter Lorre. Durante algunos años había sido profesora fija del departamento de arte e incluso tenía un curso como directora, pero un día simplemente dejó de ir a trabajar. Presentó la renuncia. Ahora se dedicaba a pintar casi todos los días, tenía un estudio en su casa, pero no se consideraba una buena pintora. Me contó todo esto y mucho más —la primera vez que estuvimos a solas— durante el tiempo que le llevaba fumarse un cigarrillo y beberse un *schnapps* doble, mientras esperábamos a que Ted bajara tambaleándose por las escaleras de Dooley Noodle's, la taberna del sótano. Fue entonces cuando me dijo que dos años atrás su marido había muerto de un linfoma, una complicación derivada del sida.

En una u otra ocasión, ella dijo haber hecho volar una fábrica durante los setenta, haber inventado un proceso utilizado por los telescopios de largo alcance en los observatorios y haber tenido, a la edad de trece años, una ardiente relación con Ernest Hemingway que se prolongó por diferentes partes del mundo y que, insinuaba, había sido la razón por la que el escritor decidiera acabar con todo. Le gustaba referirse a sí misma como la Puta Batracia. «Enciéndele un cigarrillo a la Puta Batracia...», «La Puta Batracia se excusa para ir a mear...», «Hasta la Puta Batracia tiene hambre, así que ¡a comer!». Y a pesar de todo lo que decía que le había ocurrido, ella nunca parecía ni triste ni feliz. La verdad que no estoy del todo seguro de por qué me molesto en hablar de Eloise a no ser que sea para reflexionar, para mi propio beneficio, sobre el tipo de personas que solían atraerme. La educación supervisada por el Estado era una farsa. Ella y Ted MacKey ni se molestaban en negarlo. Los dos compartían esa personalidad que suele nutrirse con vapores de cinismo de segunda clase, momentos ocasionales de genio, y pequeños y educados terrores.

Ted, de hecho, no ha hecho otra cosa que seguir prosperando desde entonces. Lo

mismo que Eloise Sprungl. Y aunque tengo claro que todavía no he acabado de asentar estas memorias mías, tal vez sea el momento apropiado para apuntar algunos hechos sobre las vidas de los otros:

Clara Frenow derrotó definitivamente a su cáncer, se retiró antes de alcanzar la edad para jubilarse y se unió al Cuerpo de Paz o compró una posada en Minnesota, eso es lo que afirman los despachos. Tal vez haya hecho ambas cosas. En cuanto a Flower Cannon, no tengo la menor idea de qué se hizo de ella, pero si alguna vez vuelvo a cruzarme con ella estoy seguro que será parte de algo tan escandaloso como poco sorprendente. Por supuesto que fui increíblemente ingenuo en mis percepciones acerca de Tiberius Soames, un nombre que ahora es muy familiar. Hace tres años, él y Marcel Delahey compartieron el premio Nobel de Economía. Le ofrecieron un puesto muy importante en la Universidad de Chicago y hace lo que le da la gana desde entonces. Ted MacKey y yo todavía nos escribimos, o por lo menos intercambiamos postales. La última que recibí: «Estoy ofreciendo al mejor postor los favores sexuales de un par de estudiantes que he prostituido para mejorar mi economía, y me he unido a un círculo de brujos. Mary [su esposa] se ha operado para cambiar de sexo. Nunca nos caíste bien. Sigue en contacto». La foto muestra un inmenso campo sembrado con hileras de maíz verde sobre la que garrapateó «Disculpa este sentimiento tan cursi»^[7].

Y a propósito de premios: tal vez estén al tanto del Pulitzer de T. K. Nickerson — su segundo Pulitzer— hace un par de años. Compré el libro y me resultó imposible de leer. Enseguida publicó otro; lo empecé a hojear en una librería y esa misma tarde ya lo había devorado. Desde entonces lo he leído otra vez con el mismo placer. Así que todavía sabe escribir. Se casó con Kelly Stein, o por lo menos eso oí. ¿Y qué fue de J.J.? Hace dos años me llegó esta carta y todavía no me he desprendido de ella:

Querido Michael:

Esta va a ser una de esas extrañas y cortas notas, Mike, pero no puedo sacudirme esta ridícula sensación de que comencé a decir algo que nunca terminé de contarte del todo. Es un tanto egoísta por mi parte molestarte con esto, porque tu participación en el episodio, pobre muchacho, no fue más que en calidad de testigo casual. Pero no me estoy explicando, así que lo haré. La noche que cené contigo en el Capiche, la noche en que me enteré de la muerte de Trevor Watts, yo te dije que él había sido muy importante para mí y que, aun así, llevaba años sin pensar en su persona. La idea incompleta desde entonces es la que sigue. No, yo estaba equivocado, y yo debería haberte dicho: «Ahora él está muerto y yo me doy cuenta de que por fin soy libre, porque ocupara o no mis pensamientos, Trevor siempre había estado allí. Siempre conduciéndome, conduciendo mi vida. Así de melodramático como suena. Y ahora él ha muerto y esa carga ha desaparecido. ¡Qué muerte tan feliz!». Eso es lo que quiero decir, y como comprenderás no se lo puedo decir a nadie que lo haya conocido. Supongo que lo entiendes. Así que es a ti a quien le corresponde recibir la noticia: ¡Qué feliz, maravillosa muerte!

J.J. dice más adelante que ha leído un artículo mío en *Men's Journal*. «¡Qué gran golpe!», comenta. No le reprocho su sarcasmo.

Por lo demás, no he sabido nada más de esa pandilla, con excepción, como dije, de la ocasional postal de Ted MacKey a quien les pido vuelvan a imaginar sentado en un reservado frente a mí, años atrás, en esa taberna de sótano, con nuestras manos

rodeando bebidas frías mientras fuera todo el Medio Oeste parecía latir bajo una ola de calor. Eloise también estaba con nosotros. No hablaba mucho ese día. Ted se inclinó hacia mí, borracho, consultando en secreto a alguien dentro de su cabeza y diciendo: «No sabes. No sabes. No puedes saberlo». Le había metido algunos dólares a la máquina de discos y la había programado para que tocara hasta el infinito «Let Me Roll It» de Paul McCartney. Varios tragos más tarde, Ted ya casi no conversaba. Casi lo único que hacía era cantar.

*Fui hasta la enfermería del St. James
y vi a mi nena allí.
Yacía sobre una larga mesa blanca,
tan quieta, tan fría, tan desnuda,*

cantaba ahora (mientras en la máquina se oía a Paul McCartney).

Déjala ir, déjala ir, Dios la bendiga,

cantaba, con los brazos bien abiertos.

Dondequiera que ella esté...

Quebrando el ritmo, Ted había conseguido trenzar aquel viejo espiritual con la canción de Paul McCartney que salía de la máquina y conseguir así un extraño dueto.

—Reed —dijo—. Reed, hombre, nada más... entiérrame donde no crezca el maíz.

Eloise se rió y se ahogó con su propia risa. Tenía las fosas nasales aplastadas de un bulldog inglés.

Aquí dejo que mi memoria baje por las escaleras y flote a lo largo de la barra y aletee sobre la luz de la máquina de discos porque no hay ningún otro motivo para ejercitarla. Nada digno de contarse sucedió ahí abajo. O ahí arriba, en el mundo, ya que estamos. Había empaquetado mis contadas pertenencias dentro de cajas y estaba listo para mudarme a un motel hasta que encontrara una razón para partir, hasta que encontrara un lugar adonde llegar. Más allá de todo eso, el mes de junio apenas se las había arreglado para existir. Pero al final se fue haciendo mucho ruido.

El 27 de junio conduje a Ted a su casa desde Dooley's porque a él le pareció lo más conveniente. No le había parecido necesario ninguno de los otros días cuando, tras haberse metido varias copas, se había puesto de pie anunciando que tenía hambre y subía las escaleras con mecánica determinación. Pero hoy lo llevaba yo, así como a Eloise Sprungl. Ted insistió en que nos detuviésemos primero en su casa porque

quería enseñarme algo.

—Vale, ¿de qué se trata? —le pregunté cuando nos detuvimos frente a su enorme casa.

—El auto. Te estoy mostrando el auto.

—Bueno, la verdad que es un auto excelente, Ted.

No había conducido un auto en mucho tiempo, ni una sola vez en cuatro años y tres meses. Me gustaba conducir este auto.

—Es un BMW de mil novecientos ochenta y cinco tres-cero-dos o tres-cero-tres o... ¿Lo quieres?

—¿Si lo quiero? ¿Para mí?

—Está en venta.

—¿Cuál es el precio de estas cosas?

—Pruébalo.

—Acabo de hacerlo.

—Pruébalo, hombre. Quédatelo un par de días. Luego hablamos. Está en venta y quiero que sea tuyo y está en venta.

La casa de Ted estaba construida con ladrillos rojos. Tenía una pequeña entrada enmarcada por pilares blancos y un camino semicircular, también pequeño, pero ahí estaban en cualquier caso. La entrada y el camino proclamaban: «Esta casa en realidad quiere ser una mansión». A un lado estaba el hijo rubio de diez años de Ted vestido con una camiseta blanca y shorts blancos, fumando ostentosamente un cigarrillo blanco que no estaba encendido. El chico que tocaba el laúd. Ted salió del auto riéndose y regañándolo. Tomó el cigarrillo de la boca de su hijo y lo arrojó a un lado donde rebotó un par de veces sobre el césped cortado casi al ras. Luego entraron juntos en la casa.

Yo me quedé con las manos sobre el volante y hundí el acelerador de mi nuevo auto. Había tomado una decisión apenas Ted había sugerido lo de la venta. Postergué mi respuesta a Ted, incluso a mí mismo, pero yo sabía que ya era el dueño de ese auto.

Llevé a Eloise hasta su casa, al otro lado del pueblo. Por el camino le pregunté si había estado pintando mucho y ella me dijo que no demasiado.

—No tengo muchos encargos para comidas, y entonces pinto menos. Por alguna razón, cuanto más trabajo, más pinto. Así que estoy prácticamente de vacaciones. No puedo conseguir mucho trabajo durante esta época del año. Y en cualquier caso no queda nadie con experiencia en el pueblo para ayudarme que no sean Phil y Flower.

—Supongo que debes de referirte a Flower Cannon.

—Sí. Ella... Tú la conoces. Estuvo contigo.

—Oye, Eloise...

—Como estudiante, Mike.

—Nos conocimos. Pero no fue mi alumna. No creo que a ella le interese mucho la historia.

—No, diría que no. Este verano ella es la cellista loca. Están armando una especie de orquesta de cámara, no sé. Aquí vivo yo. ¿Qué piensas de este artefacto?

Eloise se refería al auto.

—Está bien. No he conducido en años. Cualquier auto me parecería raro ahora.

—Un BMW nunca puede parecerte *tan* raro. ¿Cuántos kilómetros tiene? Ah, bastantes.

Estaba inclinada leyendo el cuentakilómetros.

—Si no lo estrello antes del amanecer, supongo que acabaré comprándolo.

—¡Cómpralo ahora mismo! ¡El tonto ese está borracho! —Besó mi mejilla y se bajó del auto.

—¿Ves a Flower a menudo? —le pregunté asomándome por la ventanilla.

—¿Flower? No. —Bizqueó y sonrió perversa; Eloise tenía un rostro casi elástico—. ¿Andas detrás de ella?

—¿Detrás de ella? Caramba, sí que eres directa, ¿verdad?

—Por lo general le aconsejaría a una jovencita que se alejara del profe. Pero en este caso es a ti a quien advierto de los peligros, colega.

Vino hacia el auto y se inclinó hacia la ventanilla y me habló con aliento a tabaco quemado y *schnapps* de menta:

—Yo soy tu colega, lo sabes. Al final son los de nuestra clase los que terminan juntos.

Se enderezó y gritó para que la escuchara todo el pueblo:

—¡Acabarás casándote con la Puta Batracia, rodeado de demasiados gatos y bebiendo demasiado todos los veranos! ¡Y le darás gracias a Dios que así sea! ¡Al menos tienes un auto con clase! —me gritó mientras yo me alejaba de allí.

Aquella noche tuve un sueño tan vívido y perturbador que me sacó de la cama y me hizo bajar en bata hasta la cocina y quedarme ahí sentado y sin hacer gran cosa, pensando distraídamente, hasta el amanecer. Siempre pensé que contar los sueños equivale a aburrir a todo el mundo, y por lo general ni siquiera me preocupo en recordar los míos. Pero ya que he mencionado este, creo que podemos estar de acuerdo, a partir de los nudos de su trazado y la curva de sus resortes, que sus mejores momentos están relacionados con Flower Cannon y, por lo tanto, merecen mencionarse. En el sueño, sigo a Flower Cannon a lo largo de pasillos burocráticos. Esa clase de lugar en la que de vez en cuando sueles descubrirte con un formulario en la mano, buscando una oficina en la que alguien se hará cargo de esa cosa; pero yo no llevaba documento alguno. Lo único que tenía como motivo para ir vagando por allí era esa difusa figura femenina que caminaba delante de mí. Desapareció con su vestido blanco a través de una de las puertas que daban al corredor. Ahora comprendo que se trataba de un hospital, lo comprendo sin siquiera habérmelo preguntado, en ese estado senil tan corriente en la mente dormida. La sigo cruzando esa puerta y salgo a un resplandeciente escenario frente a un vasto público de estudiantes entre las sombras. Mi presa —sí, ¿o mi grial?— yace desnuda sobre una camilla mientras un

médico señala sus pechos y su vagina y parece dar una conferencia de la que no entiendo palabra. Siento que no tengo nada que hacer allí. Mi vergüenza es como la vergüenza de un niño. Despierto sudando y helado por el pánico. De golpe, recordé las palabras que Ted MacKey había cantado esa misma tarde:

*Fui hasta la enfermería del St. James
y vi a mi nena allí.
Yacía sobre una larga mesa blanca,
tan quieta, tan fría, tan desnuda.*

Ya lo he dicho: los sueños no tienen sentido. Pero este se parecía demasiado a algo que me ocurrió al día siguiente. A eso de las cuatro de la tarde, yo estaba en el supermercado buscando algunas cosas que no necesitaba con ninguna urgencia. (Me gusta pasear por los pasillos y acabar juntando lo necesario para el menú de un par de días, improvisando. Después, claro, dejo que todo se pudra en casa mientras voy a comer a restaurantes.) Estaba en la cola para pagar leyendo los titulares del *Midnight*, del *Globe* y del *National Enquirer*, intentando no tomarme en serio los mensajes de la prensa sensacionalista: los poderosos se derrumban; el *glamour* equivale a la miseria; los inocentes serán violados y asesinados. Y entonces vi a Flower Cannon, inclinada y con los brazos rectos y extendidos, empujando un carrito.

Estaba vestida con un traje pantalón blanco y negro; la chaqueta tenía hombreras que le hacían unos hombros puntiagudos. Unas botitas blancas que le llegaban a las rodillas. La primera impresión que producía era la de ser miembro de la tripulación de una serie de ciencia ficción. Esperé a la salida, pensando en decirle hola, pero salió por otra puerta. La seguí por el estacionamiento y dije su nombre, pero ella prefirió no hacerle caso a ese hombre que daba saltitos en un estacionamiento con una bolsa de papel marrón colgando de uno de sus brazos, gritando «¡Flower! ¡Flower!».

Me quedé mirando cómo subía a su auto y entonces fui en busca de mi flamante y usada máquina alemana y la seguí. Yo estaba viviendo el sueño de la noche anterior solo que en un escenario que no era de pasillos sino de resplandecientes calles negras.

Flower no iba deprisa. Podría haberla alcanzado, ponerme a su lado y hacerle señas, pero no lo hice. Recorrimos cerca de dos kilómetros saliendo de la Autopista Vieja y entonces giramos a la izquierda por una estrecha carretera pavimentada que iba hacia el oeste, recta y sin una sola curva, atravesando campos de alfalfa, campos de cebada, hileras de maíz que te llegaban hasta la cintura.

Mantuve las ventanillas bajas. El mundo estaba mudo y era picante, luminosamente verde. Varios kilómetros después, Flower giró otra vez a la izquierda y se detuvo en la grava que rodeaba un edificio de una planta frente al que había varios autos estacionados en ese paisaje inmenso y plano. No había nada más que ver salvo un par de silos de cemento que se alzaban en el horizonte. El sonido más ínfimo

llegaba crujiente y la brisa, ese pequeño pero constante viento que soplabla sobre la corteza del mundo se lo llevaba muy lejos: y el ruido de la puerta, sus tacones y sus dedos sobre la grava. Flower miró hacia donde yo estaba sin la menor curiosidad antes de entrar en la casa.

Era una de esas estructuras baratas, como de casa prefabricada, pero mucho más grande por dentro de lo que parecía desde fuera. Una amplia entrada comunicaba con un vestíbulo donde había un montón de personas de pie sin por eso estar apretadas unas con otras. Una sensación de oficinas, salas de reuniones, aulas a las que llevaban siempre esos corredores institucionales. Justo delante, unas puertas dobles iban a dar a una cámara que, por lo que vi, era suficientemente amplia como para contener a cientos de hombres y mujeres. Creí ver bancos de iglesia mientras la gente entraba para sentarse. Fue sencillo encontrar a Flower entre todos esos granjeros y esposas de granjeros. Estaba junto a las puertas dobles con su traje pantalón blanco y negro, un poco arlequinesca pero al mismo tiempo con mucha clase y con aspecto de mujer adinerada mientras conversaba mediante signos con un chico de unos dieciséis años. Debía de ser sordo. Yo estaba fascinado. Sin voces que les ayudaran, los dos utilizaban lo que tenían, sus dos rostros tan animados, estallando de emoción, mientras los veloces y vivaces gestos bajaban por sus brazos y salían disparados desde las puntas de sus dedos, los dos moviéndose como actores de cine mudo. De improviso, al recordar esas viejas películas mudas, comprendí la vacía paz en la que debería habitar ese muchacho. Tenía un rostro delgado y elegante, cabello rubio, ojos azules, piel limpia. Nada de las erupciones o de la torpeza de la adolescencia.

La gente parecía amigable. Mirara donde mirara recibía una sonrisa y un saludo con la cabeza. Un minuto después se me acercaron dos hombres. Uno de ellos me dijo que yo era bienvenido. El otro me informó de que acababan de iniciar su programación de verano. Por lo que yo no había venido, me dijo el primero, a una sesión de estudios bíblicos, como seguramente había esperado.

No me molesté en decirles que yo no esperaba nada en absoluto, ninguna otra cosa que no fuera esta: yo había llegado sin saberlo a la Noche de Canciones. Eran algún tipo de congregación religiosa y este edificio era su iglesia. Uno de mis anfitriones me condujo a la habitación grande llena con varias docenas de bancos de iglesia rústicos y de madera frente a un podio. Nos quedamos al fondo mientras mi compañero, un hombre tan bajo como yo pero de complexión más fuerte, vestido con vaqueros y una camisa blanca de manga larga, supervisaba el lugar. Un pasillo central dividía la estancia en dos. Los bancos se iban llenando. Las mujeres a la izquierda y los hombres a la derecha.

Mi anfitrión se dirigía a mí como si yo fuera un espíritu necesitado, un alma tropezando en la oscuridad.

—No nos interesa tanto la doctrina. *Tenemos* un folleto, sí, pero la doctrina no es lo que nos importa. ¿Ya tiene un...?

El otro hombre reapareció y me entregó un folleto.

—Ahí lo tiene —dijo mi amigo—. Verá que aquí, en la primera parte, es donde se dice que lo más importante... Bueno, échele un vistazo. Lo más importante es...

No podía terminar de decírmelo. Y eso, fuera lo que fuera, lo hacía parecer todavía más importante.

Nos sentamos los tres juntos en la parte para los hombres. Comprendí que la multitud que me rodeaba era una de esas sectas protestantes que descendían de los anabaptistas del Rin, como los menonitas o los amish. Seguro que había visto a unos cuantos en el pueblo y nunca llamaron mi atención, pero aquí, todos juntos, se veía claramente que todos estaban vestidos del mismo modo. Las mujeres llevaban faldas o vestidos, bastante largos, y el pelo en trenzas gruesas o en rodetes. Todos los hombres tenían barba o bigote. Me habían descubierto enseguida: mi rostro afeitado, mis brazos desnudos saliendo de una camisa de manga corta mientras que los de ellos, tanto los de las mujeres como los de los hombres, estaban cubiertos y abotonados hasta las muñecas.

Muy pronto todas las hileras de bancos estuvieron llenas de fieles. Las voces se acallaron. Nos quedamos quietos, mirando hacia delante. Nadie decía palabra. No oí ni toses ni carraspeos. El canto de los pájaros, muy débil, nos llegaba desde los campos. A lo largo de unos cinco minutos o un poco más, el podio de madera al frente de la estancia permaneció vacío mientras nosotros no hacíamos otra cosa que mirarlo.

Entonces un hombre, una voz entre la gente, sugirió: «Oremos».

La concurrencia no pudo haber caído de rodillas más rápido si alguien los hubiera acribillado con una ametralladora. Con un solo movimiento, todos se arrodillaron y apoyaron los codos sobre el respaldo del banco de delante. Yo me moví tan rápida y obedientemente como ellos, arrastrado por la gravedad humana, arrancado de mi asiento para acabar con la frente contra los nudillos, asombrado por lo que estaba haciendo.

Alguien dijo una plegaria, pero yo no escuché ni una palabra de ella.

Entonces, como si nada hubiera ocurrido, como si esta multitud jamás hubiera experimentado este asombroso colapso, volvimos a aposentarnos en nuestros asientos. Y otra vez hicimos silencio.

Después de un momento, una voz de hombre dijo: «Hermano Fred, ¿por qué no escoges un himno?». Yo no tenía la menor idea acerca de cómo el dueño de esa voz, a quien no podía ver, había recibido súbitamente la confianza necesaria para hablar o qué era lo que le había hecho elegir al hermano Fred para que nos señalara el himno apropiado.

Un hombre joven se puso de pie, se desplazó dificultosamente a lo largo de su banco sorteando varias rodillas, y avanzó por el pasillo hasta llegar al podio donde abrió un libro de himnos. Era parecido a todos los demás, con patillas largas, casi rizosas, bigote y una camisa blanca. A mi alrededor, todos sacaban pequeños libros de himnos de unas ranuras en los respaldos de los bancos.

—¿Número dos treinta y ocho? —dijo—. ¿Qué os parece el número dos treinta y ocho?

La cubierta del librito que yo ahora sostenía en mis manos llevaba solo el nombre *Frisia*. Encontré el himno:

*Dulce hora de plegaria, dulce hora de plegaria,
que me llama desde un mundo de ansiedades
y me conduce hasta el trono de mi Padre
colmando todas mis necesidades y deseos.
En tiempos de aflicción y pesar,
mi alma a menudo ha encontrado consuelo
y siempre ha huido de la tentación,
volviendo a ti, dulce hora de plegaria.*

Su modo de cantar era todavía más asombroso que lo que cantaban. Lo hacían con armonías múltiples, con una energía y una destreza que no parecía el resultado de años de estudio sino algo perfectamente natural, de nacimiento, puro talento. No oí ninguna de las malas voces de costumbre, ninguna de esas personas a las que te dan ganas de acercarte a ellas y decirles: «¿Podrías dejar de cantar, por favor?».

Yo mantenía mis ojos en Flower Cannon. Estaba sentada en el centro, entre las mujeres, del mismo modo que yo estaba sentado en el centro entre los hombres. Deseé haberme sentado lo suficientemente cerca de ella para distinguir su voz; permítaseme ser todavía más enfático y admitir aquí que me dolió mucho no haberla oído cantar. Ella era muy diferente a las mujeres que la rodeaban. Ellas vestían falda y ella pantalones. Ninguna otra mujer llevaba su cabeza descubierta, ninguna otra llevaba el pelo suelto, ninguna otra tenía los brazos desnudos. El cabello largo y rojo de Flower le caía por la espalda. Su blusa no tenía mangas y la parte de las axilas estaba mojada con grandes manchones de sudor. Me dije a mí mismo: Algún día tienes que buscar a un químico y preguntarle si el sudor está compuesto por la misma sustancia que las lágrimas.

El chico rubio con el que ella había conversado estaba sentado dos filas delante de mí. Una vez más volvió a ocurrírseme —fue algo más que si se me ocurriera; en realidad la idea me hizo perder el aliento— que el chico vivía dentro del silencio. ¿Para qué había venido aquí? Estaba sentado muy quieto y erguido, completamente aislado de todos. En lo que a él concernía, hubiera sido lo mismo que estuviera en esta capilla a solas y a la medianoche. Tal vez tenía cierta sensibilidad, cierta capacidad táctil, de sentir una atmósfera súbitamente más espesa por la acción de cientos de voces mezclándose, ¿cuántas voces? Mientras el himno se mecía a mi alrededor como el trigo en el viento me descubrí a mí mismo contando cuánta gente había. Catorce filas, unas catorce personas a cada lado del pasillo: cerca de trescientas

personas cantando con tanta belleza. Me pregunté cómo sonarían en los campos verdes y vacíos bajo un cielo azul y sin nubes, cuán conmovedoramente pequeña sería esta multitud de voces elevándose hacia la infinita indiferencia del espacio exterior. Me sentí solo por todos nosotros y de golpe supe que Dios no existía.

Yo no pensaba mucho en eso que la gente llama Dios, pero desde hacía un tiempo no podía sino odiar a eso, a ese asesino, a ese perpetrador para cuyos ojos plateados y sin pupilas nadie era demasiado insignificante, demasiado desconocido, demasiado inocente y pequeño para ser ignorado a la hora del reparto de tragedias. Yo había sentido a esta cosa llena de poder como una oscuridad y una carga. Ahora había desaparecido. Un ajustado abrazo de cadenas se había roto. Alguien había despegado mis párpados. Ya no se oía ese atronador sonido en mi cabeza. Todo esto es lo que me había producido oír a esa formidable y amorosa multitud de cantantes.

Yo soy una de esas personas que creen que pueden arreglárselas más o menos bien a la hora de entonar una canción, así que yo también me uní al canto, y nadie me detuvo. Hasta pasadas las seis, según mi reloj a lo largo de una hora exactamente, alabamos a un universo vacío. Sentí cómo nuestros corazones se alzaban en un intervalo sin límites y sin que nada se interpusiera en sus caminos. Toda mi alma, libre y feliz, brotó de mi garganta.

Fuera, después de los cantos, me quedé conversando con mi autonombrado anfitrión, quien me explicó que la secta se llamaba la Cofradía de Frisia, en honor a su sitio de origen en el norte de Holanda. Al menos eso es lo que entendí. Mientras me comentaba que ellos no confiaban en las compañías de seguros, el servicio militar, o la educación estatal, yo no dejaba de buscar a Flower con la mirada.

Fue ella la que nos encontró. Me había visto antes, aparentemente. Me dijo hola y me presentó a su joven acompañante.

—Este también es Mike. Mike Reed, te presento a Mike Applegate. Mike tiene una cita esta noche.

—¿Cuál de los dos Mikes?

—Los dos Mikes. Le voy a prestar mi auto a Mike Applegate. Y Mike Reed puede llevarme hasta mi estudio. Puedo invitarte a un poco de sopa.

Le dije que tenía una bolsa llena de comida y un BMW, y ella me dijo que le parecía perfecto. Todo lo que ella decía lo iba repitiendo con mímica y signos para el joven Mike. Era asombroso ver cómo las diferentes señas iluminaban sus rasgos y le hacían llegar su luz a los de él. Las perspectivas para la noche brillaban en el rostro de Mike. Extendió su mano y ella señaló su auto y le dijo: «Las llaves están dentro». Mike comprendió.

Observamos cómo el joven y rubio Mike se metía en el cochecito con la gracia angulosa de quien se sabe demasiado grande; el auto lanzó dos nubes de humo por su escape, aceleró y desapareció.

—Bueno, esto sí que es elegancia —dijo ella entrando en mi coche—. ¿Es veloz?

—No tanto como a ti te gustaría.

—¡Vamos! Estas máquinas están pensadas para la *autobahn*.

—Ya lo sé, pero yo no. Conduzco por debajo del límite. Y así voy bien —dije sintiendo que de algún modo tenía que defenderme.

Saqué el folleto de la Cofradía de Frisia de mi bolsillo y lo puse sobre el tablero mientras arrancaba el auto. Flower lo tomó y pasó las páginas pero todo lo que dijo fue:

—¿Sabes a qué suena, Mike? Suena como un animal mecánico.

Y era verdad: el motor tenía una voz inequívocamente metálica que, al aumentar su potencia, adquiriría un sonido casi sanguíneo. Nos unimos a la fila de vehículos que iban hacia la autopista. La voluntad de los miembros de la Cofradía de Frisia a la hora de no desentonar entre ellos parecía abarcar hasta la elección de automóviles: furgonetas, camionetas bien equipadas, muy pocos modelos de sedán, todos de colores oscuros, flamantes, muy bien cuidados.

—¿Adónde dijiste que íbamos?

—A mi estudio.

—¿En el pueblo?

—No, por aquí. A unos tres kilómetros.

—¿En medio del campo?

—Está en la escuela Tyson. Vivo allí.

Tyson era un pueblo, o una villa, yo no estaba muy seguro de lo que era.

Pensaba en eso mientras me sentía flotando por voluntad de un extraño y nuevo medio, un elemento extraño: puedo decirles ahora que entonces yo me sentía como arrastrado por la corriente de una vida más brillante. En la mitad de aquel himno, Dios se había esfumado. Era como despertar de una pesadilla que me había paralizado. Como descubrir que la gravedad en sí misma no era otra cosa que un mal sueño.

Y allí, a mi lado, estaba Flower Cannon, vestida como un cadete de Andrómeda con su traje blanco y negro.

—Flower, explícame, ¿qué hacías allí? ¿Tienes pensado ingresar en la secta?

—Yo estaba allí... —calló por unos segundos— por la música.

—¿Dónde lo conociste? A Mike.

—¿Mike? ¿El otro Mike?

—Mike Applegate.

—En clase de lenguaje de señas.

—¿Perdón?

—Mike Applegate.

—Es que...

—Lo conocí en clase de lenguaje por señas. Era el maestro.

—Creí que habías dicho clases de canto^[8].

En su voz detecté ese timbre, ese atractivo y peligroso timbre, como si una erupción de risa fuera atrapada a último momento por la garganta para resonar allí

dentro, produciendo una especie de recámara de hilaridad.

—Era un curso de doce horas, clases de dos horas a lo largo de seis noches. Se nos hizo corto y aprendimos muy rápido porque nuestro maestro no podía hablar. Así que ahora yo, y todo los otros que asistimos a esas clases, hablamos por señas de manera diferente a la que lo hacen la mayoría de las personas que pueden oír.

—¿Cómo es eso?

—Ellos hablan cuando hacen señas. Yo soy muda.

—Me alegra que ahora hables.

Flower era una gran conversadora, una de esas conversadoras que parece completamente ajena a lo que está diciendo. Sus pausas eran como piscinas. Querías acercarte un poco más y de improvisto te dabas cuenta de que estabas sumergido. Algo de la riqueza de la animación facial de su conversación con el Michael sordo todavía era visible en sus gestos. Se me hacía casi imposible despegar mis ojos de ella para mirar la carretera, adelante, pero nada me importaba menos. La carretera era despiadada, sin curvas.

—¿Estaba allí solo para buscar tu auto?

Pausa.

—Estaba allí por la música.

Íbamos despacio, surcando un océano de clorofila. No había nada por aquí a excepción de pequeñas comunidades, muy distantes entre sí, cada una creciendo alrededor de dos o tres monumentales silos. No conocía el nombre de ninguno de estos pueblos, no me parecía que fuera algo importante saberlo; ni siquiera habíamos alcanzado el primero de ellos que, supongo, sería Tyson.

—Te admiro —le dije.

Ella respiró profundo para decir algo pero pareció cambiar de idea. Al final dijo:

—¿Por qué?

—Porque haces cosas locas sin necesidad de estar loca para hacerlas.

—Si piensas que no estoy loca, entonces estás loco —dijo.

—Recuerdo algo que dijiste una vez... Estoy casi seguro que me mirabas fijamente cuando lo dijiste y tal vez por eso lo recuerdo tan claramente. Dijiste: «¿Cuerdo? o ¿lerdo?». Vale, pero esa no es la cuestión. El motivo por el que la mayoría de nosotros parecemos tan cuerdos es que colgamos de los bordes de nuestra razón apenas sostenidos por nuestras uñas. Pero tú no.

—Y tú tampoco.

—La mayoría, dije.

—Tú no. Tú no estás colgando. Estás atado. Atado al mástil, como Ulises.

—Seguro que así era.

—Pero ya no.

—No.

—Demuéstrame que ya no estás atado, Michael Reed.

—Tú. ¿Eres una sirena? ¿Una hechicera?

Con una cierta frustración, supe que había hablado demasiado pronto, con demasiada necesidad. Quería salirme del camino de todas esas cosas que necesitaba decir, las cosas en las que había venido pensando, y hacerlo con la esperanza de adentrarme en lo desconocido. El viento tronaba alrededor del auto.

—Soy una chica —dijo ella.

Habíamos llegado. Detuve el motor. El silencio liberó nuestras voces. Pero no teníamos nada más que decirnos por el momento.

Flower me condujo hasta una escuela construida con ladrillos anaranjados en el centro de un campo cultivado hasta donde llegaba la vista. El viejo edificio parecía gigantesco. Podía verse cualquier cosa más alta que una planta de maíz desde kilómetros. Un árbol raquítico en la distancia adquiría la naturaleza definitiva de un hecho incontestable.

Subimos las escaleras. Flower usó una llave para abrir una de las grandes puertas del frente. ¿Cuántas veces había entrado yo en una silenciosa escuela vacía después de terminar las clases para oler los bocadillos pudriéndose en los armarios y el fuerte perfume de la cera que el cuidador acababa de pasar por los suelos? ¿Cuántas veces había vagado yo por estas estructuras de metal y cemento tan parecidas a nuestras prisiones? En realidad, esta era mucho más pequeña que la mayoría, apenas cuatro aulas y una oficina en el primer piso, y olía a cítricos y a barniz. Bajamos por otra escalera hasta el sótano y Flower volvió a sacar su llavero. Llevaba una pequeña bolsa de cuero que se colgaba del hombro con una soga a modo de correa. Abrió la puerta al final del pasillo y el ocaso llenó esa nueva región como una niebla. El edificio se sentía como algo irresistiblemente desierto.

—¿No es tranquilo?

—Me dan ganas de correr y romper cosas.

—Este es el edificio de una escuela pública —me advirtió—. Supongo que podrías romper los cristales de las ventanas pero todo lo demás es indestructible.

En el estudio del sótano, que alguna vez había sido un aula, me senté en un pupitre en el que primero extendí un pañuelo porque la superficie parecía húmeda con pintura. Todo estaba así, cada superficie. Dejé mi bolsa con comida en el suelo junto a un teléfono que alguna vez había sido negro pero que ahora estaba salpicado por muchos colores. Por las ventanas del piso bajo —que estaban a la altura de nuestras cabezas— entraba suficiente luz como para que yo pudiera ver a Flower sin que esto significara discernir gran cosa de su figura. Descubrí tres o cuatro lienzos sobre caballetes, todos contra una pared; era imposible ver lo que había allí pintado.

—Bueno, ¿qué te parece?

—Es un caos y está lleno de fantasmas —dije.

—Esto ya no es una escuela.

—Me he dado cuenta de eso.

—Ahora todas las escuelas están juntas, en Hereford. Puedes solicitar un estudio aquí a través del concejo de las artes.

—¿Y te dejan vivir en esta?

—No. —Flower todavía no había entrado, seguía de pie junto a la puerta. Encendió las luces fluorescentes en el techo—. Pero es solo parte de un reglamento que a nadie le preocupa demasiado si se cumple o no.

Le dije que no tenía hambre pero me dijo que ella sí. Le pasé mi bolsa con alimentos y esperé inmóvil, sin mover un músculo, incómodo e inexplicablemente avergonzado, casi a punto de llorar sintiendo que yo no pertenecía a aquel lugar. Mientras tanto, ella fue hasta la oficina del encargado a llenar un cazo con agua. Desenterró un calentador casi sepultado por un montón de trastos y empezó a cocinar. Me pasó un cuchillo para que la ayudara. Intenté quitarle la pintura de la hoja pero estaba seca y muy pegada al acero. Corté una zanahoria. Desaparecieron el vértigo y esa terrible timidez que había sentido. Corté un pepino. Le pregunté qué estaba preparando y me dijo que era sopa de miso. Corté una cebolla.

—Estoy llorando —dije.

—Yo también estoy llorando —me dijo—. Es una cebolla de las buenas.

Por lo visto, Flower había oído parte de la historia de mi vida, la parte más desagradable.

—¿Lloras mucho? Tu familia fue aniquilada o algo así, ¿verdad? ¿Lloras mucho por eso?

—Solía llorar, pero ya no.

Nos apoyamos contra la mesa como cuando uno se apoya contra una barra en una taberna, mirándonos.

Decidí decirle algo ya que estábamos en plan brusco:

—Me recuerdas a mi esposa. Y me recuerdas a mi hija. Ella tenía solo veintitrés años cuando nos fuimos a Washington.

—No te refieres a tu hija.

—A mi esposa. Anne.

—¿Ella era mucho más joven que tú?

—Unos catorce años más joven. Yo tenía cuarenta y cuatro cuando dio a luz a nuestra hija, y cumplí los cuarenta y nueve tres semanas después de perderlas, a las dos. Después de que murieran.

—¿Qué edad tenían cuando murieron?

—Huntley tenía casi cinco años. Anne tenía treinta y cuatro.

—Y ahora tienes...

—Tengo cincuenta y tres.

—Y yo tengo veintiséis.

—Eres lo suficientemente joven —reconocí—. Supongo que joven es lo que más eres.

—Tengo menos de la mitad de tu edad.

—Ya. Al fin. Y el año que viene tendrás la mitad.

—Por lo que tú eres cada vez más joven.

—¿Cuándo cumpla los doscientos? Bueno, tú ya habrás recorrido siete octavas partes del camino hasta mí.

Todas estas tonterías no tenían ningún sentido, pero yo estaba encantado por lo cómodo que me sentía conversando con ella.

—Es gracioso el modo en que funcionan las matemáticas, Mike Reed —dijo Flower.

Todavía tenía ese extraño modo de cerrar sus afirmaciones. A la altura de mi nombre, su voz se hizo profunda y yo me hundí con ella. Después dijo, y yo sentí que ella estaba flirteando conmigo:

—Mejor que dejemos todo esto calentándose a fuego lento.

Cogió una de esas batas que se usan en los laboratorios y que estaba tirada en un rincón. Se puso detrás de un lienzo en blanco sobre un caballete y dejó caer sus pantalones alrededor de sus botitas negras.

Volví a mi asiento y la observé. Estaba de pie contra una pared blanca. La tela en blanco ocultaba su cuerpo desde los hombros hasta las rodillas. Se quitó la blusa y la colgó del caballete. Entonces se puso su bata gris.

Nos sentamos a una mesa plegable e hicimos a un lado los botes de pintura y los lápices y tomamos la sopa. Después inspeccioné el lugar. Encontré su cama junto a otra de las paredes. Nada más que un jergón en el suelo y una almohada cuadrada de seda oscura, seda tornasolada, creo que se llama. Todas sus pinturas miraban a la pared.

—¿Puedo ver en lo que estás trabajando?

—No lo creo. No. No estoy consiguiendo nada interesante.

—¿Por qué no?

—Me falta talento.

Quise yacer junto a ella en ese jergón. Quise estar muy cansado y dormir a su lado toda la noche.

Poco a poco todas esas cosas con las que ella se había ido rodeando, todos esos materiales reunidos allí, fueron separándose los unos de los otros. Yo viviría aquí entre sus pedazos de cristal y sus astillas de espejo, entre sus tiras y fragmentos de mapas topográficos y astronómicos y cartas náuticas; viviría aquí en esta Atlántida sumergida. Tenía mala luz para ser un estudio, luz proveniente del norte y del oeste y con las ventanas, aunque altas en esta habitación del sótano, al ras del suelo, donde fuera comenzaba a alzarse el edificio. Tal vez me la llevaría al mejor estudio del planeta.

Flower guardaba botones en frascos de vidrio y canicas en cajas. Aquí estaba la tapa de una caja grande como una bandeja sobre la que se amontonaban sogas e hilos multicolores, la corteza plateada y seca de un abedul, pequeños escudos de plástico y cromos, los que yo veía proclamaban *Satellite*, *Coconut*, *Rolls-a-Lot*, *Susie*, *Ramon*, *Camaro*. Yo estaba listo para enamorarme. Yo estaba más que dispuesto si ella me dejaba. En el suelo junto a la pared y entre sus pinturas había uno de esos equipos de

sonido grandes y portátiles, sucio, con huellas digitales que abarcaban todo el espectro de colores. Sonaba a muy bajo volumen, en apariencia constantemente, pensé mientras reconocía una melodía de Billy Strayhorn titulada «Blood Count».

Me gustaba mucho el ambiente en el que vivía Flower. Con tantos objetos intrincados e ininteligibles. Volví a sentirme tremendamente tímido. No podía traducir a palabras casi ninguna de mis reacciones.

Faltaba algo. Ella me miró buscándolo.

—¿Qué?

—¿Dónde está tu viejo y enorme cello?

Rió.

—Está en el auditorio. Estoy en una orquesta de cámara.

—Es verdad. Algo de eso había oído.

—También soy muy mala para eso. Pero puedes llegar a ejecutar cualquier pieza si practicas mucho.

—Pienso que ya que nos estamos poniendo muy personales, lo mejor será que formule la pregunta que intriga a todos. ¿Cuál es tu segundo nombre?

—Sin segundo nombre. De ahí el S. S. N. En todos mis documentos, pero mis hermanas me llamaban M'n'M^[9].

—¡Hermanas! ¿Hay más como tú? ¡Qué mundo más formidable!

—Dos hermanas. Una de ellas está casada con uno de esos imbéciles pseudoactores siempre desempleados. La otra tiene su propio negocio: uno de esos camiones que venden comida frente a las obras. Ya sabes, esos que están recubiertos de planchas de aluminio brillante. Los más bonitos de todos.

—¿Cómo se llaman? Me refiero a tus hermanas. Incluidos sus segundos nombres.

—Daisy y Kali. En honor a mi abuela materna y a la diosa hindú. Así que la llamamos Diosa. En cuanto a sus segundos nombres, mejor que se los preguntes tú mismo. No creo que les guste que te los diga.

—¿La diosa de la muerte?

—¿Te refieres a Kali?

—¿No es Kali la diosa de la muerte?

—La diosa de la muerte, sí, la de color azul con no sé cuántos brazos y esas cejas espesas y negras que tienen todas esas diosas y dioses.

—Guau.

—Kali estaba muy bien en un póster que había en una peluquería. Se la veía muy hermosa y muy azul y con tantos brazos; mis padres no pensaron qué tipo de diosa era o a qué representaba. Ellos eran modernos, estaban siempre en la cresta de la última ola y habían renunciado a todo tipo de concepto. Eran demasiado modernos para preocuparse por esas cosas.

—Quizá tus padres eran hippies.

—Nada de quizá. Nos llevaban a todas esas reuniones del Arco Iris cada verano. Cada cuatro de julio hasta el noventa y tres. Ya sabes, orgías de panteísmo y anarquía.

Después de que Diosa se marchara de casa, ellos se mudaron a La Tierra, esa enorme comuna que queda por Tennessee. Mi padre conoció a mi madre en el sesenta y ocho, cuando era pescador en Alaska. Ella iba todos los veranos a Anchorage a trabajar.

—¿En Anchorage? ¿Haciendo qué?

—Bueno, lo cierto es que era prostituta.

—Fantástico —fue todo lo que pude decir.

—En diez semanas ganaba lo suficiente como para vivir todo el año. Quiero decir, antes... Antes de que se conocieran.

—Diez semanas...

Ella conseguía que todo lo que yo pudiera llegar a decir sonara estúpido incluso antes de decirlo.

—Cuando se conocieron, no; entonces ella abandonó sus temporadas de prostitución, y todo lo que le quedaron fueron los recuerdos.

—Claro, tal vez no estás haciendo otra cosa que tomarme el pelo.

Esto último pareció herirla.

—¿Por qué dices eso?

Ahora teníamos otra de esas pausas, pero no era una de las tuyas, era una de las mías, porque jamás pensé que ella pudiera ser herida por algo.

—... supongo que porque no quiero parecer un tonto crédulo.

—Bueno. Nadie quiere parecerlo. ¿Quieres que te diga lo que me gusta de ti?

—Depende.

—Ya lo sé. Pero lo cierto es que me gustas porque eres pequeño. Todo lo tuyo tiene el tamaño correcto. Hasta tu espíritu. Todo en ti es portátil. Es como si toda tu persona se llevara a sí misma. ¿Y qué es lo que te gusta de mí?

Aunque ya lo había dicho una vez, lo que dije seguía siendo cierto, así que lo repetí.

—Te admiro porque eres salvaje.

Se rió de mí por decirlo y le dije:

—Oh, eres salvaje. Eres ligera. Incluso cuando estás perfectamente quieta pareces lista para ser arrastrada por la fuerza de todos los elementos.

Ahora parecía impresionada.

—Estabas haciendo muy buen trabajo hasta ahora con tu tartamudeo. Pero esto último que has dicho me suena a muy ensayado. O es algo que les dices a todas o has estado pensando mucho en mí. Pensando palabras sobre mí dentro de tu cabeza.

—Anoche soñé contigo.

—Cuéntame.

—No.

—¿Has tenido fantasías conmigo?

Para intentar mantener el equilibrio y la calma me crucé de brazos. La radio emitía jazz a unos tres metros de distancia. Ella seguía de pie. Yo seguía sentado. Me sentí como un alumno, uno de esos alumnos a los que les cuesta aprender.

—Tú eres una fuerza libre en este planeta, de eso estoy seguro. ¿De dónde sacaste ese nombre tan raro?

—¿Me has imaginado? ¿Soy tu fantasía?

—De acuerdo, ya. Está claro que lo eres.

—¿Y con qué has fantaseado, Michael Reed?

—No lo sé. Esta conversación se le acerca bastante.

—Déjame adivinar lo que estás pensando... Vale... Y la respuesta es no.

—¿No?

—No, no son pelirrojas.

—¿Quiénes?

—Mis hermanas. Tienen el pelo castaño.

—Eso no era en lo que estaba pensando.

—Pero Diosa se lo tiñe color platino. Ella es muy estilo Los Ángeles. Bueno, ¿en qué estabas pensando entonces?

—Ahora ya no me acuerdo.

—¡Sabía que podía detenerte!

—Vale, vale. Pensaba en tu concurso de striptease del cuatro de julio. Faltan solo cinco días.

—¿Te gustaría ayudarme a rasurarme?

—¿Rasurarte? —Eso hizo que cerrara la boca dos segundos largos—. ¿No es un poco pronto para eso?

Aunque para mis adentros no hacía otra cosa que decir una y otra vez Dulce y Maldito Seas Jesús.

—Vamos a sentarnos fuera.

Me levanté, la seguí por el pequeño corredor y salimos por la puerta de atrás hacia el Medio Oeste. Trajo consigo una cajita de madera balsa —arce o cedro— con aspecto de cigarrera pero sin ningún tipo de inscripción o diseño. Cuando vio que había despertado mi curiosidad, Flower la abrió para mostrarme que contenía una variedad de sobres, sobres usados, de muchos tamaños y colores, pero en su mayoría de los que se usan para cartas o postales de felicitación. Nos sentamos uno al lado del otro sobre el césped nuevo, ella con la caja sobre su falda, y empezó a inspeccionar los sobres como si buscara uno en particular. Su rodilla se apoyaba ligeramente contra mi cadera. Todo esto estaba muy bien, pero no me parecía suficiente. Quería algo más que un simple roce físico. Algo inesperado. Algo imposible de anticipar. Miré mi reloj: apenas habían pasado las siete; el sol colgaba y se hinchaba en el cielo, las sombras eran largas y frescas aunque el calor todavía se aferrara a la tierra. Una luna con forma de banana se alzó en el horizonte. Algunas nubes viajaban hacia el norte; nubes que podrían esfumarse o traer granizo y tornados. Después de cuatro años en el Medio Oeste yo había aprendido a esperar cualquier tipo de clima en cualquier momento. De algún modo, yo había rechazado al clima, me había construido a mi alrededor paredes que me mantuvieran ajeno a cualquier visita de los

elementos, los había convertido en mis enemigos después de que el clima se hubiera convertido, de hecho, en el asesino de mi esposa y de mi hija.

—¿Me darías una muestra de tu escritura? —dijo Flower.

No sabía cómo responder a eso.

—No estoy seguro.

—Escríbeme algunas palabras. Una oración, una frase, un nombre, lo que sea. — Cerró la caja y la puso sobre mis piernas—. ¿Tienes una tarjeta profesional? ¿De negocios?

Fue entonces cuando noté nuestro movimiento hacia lo inesperado, un desplazamiento en esa dirección que jamás podría haberse predicho. Creo que no intentaré explicar lo que quiero decir. Espero que lo que voy a relatar sea claro por sí mismo. Puse una de mis tarjetas sobre la tapa de la caja y presioné el botón del bolígrafo con mi pulgar. ¿Una frase? ¿Un nombre? Escribí «el nombre del mundo» en el dorso de la tarjeta y volví a poner la caja sobre la falda de Flower.

Miró mi letra y leyó en voz alta la frase. Abrió la tapa, metió la tarjeta dentro de uno de los sobres, lo cerró y lo puso junto con los otros sobres, y volvió a poner la caja sobre su falda. Su bata estaba cerrada hasta el último botón de arriba, que llegaba justo hasta el nacimiento de su cuello. Allí, en su piel pálida había dos venas azules insoportablemente delgadas.

Por qué ella quería pasar esta velada conmigo era algo que solo podía suponer, porque lo cierto es que temía preguntárselo. Me quedé sentado junto a ella, contemplando el final de un día que comenzaba a estar iluminado por la luna, queriendo besarla, pero con miedo de besarla. Al mismo tiempo sentía unas intensas ganas de marcharme, alejarme de ella, o de mí en semejante situación. Pero esa idea también me asustaba porque podía verme a mí mismo a cinco minutos de distancia de allí, acelerando y frenando, tal vez incluso dando un giro con el auto en esos inmensos campos, la única persona en el único auto que podía verse de un extremo a otro del horizonte, y entonces volviendo a girar el auto una vez más para irme a casa, queriendo regresar con ella, pero con miedo de regresar.

Ahora voy a interrumpirme a mí mismo y no conozco otra manera de señalarlo más que diciéndolo.

Releyendo las páginas de estas memorias mías, veo que he producido una impresión equivocada. Veo que parece como si todo lo que he estado recordando aquí conduce únicamente al relato de una aventura de una noche, y que la cuestión más crucial y pendiente entre Flower y yo era la pérdida de una especie de virginidad madura. De la lectura de estas páginas parece también implícito el hecho de que yo no volví a tener relación alguna con mujeres desde que perdí a mi esposa. Eso no es cierto.

Lo peor de mi desequilibrio había pasado en un par de años. No me atrevo a aburrir ni siquiera a uno de esos psiquiatras muy caros con los detalles de mi vida amorosa, mi vida sexual, durante ese período. Solo diré que es mucho menos que

nada. Lo que quiero decir es que ni siquiera me permití tener un pensamiento de tipo sexual o algún tipo de deseo, sexo y deseo no eran más que un parpadeo de segundos en mi mente durante los dos primeros años de mi viudez. No solo porque mi dolor me hacía fiel a mi esposa, sino también porque yo estaba sufriendo por alguien que estaba muerto, y la muerte es algo muy físico. Yo no quería cosas físicas. Ni siquiera quería saber de los hechos detrás de las cosas; así, de una manera secreta, me había convertido en alguien que llegó a odiar toda verdad en sí misma.

Esta dimensión extraordinaria de la soledad, este asco por el mundo y, al principio, hasta por todo aquello con lo que estaba hecho el mundo, me pareció por entonces algo único e invaluable. Pero ahora puedo ver que se trataba de algo de lo más común, y que lo que me daba asco era comprender que todo llega a su fin.

Así que esta triste revelación no me alcanzó por primera vez mientras esperaba junto a Flower a que ocurriera algo entre nosotros. Y no fue ella la mujer que rompió y me liberó del hielo que me aprisionaba. Un mes o algo así después del segundo aniversario de mi viudez, fui con una prostituta. O, mejor dicho, ella vino a mí, vino a mi habitación en un hotel de Washington donde me alojaba con los gastos pagados por un comité del Senado que investigaba ciertos asuntos de ética y que estaba llevando a cabo unas audiencias. (Se me pidió que fuera a Washington, pero nunca me llamaron a testificar.) Una mujer alta de unos treinta años, la única prostituta con la que alguna vez me relacioné en términos profesionales. Le expliqué mi situación, ella fue muy comprensiva, hasta se negó a que le pagara, hicimos el amor. Al principio, como dije, se negó a cobrarme, pero después comenzó a preguntarse si no la habría engañado con una historia triste y acabó pidiéndome su dinero por una cuestión de principios. Finalmente, decidió que yo no podía haber sido tan falso sobre una parte de la vida tan real, y ya no quería mi dinero. Pero yo insistí. Y ella aceptó. Así fue como ocurrió.

No me sentí especialmente villano, tampoco sucio. Me sentí como si hubiera estado con una mujer; como si ese encuentro hubiera significado algo, no demasiado, para ambos; y luego ella se hubiera ido.

Así que todo esto no tenía nada que ver con aquello.

¿Tiene algún sentido esto que estoy relatando? ¿Estoy siendo legible? ¿O no hago otra cosa que tartamudear? Yo pienso que existe una posibilidad de que mi historia acabe resultándole útil a alguien. Esa es la razón para ponerla por escrito. No es una simple ayuda para un autoexamen en privado. ¿Pero estoy siendo demasiado reflexivo? ¿Demasiado introspectivo?

El punto justo de donde surgían los huesos del cuello de Flower se veía justo encima de donde terminaba su bata y, justo debajo, comenzaban las imperfecciones y los lunares en la carne sobre su esternón. Permitir que mi esposa y mi hija murieran. No creía ser lo suficientemente cruel como para poder hacerlo. Pero a eso era a lo que me invitaban las imperfecciones de la piel de Flower. Había una especie de petición implícita respecto a que Anne y Elsie debieran morir, y a que dependía de mí que

pasara.

Tenía que aliviar la tensión, la mezcla de vergüenza y deseo, tenía que decir cualquier cosa:

—Me gustaría leer las frases que hay dentro de tus sobres. Ver qué escribieron las otras personas.

—No puedo permitírtelo.

—¿Por qué?

—Porque entonces, cuando todas esas palabras vuelvan a estar dentro de la caja, ya no estarán en un sitio oscuro. La luz habrá entrado allí y ellas serán devoradas lentamente. Una luz tenue. Una luz deteriorante. La luz que sale de tu mente.

—¿Qué quieres decir? ¿La luz de mi mente en particular o la luz de cualquiera que las lea?

—La de cualquiera. Si alguien descubre lo que dicen, su perfección comenzará a deteriorarse lenta pero irrevocablemente.

—Pero tú sí sabes lo que dicen, ¿verdad? Tú las has leído.

—Sí. Pero si alguien más las lee, todo eso que han estado haciendo dentro de mí acabará destruido.

Entonces me miró con una expresión muy vívida y comunicativa en su hermoso rostro. Una expresión que decía que ella estaba más que dispuesta a asumir todo lo que me estaba explicando como algo absurdo y gracioso; pero al mismo tiempo emanaba de sus ojos una profunda curiosidad por ver si yo comprendía sus palabras en algún punto. Yo creí comprenderla. Pero no creo que ella creyera que fuese así.

Y la besé. Rocé su manga con mis dedos. Ella no me rehuyó. Tiré de su manga hacia mí y ella se acercó más y puse mis labios sobre los suyos.

—Vale —dijo—. Volvamos dentro, por favor.

Me tomó de la mano y acomodó la caja en el hueco de su axila. De entrada, golpeó con la punta de su bota el tope de goma con el que mantenía abierta la pesada puerta y esta se cerró a nuestras espaldas. Dejó su caja de frases en el aula junto a su jergón y nos metimos entre sus pliegues de nailon. Era un saco de dormir, algo poco mullido sobre un suelo de cemento. Durante unos minutos nos besamos con salvajismo, pero yo me sentía como un hombre en el vecindario equivocado, esperando en cualquier momento descubrir la calle que buscaba, preguntándome adónde se había ido y cada vez más asustado y sin saber adónde iba. Ella era muy dulce, no parecía guardarse nada, ningún ligero desvío del camino, no se reservaba ningún sitio nada más que para ella, nada de maldad o ironía, ninguna forma de esa curiosidad del que observa las cosas con la objetividad de quien se sabe ajeno, ninguna de las estrategias con las que ella hubiera podido hacer de todo esto nada más que una aventura con un hombre mayor.

—Cuéntame tu sueño. Ese que no quisiste contarme.

—Te vi en una habitación llena de extraños. Sobre un escenario. Te estaban estudiando. No era más que un sueño.

Mientras me besaba, desabrochó mi cinturón y yo la ayudé con el resto. Estaba en calzoncillos boxer blancos y no paraba de besarla; nuestras manos se encontraron en los botones del cuello de su bata.

—No es esto —le dije.

Ya no sentía ningún deseo por ella. Yo volvía a caer en ese agujero donde, con una sensación tan física como precisa, yo no podía sentir ninguna forma de deseo.

Apreté con fuerza sus manos, pero no sirvió de nada.

—Me voy.

Busqué mi ropa, recogí del suelo aquello que parecía mío y me cubrí.

—Lo siento mucho —le dije.

Con la camisa abierta, descalzo, llegué hasta mi auto, arrojé mis calcetines y zapatos en el asiento de atrás y me agarré con desesperación al volante. Ella estaba de pie en los escalones superiores, nada más que una forma. Una forma que contenía...

Ese —ahora— era el punto que yo había querido alcanzar con ella. Todos los momentos predecibles ya habían quedado atrás y yo supe que bastaba un paso más para que nos adentráramos en momentos imposibles de prever. Abrí la puerta, saqué los pies y me puse los zapatos. Me abroché la camisa mientras miraba su forma. Apagué el motor y volví junto a ella.

Ella ya no estaba. Lo que pensé que había sido su forma en los escalones tal vez nunca hubiera estado allí. Subí las escaleras que llevaban a la puerta, entré y descendí por las escaleras que iban hacia el sótano.

La vi al final del pasillo, había salido a ver quién era, supuse, luego de oír el sonido de mis pasos acercándose. Volvió a abrirme la puerta. Desde fuera comenzó a colarse una tibia y verde niebla que pronto llenó el corredor y comenzó a moverse por él con una casi audible suavidad.

Vino hacia mí trayendo el mensaje de un dios desaparecido:

—¿Te gustaría escuchar la historia de mi nombre?

Yo percibía su estudio, a mi derecha, lleno de objetos fantasmales y cosas esqueléticas.

Otra vez:

—¿Te gustaría escuchar la historia de mi nombre?

No dije palabra.

—Es un cuento ilustrado. Un retrato además de una historia.

Buscando alguna cosa, Flower comenzó a pasear sus manos entre sus incontables objetos, los múltiples caracoles marinos, ramilletes de plumas de pavo como ojos abstractos sobre cuellos blancos, madejas de hilo de todos los colores, papel metalizado en nudos brillantes, botellas en miniatura que podías llenar hasta los bordes con el contenido de un dedal, cosas sombrías y transparentes, púrpuras, azules, verdes. Ella había hecho de su mundo un espacio para todas estas cosas, para los vagones y accesorios de trenes en miniatura, locomotoras en especial, pequeñas y negras y con motores pesados; nidos de pájaros con cascarones de huevos turquesa y

ámbar, moteados; cosas cuya muerte había sido suspendida gracias a la capacidad de Flower para amarlas. Cosas que no estaban guardadas en cajas y etiquetadas para su uso eventual, sino que aparecían dispuestas y desparramadas a plena luz para ser halladas y contempladas. Cosas abiertas a encuentros con extraños.

—Antes de que pueda contarte la historia de mi nombre —dijo Flower—, me parece que tengo que contarte la historia de tu rostro.

Me sentí mejor cuando me explicó esto.

—Una historia triste y fea —le dije.

—¡No quiero hacerlo! Pero es necesario.

Ella había encontrado un bloc para bocetos, unas hojas grandes unidas por una espiral. Se sentó sobre un taburete frente al caballete más cercano, acomodó allí el bloc, tomó un lápiz grueso del pequeño estante del caballete y comenzó, supongo, a dibujar. Flower era zurda.

—Tus labios son finos. Tienes un espacio muy grande entre el labio superior y la nariz, como los monos, pero te salvas de tener cara de mono porque tu barbilla es muy pequeña y no hay suficiente rostro bajo tu boca para tener cara de mono. Tu nariz es pequeña y demasiado respingada. Muestra demasiado sus agujeros. Eso hace que tus ojos parezcan un poco atontados y hasta temerosos.

Se detuvo un momento y sacó punta a su lápiz.

—Tus ojos son de un azul muy hermoso. Tienes mejillas redondas y agradables y cejas muy pobladas. Cejas muy bien definidas. Tu cabello también es agradable, muy rizado y tupido, con muchos colores, castaño, rubio, algo de azul y mucho gris. Y eres pequeño.

Flower se incorporó e inspeccionó el dibujo un minuto, el bloc en su brazo extendido, mirando a la hoja y a mí una y otra vez. Luego me lo enseñó. Era un retrato rápido, pero reconocible.

—Tus manos son pequeñas. Ya te dije que tienes una pequeñez interna y externa que resulta muy atractiva, por lo menos para mí.

—Gracias. Supongo.

—La historia de tu rostro ha concluido.

—Todavía más agradecido.

—Ahora la otra historia. Una vez fui secuestrada por un tipo que me llevó a una casa hecha con pastel de jengibre.

—¿Perdón?

—Esta es la historia de mi nombre.

—Okey. De acuerdo.

—Un día, cuando yo era una niña, un hombre me sacó de mi hogar y me llevó a una casa hecha de pastel de jengibre. Él era pequeño como tú, Michael; su nariz era muy respingada, como la tuya, y su barbilla era demasiado pequeña, como la tuya. Pero su rostro era muy delgado, toda su cabeza era delgada, y tenía las orejas grandes y graciosas. No como las tuyas. Tus orejas son muy lindas. Yo tenía cuatro años. Una

mañana pasó por el patio trasero de mi casa y me llevó con él. No me encontraron hasta la noche. Él me cantó una canción.

—¿Tuviste miedo?

—No. Y tampoco siento miedo al recordarlo. Pero todos aquellos a quienes les cuento la historia sí sienten miedo.

(Me miró intrigada, supongo que buscando mi miedo. Estoy seguro de que mi miedo estaba allí y que ella lo encontró. Aun así esas palabras salieron de mí y yo no sabía siquiera lo que significaban —ahora las recuerdo, las oigo— pero entonces dije: «Todavía no puedo sentir nada». Y Flower no comentó nada sobre mis palabras. Tal vez ni las hubiera oído.)

—No recuerdo mucho. En ocasiones, cuando intento recordar lo sucedido, es como si otra niña ocupara mi lugar. Una niña casi triste que me mira. No es que entonces yo pensara en la tristeza, así que no puedo saberlo, pero casi puedo asegurar que esa niña está triste. Y esto es lo que también recuerdo: era de mañana y yo estaba jugando en el jardín. Yo pensaba en hacer alguna travesura. El patio trasero estaba bordeado por un cantero de flores de casi dos metros de ancho creciendo contra los bordes del muro de roca que lo rodeaba. Era primavera. Yo miraba la tierra y de algún modo comprendí, sin recordarlo exactamente, que mi madre y mis hermanas y yo habíamos plantado allí bulbos durante el otoño, bulbos de tulipanes, y yo sentía que esos bulbos estaban creciendo bajo la tierra. Yo quería cavar para poder verlos. Esa era mi travesura. No me importaba molestar a los bulbos. Vi al hombre de pie en una de las esquinas del patio. Había entrado pisando los canteros de flores, podía ver sus huellas tan definidas como las huellas en uno de esos cómics graciosos: grandes y divertidas huellas sin nada a su alrededor. Supongo que era un hombre pequeño. Yo sé cómo era y lo que él me parecía; puedo cerrar los ojos y volver a verlo ahora mismo. Parecía tener el tamaño correcto, un tamaño amigable, no un tamaño intimidatorio como el de la mayoría de los adultos que conocía entonces. Su cabeza era muy estrecha, con forma como de cuña. Había estado mirándome, vigilándome, mientras yo inspeccionaba los canteros de flores, y entonces me dijo: «Si yo fuera una niña, me gustaría ser una flor». Entonces yo le respondí rápido: «¡Yo soy una flor!». «¿Eres una flor?», me preguntó. Yo no sabía qué decirle. Yo hubiera querido que él me dijera: «¡Sí! ¡Eres una flor!». Pero no hizo nada de eso, ¿verdad? Y no puedo ver mucho más acerca de él, nada de lo que esté completamente segura. Creo que llevaba pantalones de pana marrón y un jersey un poco deshilachado; pero eso tal vez lo haya imaginado y agregado después. Él me dijo: «Puedo ponerte sobre la pared. ¿Me permitirás ponerte sobre la pared? Prometo que no te dejaré caer». Mi madre estaba a unos diez metros, en la cocina. Tenía el estéreo funcionando a todo volumen. Música fuerte...

(La interrumpí: «¿Qué tipo de música?», le pregunté. «Del tipo rock and roll bien hippy», me respondió. Supuse que sería algo así, pero yo preferí imaginar que lo que se oía era el himno de la secta de los frisonos.)

—Cuando me tuvo sentada sobre la pared me dijo: «Puedo trepar». Trepó por la pared. «Mira cómo trepo», me dijo. Y saltó al otro lado diciendo: «¿Puedo bajarte de la pared? Déjame hacerlo». Me enseñó un auto estacionado en el camino de tierra que corría frente a las casas. «Este es mi auto», me dijo. No me acuerdo qué tipo de auto era. Tampoco recuerdo estar dentro del auto, moviéndome o viajando. Recuerdo un bosque que cubría todo, como en un cuento que siempre supe que me sucedería, como uno sueña que algún día conocerá a alguien famoso, a quien todos conocen. El bosque famoso. El bosque que siempre aparecía en los cuentos de hadas que te contaban antes de dormirte. Recuerdo el interior de una habitación muy pequeña y de techo muy bajo; recuerdo haber comprendido que este era su hogar, que yo me senté en una sillita y él se sentó en una gran silla y que era una casa hecha de pastel de jengibre. Desde entonces, cada vez que huelo jengibre, todos estos recuerdos vuelven siempre tan rápido y vívidos, que me mareo. No recuerdo mucho el tiempo que pasé allí. Recuerdo que conversamos, o que él me dijo cosas que a mí no me parecían muy importantes. Yo estaba esperando a alguien más, a que llegara alguien para que pudiera empezar el espectáculo. Esa era la sensación que yo tenía: la de estar esperando. Todo eso no contaba mucho, estar ahí sentada, porque yo estaba esperando otra cosa. Creo que estuvimos sentados durante un rato largo. Tal vez horas. Sé que estuve fuera de casa varias horas, eso es verdad, pero no recuerdo haber hecho otra cosa que haber estado sentada allí, en esa habitación pequeña, como en el interior de una seta, y recuerdo haber pensado: «Esta es una casa de pastel de jengibre, y esta habitación es una seta. Yo creía que él era un hombre de mentira que se había vuelto de verdad, como ya había ocurrido con el bosque de los cuentos que ahora era real. Nos sentamos en la seta en la casa de pastel de jengibre. Estaba oscuro y no había mucho espacio. Él habló y yo no recuerdo qué dijo. Solo recuerdo dos cosas. Me dijo: «Ella es ciega». «¿Quién es ciega?», le pregunté. Pero no me respondió. Pensé que no sabía la respuesta. Pensé que conocía a alguien que era ciega pero que no sabía quién era. Cantó una canción. Yo nunca había oído esa canción. Si vuelvo a oírla alguna vez en mi vida, estoy seguro que la reconoceré de inmediato. Pero ahora no recuerdo nada de ella así como ninguna imagen precisa de él cantándola. Solo recuerdo que el hombre de la casa de pastel de jengibre cantó una canción. Y recuerdo que me dijo, «Ella es ciega», y que yo le dije, «¿Quién es ciega?», y que no me respondió.

(En cuanto a mí, el oyente de la historia, ustedes pueden pensar que estar allí sentado y quieto me habría servido para recuperar algo de control. Todo lo contrario: yo me sentía cada vez más nervioso. La sensación de haber sido liberado del poder de Dios me había dejado en paz, pero en una paz que flotaba en un nuevo reino de emociones, en un caldero. Vi a Flower regalando su desnudez sobre un escenario deslumbrante, pequeño y perfecto y rodeado por la oscuridad, como una escena que tiene lugar en una gruta secreta.)

—El vecindario me buscó durante toda la mañana. A primeras horas de la tarde se

les había unido la policía. Mucho después del anochecer, dos policías me encontraron en un camino al borde del bosque. En ningún momento había tenido miedo del hombrecito. Pero los dos policías me asustaron mucho y yo no podía parar de llorar. Intentaron ser simpáticos, pero para mí eran como dos robots gigantes. Su auto era como una horrible nave espacial. Me preguntaron dónde había estado, pero yo no les respondí. Más adelante pensé en todo aquello, recordé todo lo que debería recordar. Lo que he venido recordando desde entonces. Recuerdo que él dijo: «Ella es ciega. Y su nombre es Flower». «¿Soy yo? —le pregunté—. ¿Ese es mi nombre?» Entonces es cuando recordé a la otra niña. No la veo. Solo recuerdo que de algún modo yo sabía que ella estaba allí. Qué él me dijo que su nombre era Flower. Y así fue como mi nombre también se convirtió en Flower.

Flower se sentó junto a su caballete y me miró en silencio el tiempo suficiente como para que yo finalmente comprendiera que su historia había terminado.

—¿Cuál es tu nombre, tu verdadero nombre?

—Mi nombre verdadero y legal es Flower Cannon.

—Pero no lo fue originalmente. ¿Cuál era tu primer nombre?

—Micah. Micah James. Sin segundo nombre.

—Es hermoso... ¿James?

—El apellido de mi madre era James. Mis padres no se casaron hasta que yo cumplí siete años, hasta después de que naciera Kali. No creo que hubieran planeado casarse entonces, porque de ser así no le hubieran puesto Kali, no cuando su apellido sería Cannon. ¡Kali Cannon! Por entonces cambié legalmente mi nombre por el de Flower. Mejor dicho, mis padres lo hicieron porque yo se lo pedí. No hablé nunca de lo ocurrido. Pasaron años antes de que les contara algo a mis padres. Cuando se lo dije, se pusieron un poco locos. Mi madre, al menos. Mi madre se puso de pie en medio de la sala, levantó la mesita del café por encima de su cabeza y la estrelló contra el respaldo de una silla. Nunca me preguntaron nada; por eso hasta entonces nunca les había contado nada. Al principio yo pensaba que ellos estaban al tanto de todo, como si lo hubieran visto, como si mi vida fuera una serie televisiva de la que, por supuesto, ellos jamás se perdían un episodio y mucho menos el episodio que contaba de dónde venía mi nuevo nombre. Además de a ellos, se lo he contado a muy pocas personas. Y, hasta ahora, hasta hoy, a ningún otro hombre con excepción de mi padre. No es un secreto, pero lo considero algo muy valioso y lo cierto es que jamás sentí que fuera algo que tuviera que contarle a cualquiera, porque me daría miedo que más tarde volvieran y de algún modo me lo robaran. Que me lo robaran y que pusieran otra cosa en su lugar que se le pareciera y se sintiera como auténtico, pero que ya no fuera la verdadera historia, que ya no fuera tan valiosa.

—Flower, ¿por qué me lo cuentas a mí? —Era una pregunta desesperada.

—¿Por qué? Porque tienes el rostro indicado. Porque entiendes cómo era aquel hombre. El hombre de la historia. Porque en ciertas cuestiones importantes tú te le pareces mucho. No, no es que seas igual que él; pero creo que él sentía lo mismo que

sientes tú cada vez que se miraba en el espejo. Cada vez que miras tu rostro. Si es que lo miras. ¿Lo miras, Michael?

—No.

—No. Lo lavas, lo afeitas, pero no lo miras. Pero ¿solías mirarlo?

—Hace mucho. Cuando era un adolescente, supongo.

—Tiempo después recordé a la otra niña. Estoy segura de que me miraba. No era ciega.

Esto fue lo que llenó ese sótano de miedo, esta simple afirmación: «Estoy segura de que me miraba. No era ciega». ¿Qué era lo que conectaba esas palabras que salían entre los labios de Flower con el accidente en el que había muerto mi familia? Esas palabras me hacían comprender que yo ya no podría seguir soportando la muerte de mi hija. Iba a quebrarme. Tendría que dejarla partir.

No estoy seguro de haberme despedido. La marea de mi propia confusión me arrastró fuera del estudio y me hizo subir las escaleras hasta salir del edificio. Una vez más estaba dentro de mi auto, pero esta vez iba a irme. Allí estaba el viejo edificio encorvado en un anochecer que parecía cada vez más pálido en lugar de más oscuro a medida que iba desangrándose de luz. Podía distinguir la forma del rostro de Flower en una de las ventanas que daban al sótano, observándome, supongo. ¿Era su historia la historia de un fantasma? ¿El fantasma de mi hija? Arranqué el auto y me alejé de allí.

No he vuelto a verla o a oír de ella desde entonces.

Aceleré al entrar en la Autopista Vieja y conduje rumbo al este, lejos del soleado borde de las llanuras. No iba muy rápido, al menos no al principio, pero las hileras de cultivos comenzaron a pasar más veloces y, en la vertiginosa exactitud de su perspectiva en constante alteración, las hileras se curvaron, se abrieron y se cerraron mientras yo corría entre los campos. Digo que aceleré, pero yo sentía como si hubiera confundido las marchas del auto y en realidad fuera proyectado hacia atrás. Como el pasajero a bordo de una de esas atracciones de feria, yo sentía la extraña satisfacción de saber que todo había sido pensado para asustarme, para divertirme, y que no tardaría en llegar a su fin. Me pregunté si todo lo que sentía significaba que estaba cerca de la muerte. No tenía ningún motivo para pensarlo, pero lo pensé igual. Pisé el acelerador hasta el fondo sin dejar de mirar hacia delante mientras el terror de la alta velocidad despejaba mi frente congestionada y me hacía sentir en la boca un sabor parecido a monedas de cobre. Y conduje como una lanza por los pueblos pequeños, miniaturas que no eran otra cosa que parte del trabajo obsesivo dentro de una gran representación, flotando por los campos de maíz y soja, cada vez más rápido hacia una conclusión profunda y violenta donde me arrancarían el corazón para devorarlo mientras yo miraba cómo lo comían. El sol se había puesto, pero los campos aparecían bañados por el resplandor del anochecer. Yo quería tambalearme en las orillas de esta inconsciente iridiscencia para arrojarme sobre la cosa que más amaba, la favorita entre todas las cosas. Una vez que me hube agotado por ir tan rápido, me

acerqué a unas hierbas que crecían a un lado del camino. Detuve el coche en medio de la brillante y circular mesa del planeta. Mientras tanto, el anochecer se negaba a morir. Todo era visible, y hasta había luz suficiente como para que yo leyera el título del folleto que me habían dado en la Cofradía de Frisia: «Ven junto al Padre».

Lo recogí del salpicadero y leí sus escasos párrafos. Me sentí desilusionado por lo que decía. Su autor insistía en que la experiencia íntima de la conversión era lo más importante. Lo cierto es que, teniendo en cuenta mi estado mental de entonces, yo esperaba y necesitaba revelaciones mucho más extrañas y no tan obvias: «Los zapatos marrones son trascendentales», «La atención a la longitud de tus uñas es algo crucial», «Todo depende del cielo».

Estuve a punto de hacer el amor con Flower, pero ni siquiera la había visto desnuda. En más de una ocasión la había visto desnudarse, pero no en esta. Había llegado a desabrocharse su bata, eso había sido todo. Esta vez el desnudado había sido yo. Una desnudez súbita y largamente postergada al mismo tiempo. ¿Había sido ella la causante? ¿O simplemente fue testigo?

Pensé en lo que ella me había dicho, la oí decirlo dentro de mi cabeza, no podía dejar de oírla, deseaba que jamás hubiera pronunciado esas palabras: «Estoy segura de que me miraba. No era ciega».

Continué conduciendo hacia la mitad más oscura del mundo. Ahora el horizonte era como el mar alrededor de ciertas islas, color negro alquitrán, fundido con la noche. A mitad de camino del cielo, a mi derecha, flotaba la luna nueva. Satisfecho de que las tinieblas me hubieran encontrado, sintiéndome de algún modo bien escondido de mí mismo, puse el auto rumbo a casa...

... adonde llegué luego de una hora. Pasé un rato largo abriendo la puerta, que nunca había utilizado hasta entonces, del pequeño garaje de mi casa, y metí el BMW. En la penumbra no podía distinguir el color del vehículo, y ahora me daba cuenta de que ni siquiera me había molestado en percibir su color bajo la luz. No puedo pensar en una traición más significativa, quiero decir, no puedo pensar en una contradicción más clara de mi yo anterior, que la de comprar este coche después de cuatro años de duelo por dos víctimas de un accidente de tránsito. Presioné el botón y salí rápidamente de allí mientras la puerta descendía. Me quedé en la acera mirando hacia un cielo de nebulosas del que, con todo, no descendía ni un rayo de la luz de las estrellas. Ese sonido como de cascada que se oye en los estadios me cubrió por completo, primero estallando y luego desvaneciéndose. A una calle de distancia estaba el colegio de secundaria, o al menos eso tenía entendido: una estructura baja, como de penitenciaría, rodeada por terrenos pisoteados. Por las mañanas, las pisadas de los estudiantes podían oírse en todo el vecindario. No estaba allí por las tardes, por lo que nunca supe qué es lo que hacían entonces los estudiantes.

Busqué una botella pequeña de Pellegrino en mi refrigerador y fui caminando hacia el colegio de secundaria donde se estaba jugando un partido nocturno de béisbol. El estadio estaba en un valle —¿una hondonada?—, en una de las pocas

depresiones de terreno significativas en el paisaje de esa área. El mundo entero parecía haber resbalado hacia el fondo de ese cuenco. El campo de juego de debajo estaba definitivamente verde de vida vegetal y casi blanco de luz eléctrica, flotando en una vacía negrura.

Miré el resto del partido. Parecía ser uno de los partidos importantes. Los aficionados se agitaban como un líquido rugiente y excitado. Desde donde yo estaba no podía distinguir la pelota, no tenía evidencia alguna de ella a excepción del ocasional y muy pequeño ruido que hacía contra un bate, así que todo este complejo comportamiento, toda la gracia de los jugadores y la conmoción que provocaban sus acciones, me parecían algo completamente vano y gratuito.

Pensé en Flower Cannon, en su estudio como una caverna hundida, en sus pequeños y azarosos tesoros, en su colección de sobres. Deseé poder leer las frases escritas por otros. Estaba seguro de que ella había conseguido guiar a cada uno de nosotros hacia ese instante en el que brotaba una gota de nuestra esencia —algo delicadamente insano y para nada «lerdo»— para enseguida capturarla y meterla en su caja. Yo estaba seguro de que su caja de cedro era un hermoso zoológico de expresiones. Y el más fino logro en todo su arte.

No podía apagar para que dejara de sonar el recuerdo de su voz: «Estoy segura de que me miraba. No era ciega».

Permanecí mirando hacia el campo de juego hasta que el sonido de los autos que partían de él se extinguió casi por completo, hasta que las gradas quedaron esqueléticas y desiertas, hasta que los focos de las torres de luz se extinguieron con un ¡zunk!, dejando una oscuridad que por un momento no me pareció solo profunda sino, además, completamente personal y mía. Mis ojos se ajustaron al cambio de iluminación, la noche de todos volvió a envolverme y me puse de pie mientras me sacudía el polvo de la parte de atrás de mis pantalones tras pasar la botella de Pellegrino de una mano a otra. Cuando un coche repleto de muchachos que gritaban pasó a toda velocidad a mi lado, yo les grité «¡Tranquilos!», y ellos, a modo de respuesta, me gritaron «¡Vete a la mierda!». «¡A la mierda vosotros!», les respondí. Llegaron hasta la esquina, dieron la vuelta y volvieron a pasar junto a mí, todos los ocupantes del auto gritaban algo incomprensible, como el sonido de las ruedas de un tren que pasa.

—¡A LA MIERDA! —grité.

El auto se detuvo de golpe. Sus ruedas chocaron primero contra el bordillo derecho y luego el izquierdo mientras ejecutaba un rápido y torpe giro en redondo para luego apuntar hacia mí otra vez y venir en mi dirección muy despacio y haciendo mucho ruido. El resplandor que se acercaba golpeó mi cabeza de lleno como un relámpago en una habitación desnuda.

Les arrojé la botella con todas mis fuerzas, como si la estuviera arrancando a la tierra y lanzándola al mismo tiempo. Puse tanta energía en el lanzamiento que sentí el tirón en los tendones de mis piernas, detrás de las rodillas. Incluso por encima del

estruendo del motor del auto pude escuchar el ruido del golpe que hizo la botella al chocar y romperse.

El auto me esquivó justo antes de atropellarme; se subió a la acera y se detuvo sobre el césped a unos cinco metros de donde yo me encontraba. Una estrella negra, llena de potencial atómico, oscura y peligrosa. Rugía y respiraba. No ocurrió nada más durante algunos segundos. Entonces, de golpe, el auto pareció reventar: las cuatro puertas se abrieron al mismo tiempo.

Vinieron hacia mí, varios muchachos, no puedo decir exactamente cuántos, y enfrentado a la evidencia de la abundancia de su vigor y de sus vidas, yo sentí que me llenaba como un globo; me llenaba hasta casi explotar; estaba lleno de una furia incontenible. ¡Cómo había soñado con esto siendo profesor! Cargar contra una escuadra de estudiantes, tantos como pudiera, y caer junto a ellos en la tierra clavando uñas, pateando, mordiendo. Quería desgarrar sus bocas y arrancarles los ojos, un codo se clavó en mi ojo, una rodilla en los riñones. Yo necesitaba, por lo menos, estrangular a uno de ellos.

—¿Qué le pasa a este tipo?

—¡Qué te pasa a ti!

—¡Está loco! ¡Ha perdido la cabeza!

—¡Está chiflado! ¡Es uno de esos maníacos depresivos o como se diga!

—¡MALDITO DEMENTE!

No tardaron nada en tenerme indefenso y apoyado contra uno de los lados del coche, un par de chicos gruñían y se encargaban de inmovilizar mis brazos mientras otro, desde el suelo, abrazaba mis piernas.

—¡CINCO CONTRA UNO! —aullé.

—¡Esto va a costarle! ¡Esto va a costarle muy caro! ¡Y más le valdrá pagar! ¡Este es el auto de mi padre!

—Lucharé con ustedes de uno en uno —les dije.

Y me temo que yo sí estaba loco. Lo decía en serio. Comencé a forcejear cuando sentí manos metiéndose en mis bolsillos.

—¡Tranquilo! ¡Quédese quieto! Mire... no quiero robarle. Solo busco su carnet de conducir.

Uno de los chicos me había soltado —el que había dicho que el coche era de su padre— y ahora se agarraba la cabeza con ambas manos.

—¡Podríamos decir que fue un pequeño accidente! Como cuando uno, como cuando uno, como cuando uno... ¡no sé! —Dejó caer los brazos—. ¿Usted tiene seguro? Más le vale *tener* seguro. Solo queremos el número, el número de su carnet... ¿Dónde tiene su carnet?

—No lleva cartera. ¿No tiene cartera?

—La dejé en casa.

—¡Usted arrojó una *roca* contra *mi* auto! —dijo el conductor—. ¿Cuántos años tiene?

Una buena pregunta. Yo comenzaba a sentirme muy mal. Aun así, también pensaba que no estaría mal hundirle al muchacho la cara de un puñetazo.

—Vivo a una calle de aquí —les dije—. Vengan conmigo y les daré algún tipo de identificación.

Me di cuenta de que había estado conduciendo los dos últimos días con el permiso caducado. Hacía años que había expirado y había sido emitido a medio continente de allí.

—¡No voy a dejar que se suba al auto de mi padre!

—Y yo no pensaba hacerlo —dije—. Iré caminando.

—¡No vaya a pensar en escaparse! ¡No voy a perder de vista su culo y no me importa si usted... No me importa si usted...

No pudo decir qué era lo que no le importaba.

Me siguieron en el auto, muy despacio y conversando sobre mí en voz alta. Parecían estar alcanzando en su conversación una especie de sólido acuerdo en cuanto a que yo no podía sino ser otra cosa que un esquizofrénico.

—¿Vive *aquí*? —dijo el conductor una vez que hubo entrado en mi casa.

—Ese permanente tono de alarma en todo lo que dices está empezando a ponerme nervioso —le dije—. ¿Podrías cambiarlo?

—¡Está vacía! ¡Está todo en cajas! ¿Cuándo piensa irse?

—No me voy a ninguna parte. Ni siquiera tengo auto.

Este último era un hecho tan preciso como engañoso, y lo cierto es que me sentí muy feliz de comunicárselo. Lo cierto es que yo también comenzaba a compartir sus sospechas de que, después de todo, yo podía desaparecer para siempre esa misma noche.

Tenía allí, creo, nueve cajas y una maleta, y un plan, o una esperanza, de que todo eso cupiera en el auto. Habría enviado la mayoría de las cajas por camión, pero lo cierto es que no tenía ningún destino preciso para ellas o para mí.

—¡Dios! ¡Es peor que un niño! —dijo el muchacho.

Los cinco estaban hombro contra hombro esperando en la pequeña galería de mi casa, empujándose un poco entre sí para espiar dentro, hacia el vestíbulo en sombras, mientras yo buscaba mi cartera en un bolsillo de mi chaqueta deportiva.

El conductor deliberaba con los otros hasta que comprendió que consultar con ellos no le sería de ninguna utilidad; eran muy jóvenes, estaban perplejos y borrachos, entretenidos con su problema. Creo que fue entonces cuando decidió llamar a la policía.

Dejé que todos entraran mientras él usaba el teléfono. Mi sala albergaba ahora a una especie de monstruo de varias cabezas con salud perfecta y buena posición social.

—Nada más que cajas —repitió uno de ellos.

—¿No puede encender una luz?

—Escúchame, basura —le dije—. Los números se iluminan cuando levantas el

auricular. Si no te gusta puedes ir hasta el centro del pueblo y usar un teléfono público.

Comprendí que podía llegar a decir cualquier cosa. A cada minuto que pasaba me sentía más y más desenfrenado y ridículo, más y más estúpido y enojado conmigo mismo.

Dos agentes se bajaron de un coche patrulla y se dirigieron hacia el frente de la casa, donde nos encontrábamos como dispuestos para practicar algún deporte: cinco compañeros de equipo rodeando a un rival que en cualquier momento podía escaparse corriendo. Uno de los agentes se hizo cargo de la situación mientras el otro permanecía a su lado arbitrando el asunto soltándoles a los jóvenes un «¡Chisss!» de tanto en tanto.

El chico explicó lo sucedido sin demora pero repitiendo demasiadas veces las frases «¡El auto de mi padre!» y «¡Lo único que hacíamos era dar una vuelta!».

—¿Este carnet es el más reciente que tiene? —me preguntó el oficial. Le dije que sí.

—¡Su casa está llena de cajas! ¡Se va a ir de aquí, agente! ¡El auto de mi padre!

—¿Cuánto has bebido esta noche, hijo?

—¿Yo?

—A ti es a quien le estoy hablando, ¿no?

—¿Yo? Vale. Un par...

Otro de los muchachos lo interrumpió.

—Yo no bebí nada, agente. Y yo era el que iba conduciendo.

—Vale —dijo otro de los amigos—. Nos bebimos doce cervezas. Eso equivale a dos latas para cada uno, ¿no?

—Solo queremos ser honrados, agente.

—Íbamos de regreso a casa. Íbamos de regreso a casa.

—¿Todos ustedes van al colegio Henry Harrys?

—Sí, señor. Fuimos al partido. Y regresábamos sin problemas a casa.

—Es la verdad, agente. Yo no bebí ni una cerveza, se lo juro por Dios.

—Entonces serás el encargado de llevar a tus amigos.

El agente paseó el haz de su linterna por cada uno de los rostros, incluido el mío, y pareció tomar una decisión que no admitía protestas.

—En cuanto a lo que está ocurriendo ahora; digamos que no estoy con ganas de hacerme cargo de todas sus tonterías de esta noche. Así que discutiremos el asunto mañana por la mañana en la comisaría cuando todos estéis sobrios.

—Su casa está llena de *cajas*. ¡Se va a escapar!

—Tengo toda la información que necesito de su carnet de conducir y de su identificación como profesor.

—¿Profesor? ¿Es un profesor? ¿Qué tipo de facultad puede contratarlo? Debería ser expulsado —concluyó el muchacho.

—De lo contrario tendré que hacerte una prueba de alcoholemia, hijo, y

tendríamos que ficharte como menor en posesión de... ya sabes.

—Oh —dijo el muchacho—. No lo entendí antes. Gracias, agente.

Los otros dijeron gracias con murmullos de humildad que me parecieron todavía más lastimosos por ser auténticos.

—Señor Reed, usted estará todavía por aquí mañana por la mañana, ¿verdad? —me dijo el agente.

—Dígame a qué hora me necesitará y ahí estaré.

Pero lo cierto es que yo no tenía la menor intención de hacerme cargo de esta situación. Me sentí feliz y lleno de vida y dejaría el pueblo esa misma noche en mi BMW cargado de cajas, a toda velocidad, muy por encima del límite permitido.

—Si mi padre no recibe el dinero por ese parabrisas...

—Hijo, él va a estar allí. Y tú también vas a estar ahí. Los quiero a todos sobrios a las ocho de la mañana.

—¡A las ocho!

—¡Hey! Por lo general termino mi turno a las siete. Así que me voy a quedar una hora más solo por ti.

—¿Nosotros también? ¿Todos nosotros?

—Mejor que venga uno de ustedes. Me da igual quién sea. Solo lo quiero para tener dos testigos.

El joven cuyo padre era el dueño del auto buscó mi mano y la estrechó con una especie de buena voluntad poscatártica.

—Le veré por la mañana, señor. No se preocupe. —Nos lo decía a todos, a sus amigos, a mí, al policía, al cielo cubierto de estrellas—. Creo que es un simple esquizofrénico. Solucionaremos todo esto.

Dejé el pueblo justo antes del amanecer. Nunca volví a saber nada del episodio. Parece que pudieras alejarte de ciertos crímenes pequeños bailando graciosamente un vals sin tener después el menor problema.

No salí del pueblo sin antes hacer un breve alto para visitar por última vez el misterio, digamos, de un par de símbolos personales: el monolito y la pista de patinaje circular que ahora, en verano, se había convertido en un estanque en calma que reflejaba el cielo de la medianoche. Mi auto estaba estacionado a unos cien metros de distancia, en la zona de carga y descarga, detrás del edificio de la asociación de estudiantes cuya puerta principal estaba abierta y por la que se veía el interior débilmente iluminado. Me quedé junto a la barandilla mirando hacia el espacio negro a mis pies por el que se deslizaban unas nubes plateadas. Los cursos de verano todavía no habían comenzado y a las dos de la mañana no había ni un alma por allí. Los extrañé, y extrañé la curiosidad y la constante extrañeza y la esperanza con que yo había respirado el aire de ese invierno dentro de aquella película que había habitado por un tiempo y que ya había llegado a su fin. Extrañé el hambre.

Mientras escribo esto, una brisa mediterránea entra por la ventana. Escribo medio desnudo, en calcetines blancos y calzoncillos blancos que compré en Atenas. Una

pila de libros impiden que se vuelen las páginas escritas a máquina; sobre los libros yace un trozo bastante grande del muro de Berlín, o por lo menos eso me gusta creer. Se lo gané a un periodista el pasado octubre durante una partida de gin rummy y también de gin y vermouth. Por estos días, y desde hace algún tiempo, yo también soy periodista.

Me detuve, hice un alto en esta costa griega, para escribir un largo artículo sobre los problemas del mundo eslavo. Aquí están mis libros, mis mapas, mis notas. Desde el primer día no he hecho otra cosa que recordar el pasado. La suave brisa de aquí tiene un sabor como si viniera soplando por encima de kilómetros del primer maíz del verano. El cielo tiene esa implacable vaciedad que el cielo solo puede tener en un día de calor por encima de granjas infinitas. Esta isla es una roca grande, árida y solitaria que parece rogar por la llegada de un escultor. No tengo vecinos ni al sur ni al oeste. Y mi ventana mira en esa dirección. En un día tranquilo, cuando baja la marea, el horizonte se asemeja a aquel de las subyugadas y mansas praderas del Medio Oeste que por un tiempo permití que me rodearan.

Dejé el Medio Oeste sin despedirme de nadie. A lo largo de tres meses, el resto de ese verano y las primeras semanas del otoño, me quedé en una casa-bote remodelada, en Hyder (Alaska), la parte más al sur de ese estado, una franja de costa que corre junto a la Columbia Británica. Pasé esos días largos leyendo libros y escuchando música. Casi no hice otra cosa. Una noche, a eso de las diez, cuando la colosal y roja presencia del atardecer invadió el interior de mi estudio y yo estaba inclinado sobre la bañera y poniendo el tapón para prepararme un baño, sentí cómo una gota de líquido golpeaba mi muñeca y, enseguida, otra gota. Miré al techo para ver si se había roto alguna tubería, y entonces me di cuenta: las lágrimas corrían por mis mejillas. Mis rodillas dejaron de sostenerme, mi cabeza colgaba hacia dentro de la bañera y permanecí en esa posición sollozando a gritos, gritando y estremeciéndome como un niño hasta que el atardecer abrió camino a la noche...

Cuando encendí la luz, descubrí que había llorado tanto y durante tanto tiempo, que mis lágrimas, la cantidad suficiente como para llenar uno de esos pequeños vasos en los que te sirven un *shot* de bourbon, habían creado una pequeña laguna sobre el tapón. Estuve a punto de quitarlo, pero lo pensé mejor. Abrí el grifo y llené la bañera y me metí dentro desnudo para remojar me, exhausto de dolor y alegría, y allí me quedé hasta que el agua se enfrió.

El siguiente invierno acepté el encargo de cubrir la guerra del Golfo. Aterricé en Dahrán (Arabia Saudita) seis días antes del inicio de la campaña y el bombardeo a cargo de las fuerzas de Naciones Unidas. Muy pronto los misiles Scud comenzaron a caer por toda la ciudad.

He aceptado muchos encargos por el estilo desde entonces. Sigo siendo un estudiante de historia, más que nunca, ahora que nuestro siglo ha salido de su crisálida para convertirse en algo demasiado hermoso para ser examinado, demasiado vivo para ser debatido y explotado por intelectuales gastados por los años. Lo

importante ya no es predecir en qué modo nos sacudirán de aquí en adelante las poderosas convulsiones del siglo. Ahora lo importante es cabalgarlas hacia los cielos.

Después de tres semanas en Dahrán fui hacia el norte, al pueblo de Nuaiririyah. Por ahí y por allá, durante un tiempo viajé por la uniforme inoccurrencia del desierto de Hijarah entrevistando a soldados norteamericanos en las entradas de sus campamentos. Pasé varias noches cerca de la frontera de Irak durmiendo dentro de mi Toyota de alquiler en medio de una vasta desolación. El desierto temblaba bajo el constante bombardeo, se estremecía hasta profundidades donde ya no podía oírse nada. Yo estuve allí, yo lo sentí, retumbó en mi alma. Yo vestía pantalones caqui, botas para el desierto y un sombrero de comando australiano. Mi rostro se bronceó con el sol. Fui adoptado por un grupo de jóvenes ejecutivos (¿de qué otro modo podría describirlos? Eran ingenieros jóvenes, especialistas en informática y hasta un contable, que trabajaban para Parker-Boyd, una empresa civil que se dedicaba al mantenimiento de helicópteros y que había sido contratada por los militares en el Golfo), quienes por error pensaron que yo tenía los permisos necesarios para viajar por toda la región. Con ellos, con sus tripulaciones y con la escolta de enormes y aparentemente invulnerables marines, yo volé en helicópteros sobre el desierto y sobre el fuego nocturno de batallas entre tanques, a través del humo negro que cubría de nubes un mundo en el que las pústulas de los pozos de petróleo en llamas parecían parpadear señales de angustia y desesperanza, floté allí como la presa entre las garras de un halcón, por encima de un planeta desnudo y marrón con nada en su superficie salvo dos o tres caminos y una guerra; y así he continuado desde entonces, día tras día, viviendo una vida que no ha dejado de parecerme absolutamente formidable.



DENIS JOHNSON (1949-2017) nació en Munich, pero se crió en Tokio, Manila y Washington. Desde la publicación de sus primeras obras se convirtió en un autor de culto en Estados Unidos. Recibió la beca Lanna Fellowship y el Whiting Writers Award, entre otros muchos galardones. En 2007 le fue concedido el National Book Award por su novela *Árbol de Humo*. También es autor de la novela negra *Que nadie se mueva* y de las novelas *Hijo de Jesús*, *Sueños de trenes*, *El nombre del mundo* y *Los monstruos que ríen*.

NOTAS

[1] *Widow's Walk* en el original. Paseo —o sitio— donde se reunían para conversar las viudas a finales del siglo XIX. (N. del T.) <<

[2] En el original la joven se confunde con la similitud fonética de «*Sane? Or tame?*», lo que equivale a ‘¿Cuerdo? o ¿lerdo?’. (N. del T.) <<

[3] Protagonista de «The Love Song of Alfred Prufrock» (1915), uno de los primeros y más célebres poemas de T. S. Eliot. Desde entonces el nombre de Prufrock es sinónimo y símbolo arquetípico del hombre tímido, vencido y solitario. (N. del T.) <<

[4] El narrador recién comprende aquí el porqué del nombre —que malinterpretó en su momento— de la *Performance del Cañón*. *Cannon*, en inglés, significa ‘cañón’ y de ahí que en el original apareciera como *The Cannon Performance*, provocando el desconcierto del protagonista. (N. del T.) <<

[5] Nombre real del escritor Mark Twain. (*N. del T.*) <<

[6] Término profesional de la vida académica que equivale a tener una posición permanente y un contrato vitalicio dentro del cuerpo de profesores de una universidad norteamericana. (*N. del T.*) <<

[7] *The corny sentiment*, juego de palabras intraducible entre *corn* (maíz) y *corny* (cursi). (N. del T.) <<

[8] El narrador cree oír *singing class* (clases de canto) cuando en realidad se ha dicho *signing class* (clases de lenguaje de señas). (N. del T.) <<

[9] En el original, «*No Middle Name: N. M. N.... but my sisters called me M'n'M*». (N. del T.) <<